

AVE SIN ALAS

(NOVELA)

Ave sin Alas
el firmamento es tu estribo,
el sol y la luna son tus lámparas,
perlas espaciadas forman la vía láctea
y las flores de los bosques son ofrendas a tus pies.,
eres tú quien juega cuando algo me deleita.
no hay corazón donde no brille la luz y esa luz eres tú.

Nanak, poeta Sikhi del Punjab (1469-1539)

-1-

Ciudad de México, 1970..

—Te advertí que todas las azafatas de la CAN están chifladas. ¡Mira que irse de vuelo el día de la boda! ¡Bonita luna de miel vas a tener! Hay que estar reñido de verdad con el sentido común.

Así razonaba Boni mientras conducía el auto. En el asiento delantero, Sofia, quien iba a su lado, se separó indignada y, aprovechando que su compañero llevaba las manos sobre el volante, le dio un tremendo pellizco que le obligó a frenar de repente.

— ¡Si serás salvaje! —protestó el agredido.

La muchacha que se había destrozado una uña, se la miraba airada.

— ¡Salvaje será tu abuela! Lo que pasa es que eres un engreído, el único que tiene derecho a decir algo está callado, pero tú tienes que entremeterte opinando aunque no te llamen y metiéndote como siempre en todo lo que no te importa.

— ¡Sí que me importa! Es mi amigo y además voy a ser su padrino. Me tienen que ir respetando desde ahora los dos.

—Deberías dedicarte mejor a lo tuyo y dejar que ellos vivan su vida como les plazca, que para eso se casaron, para estar juntos y entenderse como puedan.

— ¡No voy a permitir que por estas extravagancias se los lleve el diablo! ¡Si a mí me hicieran esto acabándome de casar, en el acto me divorcio!

— ¿Acabándote de casar?... ¡Llevamos casándonos cuatro años!

— ¡Allá tu si no me puedes seguir aguardando! ¡Yo no te he forzado a que me esperes!

— ¡Sólo esto me faltaba!

— ¿Dejarán de pelear?— dijo Lucy pausadamente desprendiéndose de mis brazos.

--- Conste que es ella quien comenzó -- alegaba Boni en su defensa.

--- ¡El nunca dice nada! ¿No ven que es casi un San Francisco?

--- Siempre están así. --Se volvió a decirme Lucy.

—Tú y yo en cambio, nunca reñiremos. --Respondí.

--- Todo dependerá de cómo te portes -- replicó vivamente Lucy.

--- Y cómo habría de portarme Lucy, si te quiero más que a mi vida --Declaré mientras la volvía a estrechar con ansia codiciosa, tal si alguien intentara arrebatármela y estuviese a punto de perderla para siempre.

--- ¿Quieres asfixiarme? -- Me reprochó dulcemente.

--- ¡No! Sólo deseo que nunca te alejes de mí! Qué siempre pueda tenerte entre mis brazos.

--¿Y a donde habría de irme? -Interrogó acercando su rostro, buscando el beso.

--¡Yo no lo permitiría! —le dije al oído—. ¡No podría pasarme un solo día sin mi esposa!

—Lo sé. —asintió— Lo sé . -Y nerviosa me tomó las manos entre las suyas.

-- ¡Inmediatamente volvería al ataque! Igual que antes ¡Correría tras de ti por medio mundo!

— Eso ya es agua pasada —me contestó, y luego poniéndose repentinamente seria repuso-- ¡Porque ya me tienes para siempre!

— ¡Lucy! -Exclamé impaciente, intentando detener sus palabras.

— Mira, hoy cumpliré mi asignación mensual de vuelos, regresaré en la madrugada y después vamos a quedarnos mucho tiempo juntos. . .

— ¡No seas embustera Lucy! —La corrigió Boni desde el volante- ¿Para que prometes lo que no vas a cumplir? -- y luego, imitando la voz de la joven, continuó:- *-Vamos a quedarnos mucho tiempo juntos* No te creas de lo que te dicen las mujeres --agregó mirándome por el espejo—. Vas a tener a tu esposa sólo cuatro días al mes que son los *intocables* de las sobrecargos de la CAN ¡Y el resto del tiempo vete contentando con verla de vez en cuando a ratitos!

Así no se aburrirá de ella —opinó Sofia—. Además ¿Porqué diablos la quieren tener a una todo el tiempo sujeta, metida en un apartamento?

— ¡No! —Argumentó Boni—. ¿Entonces deberemos ser nosotros, quienes las esperemos en casa, cuidándoles los hijos?

— ¡Pues búscate una provinciana! -- Sugirió Sofia con irritación.

— ¡Eso haré, buscarme una mujer que se dedique exclusivamente a mí!

Sofia le disparó un puñetazo, que al intentar esquivarlo con un movimiento rápido de brazos, obligó a Boni a desviar el automóvil. Sentimos la brusquedad de la maniobra y Lucy se incorporó para replicar medio asustada:

— ¿Ustedes quieren matarnos? ¿Es que no pueden dejar de reñir siquiera un momento? ¡Si parecen dos niños traviesos!

— ¡Ya no soporto a este orangután! -Chilló Sofia.

— ¡Y yo estoy igual que tú! --afirmó Boni, llevándose la mano hacia la cabeza.

— ¡Pues aquí se acaba todo Bonifacio!

Al escuchar el ingrato nombre que le habían puesto Boni se enfurruñó más, y observé que se le enrojecieron las orejas y me preparé a recibir otro brusco enfrenón del auto, pero contra mis presentimientos, el ofendido continuó manejando, si bien en esta ocasión, como estaba enojado de verdad, se dedicó al volante, guiando por la avenida que conducía hacia el aeropuerto.

Sofía, por su parte, una vez que con insolente desparpajo le había llamado Bonifacio, disfrutaba con glotonería el placer de haberle molestado, y aparentando estar seria y enfadada, se sentía satisfecha de haber ganado la partida, al menos por esa tarde.

Ambos hacían una pareja espectacular. Ella: blanca, alta, con los cabellos rojizos y los ojos verdes, dueña de una encantadora sonrisa que parecía nunca huir de su boca —excepto cuando reñía con Boni, que era casi siempre que estaban juntos— si bien en las reconciliaciones en que solían ponerse tiernos los dos, volvía persistente a aflorar a sus labios, entonces parecía reír con los ojos y todo su rostro adquiría una expresión tan alegre que sería capaz de provocar carcajadas a un ermitaño. Estaban muy enamorados uno del otro sin duda alguna, aunque las excesivas atenciones que prodigaba Sofía a algún viajero interesante, actitud que llegaba a oídos de su prometido agrandada por la malevolencia de los chismosos, desencadenaba continuas desavenencias entre la pareja.

Boni era un muchacho medio maduro, quién debió haber cumplido ya los treinta años. Ingresó desde los dieciocho a la CAN como maletero y había ido ascendiendo uno a uno los peldaños del escalafón hasta convertirse en gerente de la oficina de la terminal. Llevaba el bigote cuidadosamente recortado y cuando se plantaba su uniforme azul marino, con botonadura dorada, camisa blanca y corbata oscura, arrancaba suspiros a las turistas guapetonas que acudían a los mostradores para adquirir boletos, depositar o recoger equipajes y pagar los impuestos aeroportuarios.

Lucy ostentaba ese resplandor diáfano y brillante con que las emociones de la pasión suelen teñir el rostro de las muchachas enamoradas y yo aprovechaba aquella pausa para volver a jurarle que la adoraba.

Nos sentíamos felices de un modo absorbente y total, disfrutando esa sensación dulce y extraña que nunca se sabe definir con exactitud.

Aquella mañana, hacía escasas tres o cuatro horas, un hombrecillo armado con un insustituible portafolio se había presentado en nuestro apartamento recién adquirido a leernos, de una hoja amarillenta que recitaba casi sin mirar, la declaración formal, según Don Melchor Ocampo, de pertenecemos uno al otro para toda la vida. Concluida la lectura, Lucy y yo habíamos firmado y el buen señor, por obra y gracia suya, y de la sociedad que según él ostensiblemente representaba, nos declaró marido y mujer, no sin antes recabar las firmas de los testigos: Boni y Sofía, Alberto y Marcela, todos empleados de la CAN y amigos nuestros. Luego que asentó en un enorme libro forrado de cuero rojo la partida de matrimonio, nos obsequió una copia del acta. La concurrencia aplaudió y yo, en un arrebato de entusiasmo, tomé por el talle a mi esposa y la besé largamente. Boni descorchó tres o cuatro botellas de vino espumoso que se esfumaron al consabido grito de: ¡Vivan los novios!

El señor juez, quien seguramente llevaba ya algunas libaciones en el avance de la mañana, ni tardo ni perezoso brindó repetidas veces por nuestra felicidad y hasta bromeó aludiendo que era muy necesaria su presencia para legalizar la situación de las parejas de amigos *muy sospechosos*. Sofía aprovechó para indagar las obligaciones en que incurre un seductor quién se niega rotundamente a cumplir sus promesas, y el licenciado, con la lengua bien suelta por el vino, comenzó a disertar sobre leyes, artículos e incisos suficientes para atiborrar un código, con el consiguiente beneplácito de la joven, mientras Boni dándose por infractor y aludido tragaba saliva.

Mi novia estaba bellísima, y en tanto yo la devoraba, mirándola con reverente ternura, ella ufana y coqueta, sabedora del asombro que me provocaba, sonreía feliz por encima de su copa.

Todo el mundo se divertía, las muchachas compañeras de la CAN, amigas de Lucy de hacía algunos años, no cesaban de alabar nuestras pertenencias de recién casados, y habían admirado los muebles, los tapetes, la colcha tejida y la colección de vasos y copas enviados por amigos que laboraban en las líneas aéreas de medio mundo.

Boni y Alberto se adueñaron de nuestro pequeño bar elogiando nuestra colección de ceniceros y apresurándose a consumir las sobrias existencias de la bodega: dos botellas de cognac, eso sí, de la mejor marca

Yo presenciaba aquellas escenas con bonachona tranquilidad. Había vivido durante los últimos meses en el amor y para él. Aquella mañana, la única que el juez tenía disponible en su agenda, se había realizado en mí el anhelo más antiguo de los humanos: ser amado.

La conquista de aquella muchacha apasionada y apasionante merecía que me sintiera triunfador, agradecido, generoso, dispuesto por ella hasta el heroísmo, condescendiente y tolerante. Al fin había conseguido ser el poseedor de aquel tesoro, la omnipotente donadora del amor y de la vida ¡La mujer amada!

Había sido, por azar o por fortuna, uno de esos iniciados en el esoterismo del amor, experimentando el dulce desasosiego de la pasión ennoblecida, cuando una mujer lo es todo, y luego, ese día, el esperado, el deseado, me tocó en suerte vivir la emoción más extraordinaria de todas las que hasta entonces había experimentado en mi vida., Lucy radiante, como un hada, sonreía entre los aplausos, las felicitaciones, los chascarrillos, los abrazos; y sin dejar de ocuparse de los demás, de ser amable y comedida, volvía frecuentemente su mirada hacia mí, inmersa en una expresión de serenidad tan dulce como nunca se había impregnado en un rostro humano; y yo, el eterno vigía de sus ojos, detectaba en sus pupilas una irradiación maravillosa, tal si las aureolara un hálito divino, y fascinador.

Pronto llegamos frente al aeropuerto. Lucy llevaba el tiempo justo para reportarse a la oficina de vuelos. Vestía su uniforme de aeromoza; al aproximarnos arregló diligente su peinado —un poco descompuesto por mis besos repetidos— operación frecuente para ella que estaba habituada a retocar su pelo y su maquillaje en los breves minutos de un descanso, con el micrófono en una mano y la barra de labios en la otra para pronunciar, durante el aterrizaje, la indispensable rutina de agradecer a los pasajeros, su preferencia por la aerolínea y el gusto de haber volado juntos.

Mientras se maquillaba yo me había quedado observándola, tal si hubiera pretendido compensarme anticipadamente por las próximas horas en que debía ausentarse. Noté que se turbó y tuve que asomarme por la ventanilla del auto.

-- ¡Mira que hermosa tarde!

-- Sí —confirmó ella—. El cielo está muy azul, es como las mañanas de primavera en la época de mi niñez, cuando iba al Kinder.

II

Apenas descendimos del auto, Sofia, quien viajaba aquella tarde hacia la costa, corrió apresurada pues estaba atrasadísima. Su novio se despidió de ella con un adiós corto y desabrido, pero la muchacha ya no tuvo tiempo para reclamar. Boni abrió la cajuela para sacar el maletín de vuelo, la sombrerera y el *necessaire* de mi esposa.

Una fila de autos, detrás, empezó a lanzar bocinazos acompañados de maldiciones e improperios. Nos volvimos sorprendidos. Había un inusual barullo en el aeropuerto. Durante los últimos meses me había habituado a mirar inacabables grupos de vacacionistas, caravanas de extranjeros que visitaban o salían del país, pero esta vez se trataba de una verdadera multitud de gentes excitadas que iban y venían armando un caos fenomenal.

Boni tuvo que ir a estacionar su auto bastante lejos, mientras yo ayudaba a mi esposa con su equipaje.

— ¡Tengo que dejarte! me dijo ella con cierto pesar.

— Vendré por ti a la noche -Le respondí, pensando en la emoción de regresar al aeropuerto a recogerla. En mi interior no había cesado de sentirme el más dichoso de los hombres. ¡Ya era el afortunado esposo de Lucy!, la aeromoza más codiciada de la CAN y yo quería complacerme con la idea de que ella aún seguía siendo mi eterna novia, sólo que sin los riesgos y la inseguridad de todos los noviazgos. Dentro de dos días celebraríamos nuestra boda religiosa y yo soñaba imaginándomela con su hermoso vestido blanco de desposada, Lucy sonrió y, apartándose un poco, murmuró junto a mi oído:

¡No!. . . prefiero que no vengas, será mejor que nos veamos en nuestra casa, yo iré allá en cuanto regrese.

--¡Estupendo! --exclamé, reventando de alegría.

—~ Le he dicho a Sofía que no me espere más. Ahora —agregó con adorable malicia—, ¡Soy una mujer casada! Sofía pelea que aún nos falta la boda principal, pero mañana tenemos que acabar con el arreglo del departamento y así podremos aprovechar todo el día. .

Dios sabe que no me hubiese atrevido a tocar un cabello a mi esposa hasta que no se hubiese celebrado el matrimonio religioso, pero la perspectiva de tenerla junto a mí, aquella misma noche, me arrebatava de felicidad.

—Está bien Lucy, te estaré aguardando en casa.

—Tal vez te encuentres con una sorpresa -agregó con un mohín delicioso. .

Boni regresaba a pie.

—No quedaba una pulgada libre donde estacionar el auto. Han invadido mi sitio esos politicastos. Los trajeron por cientos para despedir al senador, seguramente volará contigo, añadió, dirigiéndose a mi esposa.

—¿Qué senador? -Inquirí.

—Uno de esos políticos que prometen mucho, y ahí tienes a todos sus partidarios haciéndole bulla.

Habíamos llegado a las oficinas de la CAN. Lucy me tocó con su mano enguantada la mejilla y me dejó un beso húmedo en los labios: intenso, breve, como el prólogo de una caricia inenarrable.

—Hasta pronto —susurró— no te vayas a dormir.

Y se perdió entre la multitud de empleados del aeropuerto, tripulantes de aviones y decenas de viajeros nerviosos e impacientes.

Apenas se hubo alejado sentí que unos potentes brazos me rodeaban por detrás de los hombros.

— ¡Hola, joven afortunado! --clamó una voz varonil. Era el capitán Germán de Velasco, experimentado piloto con más de cinco mil horas de vuelo y perseguidor incansable de cuanta mujer se atravesaba en su camino.

— ¡Capitán! — Saludé— ¿Ya listo?

— ¡Al pie del cañón! — Respondió— ¿Qué tal estuvo la boda?

—Fue una ceremonia muy bella. -- Afirmé.

—Te estuvimos esperando -- intervino Boni.

—Sí, lo recordé, y les ruego me disculpen, pero me salió otro compromiso. -Dijo sonriendo bajo su gorra de aviador.

—Esas faldas no te dejan en paz.

—No, se trataba de otra cosa. Un latoso asunto en ANAPI pero me alegro que todo haya salido bien. ¡Ya estará usted satisfecho —insistió mirándome a los ojos—Ha conseguido finalmente lo que se propuso: conquistar a una linda jovencita apasionada de los aviones.

--¡Capitán!

—Yo también me enamoraba así al principio. ¡Pero hay tantas mujeres por el mundo!

ANAPI Asociación Nacional de Pilotos.

Boni me golpeó discretamente el brazo, como indicándome que le dejara hablar y no se me fuera a ocurrir ponerme a discutir con él.

--Bueno, le deseo que sea muy dichoso con su chica —y abrió los brazos para estrecharme—. Ahora que la vea le daré mis parabienes también a ella.

—Gracias capitán.

El piloto se dio la media vuelta y Boni sugirió:

—Acompáñame al mostrador, voy a echarles un vistazo. Deben estar locos con toda esta multitud.

—Pobre Lucy —me lamenté— tendrá avión completo.

—Mejor, así le parecerá más corto el viaje y la verás bien pronto de vuelta.

En los pasillos del aeropuerto reinaba la más espantosa confusión. Gente con pancartas, banderas, retratos del senador, repitiendo slogans a coro, hablando de política, del partido, del programa y de no sé qué revolución... Todos hablaban a un mismo tiempo, gesticulaban, reían, se saludaban, se estrechaban las manos y repetían un signo con los dedos.

Boni entró a la oficina a impartir órdenes, en tanto que los empleados apenas se daban abasto a verificar o extender boletos, pasaportes, recibiendo y pesando equipajes.

En el mostrador, Alberto, nuestro testigo, apenas tuvo tiempo de hacerme señas con una mano desde lejos. Seguramente por servimos había llegado tarde a su trabajo y ahora se las veía negras para deshacerse de aquella muchedumbre.

Una muchacha con aires de intelectual se acercó para preguntarme:

—¿Usted también es de la comitiva?

—No. Yo no soy político. -Le contesté.

La chica supuso que era el candidato ideal para adoctrinarme, naturalmente a favor de su partido y de su líder.

—¡Todos los ciudadanos tenemos el deber de afiliarnos en un gran partido! Hay que pensar en el progreso de la nación y no ser egoístas. El senador ha dicho que no se debe ser indiferente. En el mundo contemporáneo el país....

-El mundo contemporáneo ¿Cómo podemos componerlo?

—Mire usted —prosiguió la joven— política y economía son la misma cosa. Es que el sistema...

—El sistema es lo de menos —interrumpí— cuando se hayan superado los *ismos*, con todo cuanto significan y representan, se llegará a la conclusión de que el único sistema válido es aquel que pugna por la libertad, la dignidad y el sustento de todos los hombres, no importando el programa, la ideología o los líderes, sino los resultados.

— ¡Qué bien habla usted! —Admitió entusiasmada-- ¡Yo lo presentaré al senador!

—Es inútil —le dije, conteniendo su iniciativa— se lo agradezco mucho, pero no me interesa. —Y recapacitando que le hablaba a una muchacha, añadí- al menos por ahora, mire, usted me acabo de casar.

—¿De veras? inquirió sonriendo.

—Esta mañana. ¡Y adoro a mi esposa!

Se escuchó un murmullo que fue creciendo hasta convertirse en un griterío:

— ¡El senador! ¡El senador!

Todo el mundo corrió hacia la valla. En medio de ella, a lo lejos, me pareció distinguir a un hombre de pelo entrecano, con lentes, vistiendo traje gris, que agitaba, con un brazo levantado, un pañuelo blanco.

En un abrir y cerrar de ojos, el mostrador se había quedado vacío, la muchacha se había esfumado y Boni me hacía señas para que me acercara.

La música de los altavoces se interrumpió para anunciar el vuelo en que salía mi esposa, pero los repetidos ¡Vivas! no me dejaron escuchar más.

Boni, más sosegado, se volvió para decirme:

—Si me esperas cinco minutos, nos iremos a celebrar tu boda.

—Si al menos hubiésemos comido... -lamenté.

— ¡Habrás de todo! --Respondió Alberto, uno de los empleados del mostrador

— Quisiera ver partir el avión - sugerí con la esperanza de presenciar el despegue de la nave en que iba mi esposa.

— ¿No te has aburrido de ver aviones? — me preguntó Boni— La verás despegar desde el mirador del bar.

Arrellanado en la butaca de la cantina del aeropuerto, en la amable compañía de Boni, a quien sus ocupaciones habían dejado finalmente libre, y de Alberto, que se recuperaba bebiendo a sorbos un enorme vaso de agua mineral con hielo, pues jamás acostumbraba tomar una copa en servicio; miraba desde casi un cuarto piso la multitud, que ostentando sus jerarquías y credenciales, y rompiendo el cordón de vigilancia, había penetrado hasta las pistas, con sus pancartas, banderas y espectacular frenesí por el viaje de aquel político que iba en busca de

masas de adeptos para sumarlas a los activos de su partido. Desde arriba, los exaltados seguidores parecían diminutos y el rebaño que les secundaba, haciendo eco a sus consignas, se empequeñecía aún más, y yo pensaba para mis adentros que aquella era la justa dimensión de esos hombres. Hacía diez minutos que el caballero del pelo entrecano había subido las escalerillas de aluminio; Lucy debió haberle dado la bienvenida en la puerta de cabina, aunque desde aquella distancia no pude distinguirla.

Simultáneamente, unos obreros metidos en sus uniformes blancos, como camisas de fuerza, terminaron de revisar el jet y empezaron a retirar el puente. El aparato, resbalando entre el pavimento y guiñando intermitente sus faros rojos, se alejó hasta colocarse en línea recta; y cuando el camarero nos hubo acercado una ensalada, el avión se había perdido en el horizonte.

Me quedé mirando con fijeza aquel punto blanco, casi insignificante, cuyo rugido en el cielo se iba apagando poco a poco. . . llevaba lo que yo había llegado a amar más en la vida.

La multitud empezó a disgregarse y me volví a contemplarla con involuntario desdén, como si su pasión por la política y por los políticos no fuera siquiera digna de equipararse frente a aquella pasión mía, maravillosa y sublime, que abarcaba todo lo bueno que podía existir en el mundo, el amor de una mujer, de aquella tierna muchacha que desde esa mañana me pertenecía, pero que yo había adorado con todas mis fuerzas desde que la había visto por vez primera.

Boni y Alberto charlaban sobre cosas del servicio que yo a pesar de estar medianamente familiarizado con el ambiente apenas entendía.

-El ruido de otro avión que iniciaba el despegue volvió a atraer mis ojos a la pista.

-Allá va tu chica -señaló Alberto a Boni. y el ruido de unos motores en marcha volvió a atraer mis ojos a la pista..

—Sí —admitió desdeñosamente el aludido— hemos reñido como siempre, porque sigue empeñada en lo del casorio. . .

— ¡Quién entiende a las mujeres! —Se quejó Alberto- Lucy no quería casarse y este hombre sudó la gota gorda para conseguirlo.

—Pero al fin obtuve lo que deseaba -- repliqué vivamente.

Alberto sonrió.

— ¡Y a qué precio! La compañía debería enviarte un diploma por tus horas de vuelo.

— ¡Es un récord! —bromeó el boletero—. Habrás quedado tan aburrido de los aviones que ya no te gustará verlos ni en miniatura.

—Todavía tiene para rato —terció Boni— ¡Tendrá que irse acostumbrando!

—Le será fácil... —concedió Alberto, y luego, dirigiéndose a mí, añadió— Y créeme que envidio tu felicidad.

Miré hacia el fondo de mi copa de martini; donde el bello rostro de una muchacha como un rayo de sol que hubiese aprendido a sonreír se retrataba.

IV

Aquella mañana estaba estrenando mi nuevo puesto de gerente regional en la compañía donde laboro. Entre mis obligaciones se incluía la supervisión a las distintas filiales de la empresa, disgregadas en los países considerados dentro de la zona de *mi territorio*.

Contento por haberme librado del yugo de la oficina, con sus inevitables engorros de telefonazos, clientes, contadores y juntas, subí al avión pensando que durante el viaje tendría tiempo de echar una ojeada a los doscientos memorándums del director general, del contralor y del insufrible departamento de crédito y cobranzas, empeñado siempre en complicarme la existencia.

Una chica uniformada me sacó de mis cavilaciones con unos calurosos *Buenos días* y me señaló mi asiento, situado en la última fila de butacas que de tres en tres, a cada lado del pasillo abarcaban las cuatro quintas partes de la espaciosa cabina.

Una vez instalado comencé a mirar sin atención a los pasajeros que se acomodaban a mi alrededor.

.. De pronto, otra joven, también de uniforme, apareció de manera súbita, cruzando el pasillo, de espaldas hacia donde yo estaba, y desapareció con idéntica rapidez. No había alcanzado a ver su rostro, pero inexplicablemente, su sola proximidad me estremeció.

Los preparativos del viaje distrajeron mi atención; en tanto que un fondo de música suave, hábilmente elegida para dar la impresión de que el día de vuelo era también de recreo, se deslizaba suavemente.

La sobrecarga que me había recibido se ocupaba ahora de comprobar, ayudada de su contador de metal, si el número de los viajeros a bordo coincidía con su lista,

Poco después, se oyó el ruido producido por la aceleración de los motores y se aseguró el portillo circular del avión

Se iniciaban los tensos minutos del despegue, la música cesó en los altavoces y se encendieron los letreros de *Poner los asientos en posición vertical, abrocharse los cinturones y apagar los cigarrillos*. Una voz grata y amable se dirigió a los viajeros con el consabido slogan: *Buenas tardes señores pasajeros: el capitán Germán de Velasco y su tripulación les damos la más cordial bienvenida a bordo del vuelo 306 de la Compañía Aérea Nacional con destino a la ciudad de San José, Costa Rica.. Volaremos a una altura de 11,000 pies, y nuestro tiempo aproximado de vuelo será de dos horas veinticinco minutos. Les rogamos mantener abrochados sus cinturones y no fumar hasta que las luces de los letreros se hayan apagado.*

Me pareció que aquella voz grave, que aun fraseando una simple rutina poseía tan seductoramente cadencias, no podía pertenecer sino a una mujer bellísima. Su acento era dulce, suave, como si susurrara las palabras junto al oído, y en lugar de informar acerca de los detalles técnicos del viaje, estuviera recitando plena de un sentimental sensualismo una poesía de Larra o el exquisito madrigal que inmortalizó a Gutiérrez de Zetina. La dueña de aquella hermosa voz repitió la rutina en inglés y me pareció que aún de esta lengua dura y malsonante aquella voz lograba obtener efectos insospechados.

La seguí escuchando con místico arrobamiento, ahora explicaba cómo usar las mascarillas de oxígeno, en tanto que dos sobrecargos maniobraban ostensiblemente su empleo.

El jet aminoró el tremendo esfuerzo de sus motores; y una vez lograda la altura de crucero, se deslizó como sobre un camino de gasas.

Tomé uno de los múltiples expedientes que llevaba conmigo y aprovechando que era el único pasajero en la sección, estiré las piernas y procuré relajarme, intentando acaparar la huidiza concentración en lo que leía. Esfuerzo vano. Desde aquella mañana perdí para siempre la facultad de pensar completamente en otra cosa que no fuera en ella.

Al principio, era una curiosidad devoradora la que me acicateaba, una ansiedad casi infantil, que apenas daba tiempo a mis ojos para parpadear, esperando verla aparecer.

A cada momento imaginaba llenar mis pupilas con su presencia; pero no tardaba en sobrevenir el más absoluto desencanto, cuando en su lugar veía aparecer a las otras chicas, quienes se afanaban por repartir entre los viajantes los diarios de la mañana. Nunca he sido muy adicto a leer periódicos. Son mentirosos. Casi siempre hablan de lo que pasó y ya no tiene remedio, de los desastres, de las maquinaciones de los políticos, de la demagogia de los líderes, de las denuncias sin resultado por los abusos cometidos, de los clamores inútiles de los marginados, o en el mejor de los casos, del circo del deporte, la elegante ostentación de la alta sociedad, o las arbitrariedades brutales de la policía. Y toda esa batahola infame, que el público lee por morbo, la justifican alegando que la información es una conquista democrática, que se sazona naturalmente con los requerimientos imperativos de los anunciantes: ¡Compre! ¡Adquiera! ¡Aproveche! ¡Venga! y todos esos vocablos que la publicidad utiliza hábilmente, las más veces para llenarnos de objetos costosos e inútiles.

Decline con cortesía el ofrecimiento, cuya burda distracción me parecía, en aquellos momentos, un auténtico sacrilegio; y me dispuse a esperar el milagro de verla, con la misma ansiedad con que deben aguardar los místicos la gracia de contemplar la divinidad., o la irreprimible excitación de un adolescente que va a ser presentado a una primer actriz

Mientras tanto los viajeros empezaron a conversar animados, algunos encendieron cigarrillos que pronto iban a parar a los ceniceros relucientes, cuatro o cinco se levantaron de sus asientos y formaron un pequeño grupo, mientras una pareja miraba obstinadamente a la ventanilla, intentando identificar algunos puntos en el dilatado paisaje.

Las dos muchachas empezaron a explorar el pasillo y al poco tiempo el murmullo inconfundible de los vasos que entrechocan me recordó que tenía sed.

Me sentía profundamente decepcionado. Aquella joven estaría seguramente destinada al servicio de los pasajeros de primera clase, donde se viaja entre cortinas floreadas, paredes cuidadosamente tapizadas con motivos alegres como si se tratara de un picnic, butacas espaciosas, blandos cojines y todo el champaña que solicitan los estómagos burgueses, habituados a las comidas sofisticadas.

Entonces, cual la visión maravillosa que brota desafiando la realidad desde el reino de la fantasía la vi por fin aparecer entre el pasillo seguida del sonriente muchacho que jalaba el copioso carrito de las bebidas, que ella iba ofreciendo con la gracia de un hada a la mitad de una gruta encantada, o de un escenario iluminado; deslumbrando con su festiva coquetería, aparentemente espontánea, aunque seguramente objeto de riguroso calculo.

Se acercaba alegre y confiada a los pasajeros. Tenía una gracia exclusiva que la hacía verse siempre serena; su semblante habituado a sonreír denotaba una eterna frescura, como si el cansancio, el fastidio o las preocupaciones, no fueran nunca invitadas a ser huéspedes en aquella cara hermosísima cuya sola sonrisa era suficiente para calmar los nervios de algún viajante asustado por esas imprevistas sacudidas del avión que le hacía temblar las alas, sugiriendo un camino erizado de baches.

La contemplé con voracidad, cual si mis ojos estuvieran poseídos por un conjuro mágico.

Aquella muchacha era blanca, rubia; su esbelto cuerpo, donde se habían dado cita la flexibilidad y la armonía, era ligero; sus movimientos, parsimoniosos, como si una rítmica ondulación de su hechicero andar, altivo y gallardo, se comunicara a toda su persona.

Al cruzar por el pasillo, parecía que sus elegantes zapatillas no tocaban el piso, como si se mantuviera continuamente sobre las puntas de los pies.

Su desbordante feminidad parecía cuajarse en el subyugante llamear de sus caderas, en sus hombros esculturales, y en aquellos pechos, gloria de su perfección, alabastrinos estuches de carne —lo supe mucho después— para una joya mucho menos precedera: su nobleza, pero que en aquel primer encuentro, subyugado por la paradisiaca imagen que contemplaba, sólo atiné a admirar, imaginándome los cotidianos apuros de aprisionar aquella carne exuberante y suave, opulenta y rebelde entre las copas del brazier, mientras meditaba con voluptuosa delectación en lo blancos que serían.

Mientras más me dejaba llevar por el asombro, nuevos descubrimientos detectaban mis ojos: la increíble delgadez de su cintura, la pequeñez de sus pies, la fina silueta de sus manos, el grosor perfecto de sus muslos y la suprema elegancia de sus piernas, que se insinuaban en la caída de la falda. Yo la veía sin creerla, olvidando que su presencia había despertado, aún entre los más pacíficos viajeros, una inmediata admiración.

Cuando iba o venía, trayendo consigo un vaso o una copa o refrescos, todos le abrían paso, cual si se tratara de una emperatriz que acudía a una recepción de bienvenida, entre su corte de pajes valerosos, duques leales y bravos capitanes; mas he ahí que a pesar de su avasallante majestuosidad, nadie delataba un pensamiento turbio, nadie se hubiese atrevido a manchar siquiera con la más remota imaginación aquel cuerpo magnífico, encantador, voluntarioso, excitantemente pero vedado, porque lo perfecto es inalcanzable y la verdadera belleza casi nos asusta.

Y aquella reina, soberana de un edén quimérico, princesa de un confín sin geografía, sirena de un mar de leyenda, llegó hasta mi asiento, preciosa hasta el idealismo, sublime hasta la irrealidad, viva como la misma vida, para preguntarme, inclinando la cabeza con languidez y sonriéndome con toda la inexpresable delicadeza de sus facciones, si deseaba tomar alguna bebida, y como yo me quedara mudo, turbado, ella empezó a enumerar las existencias de la cantina con cierta displicencia y como quien tiene prisa de irse.

Iba a deplorar su gentil ofrecimiento, pero recordando que tenía la garganta entumida, le solicité una copa de martini.

Entonces pude contemplarla a mis anchas. Tenía los ojos color ámbar, expresivos y francos, una sola mirada suya fue bastante para explorarme, sin embargo, al divisar el fondo de sus pupilas, yo me había sentido irremisiblemente perdido en ellas.

Su frente era original, pura y tranquila, cual si todo el saber humano, los pensamientos generosos y nobles, la tolerancia y la bondad, se hubiesen alojado perpetuamente en ella.

Su pelo castaño claro, peinado en ondas, le dejaba al descubierto las sienes un poco más pálidas, mientras la madeja color de trigo maduro descubría por detrás la impecable geometría de sus orejas pequeñas, adornadas con una perlita diminuta que hacía resaltar la rosada azucena de los lóbulos.

El rostro era deliciosamente ingenuo, dotado de esa mate blancura de las madonas italianas del Renacimiento, y después de fijarse detenidamente en él, se advertía que campeaba, en la inenarrable delicadeza de sus facciones, una traviesa expresión, como si se la pasara perpetuamente divertida, burlándose de las reacciones que provocaba su presencia impar. Pero lo que más me gustaba de ella eran las delicadas curvas de sus mejillas un poquito pecosas, que parecían descender de los pómulos ligeramente pronunciados e iban a perderse ahí, donde las líneas suavísimas van a converger en la barbilla —por cierto inencontrable— que era el digno remate de aquella cara soberbia.

La boca, ni grande ni pequeña, lucía roja y tentadora, como la primigenia manzana de Eva, y guardaba, como tesoro de placeres incontables, la adamantina fulguración de sus dientes perfectos y una lengua roja que jugueteaba incansable en el paladar, entre la impaciente espera de la caricia.

La nariz, con sus aletas ligeramente abiertas, era frágil y extendida, pero en cambio poseía esa gracia versátil con que un artista minucioso intentaría alegrar la perfección vitruviana de un rostro, para recordarnos que se trataba de la cara de una muchacha bromista, juguetona, y hasta un tanto superficial y distraída.

Vestida con su uniforme, falda azul hasta la rodilla, blusa blanca, saquito y una pañoleta al cuello con las insignias de la CAN, parecía que la había ataviado la deliberación sesuda de los mejores modistos del mundo, tal era la elegancia y el desplante con que lo lucía.

Volvió al poco rato con una copa de martini y una servilleta sobre la que se había impreso en vivos colores el logotipo de la empresa.

—Gracias-- murmuré mientras la besaba con la mirada.

Ella parecía regocijarse con mi azoro.

—Qué disfrute su martini. —me contestó poniendo en sus labios una adorable picardía.

Entonces yo, envalentonado por su audacia, le respondí:

— Mi mayor disfrute sería contemplarla ¡Contemplarla un largo rato!

Y como ella se quedara observándome entre seria y burlona, agregué:

—Pero eso es un privilegio, a menos que se viaje en primera clase.

—Sólo viajan tres pasajeros -respondió encogiéndose de hombros, con un ademán de chiquilla.

Entonces... —aventuré entusiasmado— ¿Puedo aspirar a continuar admirándola?

Una risa argentina pareció vibrar en todo su cuerpo, respondiéndome con fina coquetería.

—¡Míreme usted todo lo que quiera! Y con una graciosa reverencia se dio media vuelta, imitando con juvenil entusiasmo las poses estereotipadas de las modelos.

La observé alejarse risueña y contenta, como si la alegría hubiera tenido por hogar su sonrisa y el ritmo nunca hubiera sido más vivo que en el discreto balanceo de su cadera: y mientras daba cortos sorbos a mi martini, pensaba que si hubiese nacido escultor, en lugar de mercachifle de postín, me hubiese conquistado los máximos galardones al reproducir en mármol tan soberbia cabeza.

V

A los pocos minutos empezó a llegar de la cocineta un sabroso olor que me cosquilleó el estómago y me atrajo el consiguiente remordimiento, por recordar algo que era abrumadoramente prosaico en los momentos precisos en que me había abandonado a una meditación tan espiritual. Pensar en ella, con la horadante inquietud que despunta por primera vez, era como soñar, después de haber elegido el sueño, disfrutándolo despierto. ¡Una de esas abstracciones sublimes que uno agradece a su mente y a su imaginación!

Entretanto, provistas de un compartimiento de metal donde se incrustaban, entre algo parecido a un panal de abejas las charolillas de plástico, las sobrecargos comenzaron a repartir

el almuerzo entre los viajeros que tan pronto se enteraron del feliz acontecimiento acudieron inmediatamente a sus asientos habilitando las pequeñas mesas adheridas al respaldo de los asientos.

Dinámicas y sin extraviar su perpetuo buen humor, aquel trío de jóvenes cumplía eficazmente su trabajo, pero yo no tenía ojos más que para una y escudándome en el infantil anonimato de mis gafas oscuras, la contemplaba a mis anchas. Pronto llegaron hasta mi asiento, pero mientras ella se ocupaba de hacer flexible una mesa plegadiza para ahorrar tan sencillo menester a una señora, tuve que conformarme con recibir la bandejilla de manos de otra de las chicas, iba a rechazarla, pero casi al instante ella se acercó a mi asiento provista de una botella de vino rojo.

— ¿Desea vino con su comida, señor? . . . Porque supongo que aparte de mirar tendrá usted hambre. . .

— Gracias, es muy amable. -- respondí alargando mi vaso.

Ella lo volvió a plantar en el compartimiento y vació el espumeante líquido.

—Si desea un poco más, puede pedírmelo. --Añadió.

—Es una anfitriona muy generosa, la CAN. Señorita, pero dígame por favor ¿Cómo se llama usted?

—Me dicen Lucy, respondió poniendo en sus palabras una sugestión irresistible, y luego con repentina seriedad, añadió- Para servirle. . .

—Bonito nombre el suyo, declaré galante.

— ¿Le parece?

Dejó rodar la sonrisa por los labios, por los ojos y por las mejillas, irradiando en los dientes, entonces acudí a mi memoria, oportunamente, la referencia que había leído en un libro.

-Lucy quiere decir luz. . . ¡Y usted es eso, una luz que viaja, como las luces de las estrellas que se pasan los años recorriendo las galaxias!

- Gracias por el cumplido. Nunca había escuchado algo parecido.

Un gracioso mohín quedó flotando en su rostro, en tanto se alejaba con la botella vacía.

Comencé a devorar el refrigerio mientras ordenaba mis pensamientos. Aquel encuentro inesperado me turbaba, desencadenando una exaltación interior que sólo mediante un esfuerzo lograba controlar.

Había soñado muchas veces con un amor exaltado, con una pasión avasalladora y una mujer distinta, que perteneciera a otra especie de lo femenino, y al hallarla, su presencia me seducía como una romántica melodía cerca de los oídos, pero, al momento, el oscuro halo del escepticismo ponía su triste contorno. Es una muchacha demasiado hermosa —me repetía mentalmente hasta dañarme— y seguramente nunca debe pasar desapercibida, tendrá pretendientes por docenas en cada una de las rutas de la CAN, sin contar con todos los que deberán salirle apenas ponga un pie en cualquier lugar... y trinchaba fuertemente mi trozo de ternera, tal si la carne fuese culpable de que yo me encandilara con las mujeres guapas: y estuviera dialogando con otro sujeto que rebatiera mis razonamientos, lanzándome una pregunta con inevitable complacencia: ¿Pero es posible que alguien la contemple sin amarla? . . . y me sorprendía por haber pensado en amor con una chica que apenas acababa de conocer, de la que nada sabía, excepto que era azafata de una línea aérea, que pasaría su vida recorriendo medio mundo y —lo supuse con cierto pesar— divirtiéndose de lo lindo.

Exaltada su imagen por mi sentimentalismo y burlándome un poco de mi propensión a la irrealidad, apenas me enteré de que frente a mí, con una botella recién descorchada, estaba Lucy.

„ ¿Me permite? --Se excusó, y tomando mi vaso lo volvió a llenar de vino.

Volábamos con buen tiempo. Por la ventanilla de triple cristal veía vagar la deslumbradora masa de las nubes intentando distraer mi mente.

En algunos huecos que semejando abismos enormes, dejaban las vaporosas sedas andantes, se divisaba la tierra cuajada de infinitas tonalidades de azul en las que serpenteaban como desenrollados cintos de plata lo que pensé serían caudalosos ríos.

El avión subía y bajaba desvaneciéndose fácil en el aire, a veces un ala se inclinaba, pero el movimiento era imperceptible en la cabina. Yo luchaba por pensar en lo que veía, pero

mis ojos se empeñaban en buscar a Lucy, y mi pensamiento, en asirse a ella.

Nunca había dado crédito a las novelas que describen el amor a primera vista, sin embargo, he ahí la irrefutable verdad, estaba enamorado y me reprochaba esa inmadurez de dejarme arrastrar por lo apariencia; era verdad, la muchacha lucía francamente deseable, pero cuando tocáramos tierra no volvería a saber de ella y se habría desvanecido entre la masa de los clientes anónimos a quienes las sobrecargos sonrían por consigna. Me empezaba a atormentar la certeza de que si me decidía a abordarla en cualquier otro sitio, me replicaría que me abstuviera de molestarla. Aquellos pensamientos me horrorizaron. Realmente, si me llegaba a pasar, bien merecido me lo tendría. Entonces, flotando en la divagación, me detuve a pensar en las fáciles aventuras que encontraría al llegar a mi destino; el nuevo puesto, que si bien no me había vuelto absoluto, sí me concedía una jerarquía importante dentro de la empresa me iba a acarrear seguramente el comediemento de todo el personal que laboraba en las filiales: supervisores que ambicionaban ascensos, jefes en busca de concesiones, empleadas dispuestas a dejar buena impresión a cualquier precio, clientes intentando ampliar su línea de crédito y proveedores deseosos por agasajarme no vacilarían en arreglar mi presentación con la mejor sociedad de aquellas ciudades donde la ventaja de ser extranjero, el dinero y el poder son magníficas referencias; además, y era repetido por los anteriores supervisores, el país que visitaba no se distinguía exactamente por la timidez de sus ciudadanas, y en las interminables comidas de negocios, las señoritas de relaciones públicas, al tercer whisky, se volvían excesivamente accesibles ¿Por qué complicarme la vida por una desconocida que seguramente tenía un galán esperándola en el aeropuerto? ...pero al punto reconsideraba: ¡Soy un pobre diablo! —admitía-carezco de espíritu de lucha, antes de empezar la batalla estoy vencido; y si logro vender la medicina de mi empresa es porque los clientes no tienen nada mejor donde elegir, el hombre que no compite, que no pone en juego su inteligencia, su voluntad, sus posibilidades de persuadir, su masculinidad para conquistar, no merece ser llamado como tal; además, con todas mis acomodaticias posibilidades de aventuras mercenarias, de mujeres interesadas, de amigas oportunistas, me voy a sentir muy desgraciado; infinitamente desgraciado lejos de ella; todas las mujeres van a parecerme poco atractivas y nada interesantes, todo el tiempo perdido, y aún la vida mima malgastada, porque sólo el entusiasmo, la decisión el empeño que pudiera emplear en conquistarla, fuera cual fuere el precio, me harían sentir hombre, y lo que es más un hombre satisfecho de vivir.

Cuando ella me servía diligente una taza de café, había comenzado a amarla en silencio, con la determinación de no olvidarla nunca.

-- ¿Cómo están?, interrogó un hombre con camisa blanca y pantalón azul.

— Muy bien capitán. —Respondió la señora del asiento delantero.

--¿Y usted?- Inquirió dirigiéndose a mí.

-- ¡Estupendamente!, estoy encantado del magnífico servicio! --Aproveché para decir galante, mirando a Lucy.

Ella no se dio por aludida y el comandante de la nave ordenó, con cierto airecillo de suficiencia.

—Lleva café al ingeniero, hace horas que tocamos el timbre y ninguna de ustedes acude.

Observé que tenía un marcado ascendiente sobre la muchacha. El *tu* había sido pronunciado con un dejo de indudable familiaridad y al requerimiento ni siquiera había antepuesto *por favor*. Acostumbrado a dar órdenes a las secretarías, sabía distinguir cuando un jefe se dirige solamente a una empleada, o a la chica con la que se mantiene una relación más personal; aquella intimidación debió molestarme, pero Lucy no se enteró y se marchó muy obediente a cumplir la orden del piloto. Este continuó ocupándose de repartir sonrisas y hacer caravanas a las pasajeras más presentables. Era un hombre de tez curtida, pelo entrecano, muy fuerte, casi atlético y sin una sola arruga en la cara; supuse que tendría unos cuarenta y cinco años, no obstante, su porte, su seguridad, denotaban que se trataba de una persona enérgica, conocedora de su oficio, y por su manera de abordar a las mujeres, uno de esos lobos que son la verdadera peste de los padres o de los maridos celosos. Mientras observaba su nariz recta, que parecía descenderle desde la frente, pensaba que ese mismo perfil podría haber pertenecido a un emperador romano o a un Sufeta Cartaginés. Obviamente, la desenvoltura y amenidad del capitán

De Velasco no tardaron en cosechar sonrisitas y secretes entre las señoras que alentadas por el almuerzo y el vinillo parecían excitarse ante la masculina presencia del aviador. Por fin, concluyó su visita refiriendo seguramente un chiste que debió serle muy festejado por su corte de improvisadas admiradoras, y se hundió en la cortinilla con destino a la cabina de pilotaje.

Las otras sobrecargos habían terminado de recoger las charolas y solamente alguno que otro pasajero solicitaba un doble café.

Entonces decidí levantarme de mi asiento e ir en busca de un poco de conversación con Lucy. Caminé a lo largo del pasillo y la encontré en la cocineta ocupada en poner en orden los vasos y las copas que no se habían usado. Pareció no darse cuenta de mi presencia, de pronto, al intentar colocar un paquete de servilletas en un casillero alto, éstas se vinieron abajo: yo me apresuré a recoger algunas, mientras ella hacía otro tanto, mas, al levantarme, mis ojos se imantaron involuntariamente ante el magnético hechizo de sus piernas que, aun enfundadas en la seda de la media, se asomaban entre la falda, opulentas y bien torneadas; rápidamente me sobrepuse de mi turbación, de la que ella alcanzó a darse cuenta pues reapareció en su semblante aquel adorable gesto que evidenciaba cuando se divertía; tomó las servilletas, las colocó en su sitio y yo tuve que buscar presuroso una explicación.

—Venía a solicitarle... un poco de papel para escribir.

Sacó de un cajón unas hojas esquila con su respectiva dotación de sobres que ostentaban el monograma a colores de la CAN.

—Muchas gracias —dije tímidamente, tomando el pedido—. ¿Es muy interesante su trabajo verdad?

Me miró directamente a los ojos acentuando la burla.

—Así es. Como usted ve, nunca está uno desocupada, y cuando se trabaja no hay tiempo de aburrirse.

—Si no significara interrumpirla, me agradecería poder conversar unos minutos. . .

— ¿Por qué no? --Aceptó amable, y luego, mirando el diminuto reloj añadió— Aunque falta poco para que lleguemos.

— ¡Qué lástima! -Lamenté.

— ¿No tiene deseos de llegar?

—Me he sentido muy contento en este vuelo y no quimera que concluyera nunca...-

Y como ella no me contentara añadí por decir algo- ¡Usted viajará más que cualquier millonario ¡No es así?

--¡Oh sí! la semana pasada fuimos a Bruselas por un charter, el domingo lo pasé en Montreal, el miércoles en Nueva York y ahora vamos a San José.

--¿Y cuándo vuelve a su base?

-- Pasado mañana, en estos vuelos siempre tenemos un receso de veinticuatro horas.

— ¡Es maravilloso!

-- A usted le parece todo maravilloso.

-- Si no le agradara, no hubiera elegido este trabajo.

-- Dice bien. Aunque siempre vivimos sujetas a una elevada presión, que al principio se siente, aunque luego se va una acostumbrando.

--Y dígame, ¿Consiguen también olvidarse del peligro?

—No siempre. Sabemos que estamos a merced de la pericia de los pilotos, en sus manos entrenadas en el manejo de los controles están las vidas de los pasajeros y de la tripulación

La imagen del Capitán De Velasco pareció nublar la felicidad de aquel diálogo pues era evidente que se refería a él.

—Sí, si, comprendo, en ocasiones se presentan turbulencias o problemas atmosféricos imprevistos.

—Y aún sin haberlos, maniobrar el avión en las diversas esferas del aire enrarecido por la altura no es siempre fácil.

—Bueno, pero en cambio hay ocasiones en que los héroes del espacio hasta pueden permitirse un poco de charla.

Me miró profundamente.

—El piloto automático no puede tener la previsión y la rapidez de los reflejos de un hombre. Cuando funciona debe ser bajo la vigilancia estricta del capitán.

—Entiendo, al ojo del amo. . . ¿Y el capitán De Velasco?. . . Me parece que se llama así, ¿verdad?

--Sí.

--¿Es un piloto muy experto? -- Agregué para redondear mi incongruencia.

--Formo parte de su tripulación --Me respondió con aire de orgullo.

--¡Claro!...Y ya se habrá habituado a todo esto --Dije señalando el soberbio panorama sembrado de turquesas, que se extendía inmenso.

-- Subir al infinito es empezar a comprenderlo.

--¿Y usted es algo así como una pajarita?

--Los pájaros no pueden volar a excesivas alturas pues el aire enrarecido los mataría.

—Era sólo una comparación, pero veo que le he quitado mucho tiempo.

—De ninguna manera. Tenía usted deseos de un poco de charla.

—Quería estar cerca de usted aunque fuera unos momentos: ¡Muchas gracias! --Y encaminé mis pasos hacia mi asiento.

No habrían transcurrido quince minutos cuando iniciamos el descenso. Al principio un obstinado telón de nubes obstaculizaba intermitente la visibilidad, pero una vez que lo traspasamos apareció debajo de nosotros una sucesión de manchas pardas y verdes que aumentaban gradualmente sus difusas dimensiones.

Volvíamos a tierra. El espejismo había terminado.

Los letreros de no fumar y sujetar los cinturones se encendieron nuevamente en la cabina. Unos segundos después descubrimos la embozada ciudad y un claro que imaginé sería el aeropuerto.

Desde el micrófono, la dueña de aquella voz sublime anunciaba el fin del vuelo: *Señores pasajeros, dentro de breves instantes aterrizaremos en el aeropuerto internacional de la ciudad de San José, Costa Rica. Les rogamos sujetar sus cinturones y no fumar hasta que el avión se haya detenido totalmente. El capitán De Velasco y su tripulación les agradecemos haber volado con la CAN, les deseamos una feliz estancia y esperamos tener el placer de verles nuevamente a bordo. La temperatura es de veinticinco grados. Les recomendamos no olvidar ninguna de sus pertenencias. Muchas gracias*

El avión se tambaleó un poco haciendo crujir sus paredes metálicas, luego se escuchó el golpe inequívoco del tren de aterrizaje, en tanto que una parte de la sección delantera de las alas se abrió combinando la acción de los frenos, casi en seguida las llantas chocaron contra el pavimento. El aparato se lanzó a una carrera trepidante sobre el asfalto de la pista, los motores bramaron con toda su potencia en un exhaustivo esfuerzo por detener la nave; poco a poco fue cediendo la velocidad y el jet se convirtió en un enorme automóvil de lujo que enfilaba por una carretera hasta posarse suavemente frente al edificio de la terminal. Los pasajeros se fueron incorporando uno a uno; yo me detuve, me obsesionaba prolongar unos instantes el placer de contemplar a Lucy que, con la chaqueta abotonada, el pelo cepillado y brillante y el maquillaje retocado; se instaló junto a la puerta de la nave.

Fui el último en bajar, ella me despidió con la misma sonrisa destinaba a todos los pasajeros, pero me pareció que se había detenido unos segundos más para mirarme con una simpatía no exenta de ternura, no obstante, apenas me dejó caer un *adios* frío, indiferente, superficial.

Mientras bajaba las escalerillas de metal, continuaba mirando su cara, ausente de lo que encontraba a mi alrededor.

¿Qué me importaban el aeropuerto, mi trabajo, o incluso la ciudad que por primera vez visitaba? . . .

Tenía una imagen grabada en el alma: Lucy. Inteligente y gallarda, espiritual y alegre, hechicera y generosa. ¿Dónde hallar una beldad antigua para compararla? ¿Cómo resucitar a Giotto, el pintor de la Virgen, para perpetuar su sonrisa?

Fascinadora, diferente, única, no existían rasgos, ni perfil, ni rostro, ni labios como los suyos, cómo no existen palabras para describir satisfactoriamente la belleza

Apenas revisaron mis maletas y pasaporte, y ya estaba en la sala de recepción del aeropuerto donde algunos miembros de la filial me aguardaban para darme la bienvenida. Hubo cordiales abrazos, apretones de manos y las damas se declararon contentas de conocerme.

Yo traté de corresponder con gentileza hacia aquellas muestras de amistad, mientras con la mirada fija en lo lejos intentaba descubrir la puerta de salida de la tripulación, pero mis pesquisas resultaban inútiles, era como si la tierra se los hubiese engullido; finalmente, advertí que era inadecuado entretener con mi charla por más tiempo a tan excelentes colaboradores y me dejé conducir resignado hasta el automóvil que nos aguardaba, en cuya cajuela, con amable comedimiento, procuraban guardar mi equipaje. De pronto, a treinta metros de nosotros, la tripulación de la CAN abordaba una camioneta. Me latió el corazón como si hubiera sido un conejillo cogido en una trampa. El capitán De Velasco, el ingeniero de vuelo las tres aeromozas y el sobrecargo se instalaron y partieron inmediatamente, sin darme tiempo siquiera de distinguir bien a Lucy.

Poco después íbamos en camino hacia la oficina y mientras el gerente de la filial me comentaba sus problemas de producción, ventas, competencia y financiamiento, yo revisaba mi pasado empeñado en descubrir que nunca había conseguido en realidad enamorarme y desde la alborada jubilosa de aquella absorbente pasión que despuntaba, sentía acrecentarse mi menosprecio por esos amoríos intrascendentes que suelen poblar la vida de todo hombre, sin dejarle más huella que la diversión y en algunos casos, el recuerdo más o menos borroso de un rostro de cuya propietaria nunca recordamos el nombre, o de un nombre que no sabríamos a quién adjudicar si tuviéramos que señalar a su dueña entre la muchedumbre de una calle céntrica.

Llegamos hasta el edificio que alberga el laboratorio y las oficinas donde dos docenas de señoritas contadoras, taquígrafas, vendedoras y obreras me fueron presentadas una a una, en tanto que yo, encharcado en la melancólica alegría de haberla conocido, apenas les murmuraba un breve saludo. Y sin proponérmelo me imaginé, fantásticamente, como un emir del desierto que prendado de la hija del sultán regresa a su tienda en los confines del oasis para sumergirse en una pipa de hachis, entre el cautivante y masoquista placer de recordarla en silencio, mientras las huries danzan y charlan a su alrededor con el vano intento de atraer una de sus miradas o al menos verle asomar el esbozo de una sonrisa.

Visité las instalaciones y me enfrasqué en una junta inacabable con los principales de la empresa: verdad es que confrontaban algunos problemas y mi experiencia les propuso las soluciones que parecieron aceptar de buen grado, pero el recuerdo de Lucy había empezado a revolotear como el seductor vuelo de una mariposa a mi alrededor restándome disposición para los negocios.

Al fin, a las ocho de la noche se levantó la sesión y me anunciaron que la esposa del gerente deseaba invitarme a su casa, y que el amable matrimonio había dispuesto obsequiarme con una cena en mi primera noche en San José.

Era imposible rehusar la invitación de tan hospitalarios anfitriones, y contra mis deseos de quedarme solo, acudí a la reunión donde la cordialidad, la simpatía y la ineludible obligación de ser atento, me distrajeron un poco.

- ¿Qué estará haciendo ahora Lucy? —preguntaba para mis adentros— Tal vez cenando en el restaurante de su hotel, o bebiendo un buen trago con el capitán De Velasco y la voz de la muchacha, respondiéndome con aquel aire satisfecho: *me dicen Lucy* repiqueteaba en mis oídos, y como el eco que suele agrandarse en la distancia, su rostro bellísimo acudía a mi mente alterada por las emociones de aquel día impar. . . y por los cuatro martinis que había bebido.

Una agraciada jovencita me sacó de mis cavilaciones.

¿No le agrada bailar?, insinuó sonriéndome, y yo, sorprendido por la invitación, la tomé inmediatamente del talle y comencé a mover los pies rítmicamente; ella se dejaba llevar dócil y suave, y yo aspiraba el aroma de sus cabellos, casi pegados a mi nariz. *Si ella fuera Lucy* —me repetía— *pero el destino no nos deja lograr lo que realmente queremos...y a propósito ¿Qué tal bailará ella?* —me pregunté— y al no poder responderme, me quedé perplejo con la mirada perdida.

—Escuché que conoce usted muy bien todas las islas del Caribe... preguntó mi pareja a quien mi repentino silencio desconcertaba.

— ¡Ah sí!, perdone —me disculpé— ha sido una laguna mental. Estoy un poco fatigado. He tenido un día agotador. Primero el vuelo y después la junta. Tan prolongada . .pero respondiendo a su amable pregunta, conozco en efecto algunas islas, algunas por motivos de trabajo y otras en alguno de esos cruceros que se detienen unas horas o acaso un día para visitarlas...

— En otra ocasión me hablará de ellas, ahora usted deseará descansar por supuesto...

La joven anunció que me retiraba y toda la familia se puso en movimiento para trasladarme hasta mi hotel. Quince minutos después, en la penumbra de mi cuarto, soñando despierto y dormido la misma visión subyugante y arrebatadora, empecé a vivir el cautivante placer de adorar en silencio a una desconocida.

En vano trataron de retenerme por más tiempo. Había perdido el vuelo de regreso con la CAN y con ello la única posibilidad que me restaba de volver a encontrar a Lucy. Accedí a impartir un breve curso de mercadotecnia a los vendedores novatos, pero no soportaba un día más. Ni las promesas de escalar la cima del volcán Irazú, ni las tentadoras habitantes de Cartazo o las acogedoras playas de Punta Arenas, fueron lo bastante convincentes. Me despedí de mis generosos amigos ofreciéndoles regresar muy pronto a disfrutar plenamente de Costa Rica y de su hospitalidad y para anunciarles, con gran beneplácito de todos, los futuros planes expansionistas de la compañía.

Cuando conseguí zafarme de mis obligaciones, me encontré de nuevo a bordo de un jet de la CAN con rumbo a mi país. Mi visita había sido como un relámpago, no obstante provechosa; por lo que mi repentino regreso apenas llamaría la atención en la compañía; Pero me quedaba por resolver el otro problema, el más importante, cómo volver a encontrar a Lucy, y aún procurándome algún medio para conseguirlo, cómo atraerla, ya que por lo visto no le había causado ninguna impresión; y me volvía a sumir en esos pensamientos derrotistas que suelen agriar la vida de todos los enamorados, surgiendo el conflicto eterno entre la razón y los sentimientos, entre la cordura y el absurdo, entre la realidad y la fantasía.

Estéril intento fue tratar de indagar algo acerca de Lucy con una de las aeromozas, la muchacha, con una sonrisa desdeñosa, afirmó que ni siquiera la conocía, dejó mi copa de martini en la mesa plegadiza y se marchó insípida y desgarbada. Decididamente, la tripulación del capitán De Velasco era el botón de muestra de la CAN, pero, para mi fortuna, el vuelo me pareció más corto y en un abrir y cerrar de ojos estaba descendiendo en el aeropuerto de la ciudad de México: Me quedé contemplando a través de la ventanilla aquel panorama familiar que hacía apenas unos días no llamaba mi atención y que sin embargo, en aquella tarde me pareció lo circundaba un halo de tristeza. Los paisajes y las cosas tienen siempre el color que nuestro estado de ánimo quiere ponerles, el imaginar que la dueña de mis inquietudes frecuentaba obligadamente aquel lugar y que, acaso ignorándolo, ella estaría a unos pasos de mí. en alguno de los múltiples aparatos de la CAN, o a la distancia de unas horas más o menos, me alentó un poco e hice un propósito: aquello no terminaría allí, me quedaba un recurso muy masculino: buscarla, indagar discretamente por ella y fiel a mi propósito, ya que en ello iban mi tranquilidad y mi futuro, poner mi inteligencia y mi voluntad para conquistarla sin mirar el tiempo.

En la sección aduanal el vista se esforzaba por buscarme dificultades, pero para su mala suerte no halló nada digno de reprocharme y tuvo que poner mis pertenencias en su sitio., así que decidí que no debía abandonar el aeropuerto sin iniciar algún plan audaz.

Recogí mi maleta y me fui al mostrador de la CAN que por fortuna se hallaba vacío.

Un hombre joven enfundado en su uniforme galoneado, repasaba una lista confrontándola con no se qué papeles.

-- ¿En qué puedo servirle? me interrogó, sin abandonar su trabajo.

—Termine usted por favor - le respondí con comedimiento.

El empleado miró mis maletas con las etiquetas de la compañía y supuso que iba a hacer una de esas engorrosas reclamaciones como perdida de equipaje o cosas por el estilo.

Terminó de comprobar sus datos y levantó la vista con el aire de satisfacción de quien ha encontrado lo que buscaba.

— ¿Tiene tiempo de tomar una copa en el bar? - le sugerí.

El hombre me miró desconcertado.

—Desearía hacerle una pregunta.

Aumentó su extrañeza.

-- Es decir, si usted quiere hablar conmigo. No soy policía, ni está usted obligado a ello.

-Yo estoy ahora de servicio -- se excusó.

-- En tal caso, siento molestarlo, será otro día, si usted puede...

La curiosidad lo venció.

—Espere. Llegó usted en el vuelo 507, ¿No es así? . . . ¿Tiene algún problema?

—No. Es algo mucho menos importante, bueno, para mí si que lo es.

—Está bien —me dijo—. Deje ahí su maleta.

En el bar del aeropuerto, sentados en alguna de las mesas que nos rodean, yo buscaba iniciar un diálogo amistoso con el que iba a ser el confidente inseparable de la más extraordinaria de las aventuras.

—Tienes que ser amable y disculparme que te robe el tiempo con una tontería --le dije tuteándolo, empeñado en inspirarle más confianza-- Ante todo, quiero saber si conoces a una muchacha que trabaja en tu compañía.

Comenzó a sonreír maliciosamente.

— ¿Alguna aeromoza, no es eso?

—Sí. Se llama Lucy. ¿No es algo tuyo?

—Una buena compañera y nada más.

—La he conocido en el vuelo a San José.

— ¿Y te ha gustado mucho? --dijo sorbiendo su vaso de limonada.

—Escúchame —le dije—, creo que es algo mucho más serio.

—Es muy bonita, Lucy —concedió—. ¿Pero que puedo hacer yo por eso?

—Nada que ofenda tu dignidad. —Me apresuré a asegurarle—, Pero yo quisiera volver a verla alguna vez.

—Bueno ¿Y por qué no le pediste su teléfono? Hubiera sido lo más fácil.

—No se me ocurrió, o más bien, estoy seguro de que no me lo hubiera dado.

—Todos se enamoran de las aeromozas. —Me dijo con cierta socarronería—. Y ellas lo saben bien. Algunas suelen explotar ese atractivo especial que tiene el personal de cabina, y hacen sus ligues, pero la mayoría de las ocasiones no pasa de ser una aventurilla y nada más.

--- ¡No me hubiera atrevido a ponerte la cara por una aventura! —le aseguré—. Comprendo que estoy haciendo el ridículo más lastimoso, pero el amor siempre es así.

—No ¿Por qué?... total, te gustó la muchacha y está bien. Supongo que vienes a pedirme su dirección o su teléfono

— ¡No me atrevería a tanto!

— Además tenemos prohibido hacerlo.

—Mira, mi plan es otro, tal vez mucho más sencillo. Si yo me dedicara a espiarla, daría con ella, pero no obtendría nada pues apenas si hablamos unas cuantas palabras durante el vuelo, además, en su casa no la voy a encontrar nunca, y como lo más probable es que haya muchos que la sigan, no voy a procurarme mas que malos ratos. Hace unos momentos se me acaba de ocurrir algo mejor: es preciso tratarla, intentar despertarle alguna simpatía, entonces ella misma me daría su teléfono v todo sería mucho más fácil. . .

— ¿Y en qué consiste ese plan que se te ha ocurrido? - Preguntó mirándome extrañado, como quien tiene que habérselas con un demente o algo así.

—En viajar con ella. La seguiré por dondequiera que vaya. Verme todos los días en su avión, tendrá que picarle la cresta y entonces. . .

—Mira que los hay chiflados... -me contestó con ironía.

— ¡ Por favor!— Supliqué yo.

— ¿Y tú puedes hacer eso? ¿Tienes mucha plata para gastártela en vuelos, no trabajas o eres de los del gobierno o qué?

—Trabajo como tú, como cualquiera. Mira estoy en esta empresa —repliqué, dándole una de mis tarjetas—. Y, a la buena, irme a seguirla me cuesta la plaza, pero ni modo, me conseguiré otro empleo después, lo importante es volver a verla.

—No te entiendo, a mí también me gustan mucho las mujeres, pero yo no arriesgaría mi trabajo, ni tiraría porque así mi dinero. ¡Hay tantas!

-- ¿Cómo te llamas?
—Alberto Contell.
—Oyéme por favor Alberto, esto es un reto para mí.
— ¿Cuántos años tienes?
— ¡Qué importa cuántos!, tal vez te parezca que tengo quince, eso es lo de menos, ¡Pero estoy enamorado!
—Y sólo porque es bonita. Me parece que eres muy superficial. . .
—Tal vez tengas razón.
—Tú mismo aceptas que hablaron unas pocas palabras.
----Las necesarias.
--Y que no crees haberle causado ninguna impresión.
-- Te mentiría si dijera lo contrario.
--¿Entonces, qué buscas?
--Convencerla, conquistarla, jugármela.
-- Si ni siquiera la conoces.
—La intuyo.
-- ¡Vaya tú, si al menos buscaras una aventura! pero no tienes malas intenciones, además Lucy es otro tipo de chica. Elegiste mal. Hay otras que quizá no serán tan bonitas, pero que se portarían mucho más accesibles.
-- No me interesan. Mira, en la factoría donde yo trabajo hay mujeres por cientos, ahora mismo en la filial conocí chicas de todos colores y sabores.
—Pero tú estás encaprichado con Lucy. Entiendo, me han pasado cosas así cuando tenía dieciocho años.
—Quién no quisiera volver a contarlos. . . y dejarse llevar por ese idealismo maravilloso que te hace ver en esa mujer todo lo que buscas y esperas de la vida.
— ¡Allá tú!, yo hice muchas tonterías y francamente no quisiera volver a repetirlas. En fin, en cuanto a la asignación de vuelos de tu adorada, no tengo inconveniente en proporcionar: tela, claro está como un favor de cuates, y contando con tu discreción, Andate con cuidado, me parece que llevas todas las de perder, y si no le gustas a la muchacha, así te eches por la ventanilla del avión, no vas a conseguir nada.
—Es posible. Pero no puedo quedarme reprochándome por el resto de mi vida no haber hecho siquiera el intento.
— ¿Eres casado?
— No, por fortuna. Y si lo fuera ya estaría divorciándome.
—Eso no les gusta a todas las mujeres. Un hombre enamorado no les ofrece ninguna estabilidad. Uno suele creer que se enamora una vez, o la otra. . . y al final de cuentas no sabes a quién quisiste verdaderamente.
— ¡No! —Objeté con certeza—. Yo pienso que sólo una vez en la vida te enamoras de verdad. . . después, todo es rutina o conveniencia, o simplemente atracción. . . joven o viejo no te la puedes pasar sin las chicas.
--Te voy a decir una cosa, hay algo que tiene un sobrecargo, muy especial sobre las demás mujeres, es un imán que llama la atención o que excita, tal vez es el hecho de que desafían todos los días el peligro. ¡Y allá arriba se juegan el pellejo en serio! Casi todo el mundo piensa que son conquistas fáciles, porque su trabajo requiere que sean muy sociables, pero tú, estás más ido que ninguno.
—Y el amor es una santa locura.
Al día siguiente tenía en mis manos la asignación mensual de vuelos de Lucy. Me puse a pensar, mientras la repasaba, en los grandes capitanes de la humanidad, en quienes han cifrado su vida, sus esperanzas, en descubrir unas tierras inhóspitas o en sacar oro de las entrañas de la tierra o en crear imperios económicos... o drogas con que prolongar unos años de vida de la gente o guerras con que robar lo que pertenece a otros.
Yo sólo quería conquistar mi felicidad, y sabía que la única verdadera dicha se cifraba en aquella muchacha increíble, reina de un imperio más vasto que todos los continentes, tesoro más valioso que todos los que pudiese ocultar la tierra en sus abismos o en los océanos, razón más importante que todas las ambiciones bastardas de los hombres a la perpetua caza de la

gloria que los aturde y del poder que los deshumaniza. . . y cual un soñador de sueños —como dice la poetisa Naidu—, me puse a imaginar, como una ilusión cósmica, al ave prodigiosa cuyo vuelo intentaba seguir, al pájaro sublime que anida entre las constelaciones de diamante, más allá, donde se abre el infinito azul para que el alma despliegue sus alas.

VII

Aquella tarde, llevando la maleta un libro en el bolsillo y mi boleto, me presenté en el mostrador de la CAN. Tuve que buscar diez mil pretextos en la compañía para zafarme, pero al fin convencí al gerente general de que debía acudir de inmediato a Chicago en busca de algunos datos concernientes a la planeación y lanzamiento de un nuevo producto.

Alberto me guiñó el ojo indicándome que apenas llegara debería reconfirmar mi vuelo de regreso, pues de no hacerlo, corría el riesgo de quedarme en la ciudad donde era poca cosa lo que realmente tenía que hacer, o viajar por otra compañía. Le prometí seguir su consejo y me despedí con cierto nerviosismo, si bien era tan anticipada la hora que, con un grupo de viajeros impacientes, me destinaron a una espaciosa sala de espera desde donde se divisaba el enorme DC-10 de la CAN.

Meditando en lo absurdo de mi empresa, me quedé con la casi pegada a los cristales, súbitamente tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para calmar los latidos de mi corazón, respirando hondo y acompasado, intentando llevar más aire a pulmones.

Al fin divisé a Lucy y una desconocida, opresiva, pero placentera angustia, se apoderó de mí recordándome que estaba enamorado y que la amaba más que a la vida misma, porque ella era vivir en sí.

Subió uno a uno los peldaños de la escalerilla que va a dar a la panza del avión, llevaba en su mano la maleta de vuelo y del brazo izquierdo colgaba seguramente un abrigo, sujeto a un gancho y metido en una funda de nylon.

Veinte minutos después anunciaron por los altavoces que podíamos abordar el aparato. A mí me habían parecido horas de espera. Apenas nos dejaron libre el paso, avancé atropellando a los demás viajeros sin ningún miramiento; sólo cuando estaba frente al avión y divisé a la adorada figura en la puerta que da al puente de la cabina posterior, tuve que desacelerar el paso pues no deseaba hacerme notar de una manera tan brusca, al abordar la nave antes que ningún otro pasajero.

Mientras ascendía por la escalera metálica, ansioso y febril, anhelando el gran momento de volver a estar unos segundos junto a ella, la linda azafata con las manos caídas, ligeramente pegadas a los muslos, enfundadas en los guantes impecables saludaba poniendo un detallado interés en los viajeros, como si dejara caer algo de sí misma en la amable sonrisa que les destinaba; parecía quererles decir: *Bienvenidos a casa. Aquí están ustedes seguros.*

Al llegar junto a ella, sus ojos rodaron hasta mí, pero apenas los posó unos breves instantes.

—Buenas tardes -murmuró por lo bajo, a guisa de saludo, sin cuidarse de poner ninguna modulación en la voz, como quien cansada de decir siempre lo mismo apenas presta atención a lo que habla.

Yo atiné a responderle:

—Buenas tardes. --Y sonreí forzado, mas con los ojos, en el breve espacio de aquellos segundos, le había dicho que vivía adorándola. Lucy no se percató, o al menos supo disimularlo muy bien, volviendo la cara hacia el interior de la cabina, como si la inquietara la tardanza con que se acomodaban los viajeros, pero para el comandante De Velasco, quien andaba merodeando por allí, no pasó desapercibida esa súbita cortedad que me quitaba hasta el habla y me ponía tan confuso como un colegial de cuarto año cuando es interrogado por el supervisor de matemáticas que inspecciona su clase, y me abordó bonachón, con ese aire seguro y satisfecho de quien parece conocer tan bien a las mujeres a quienes con un solo gesto domina, pero cuya aguda psicología abarca a ambos sexos por igual:

--¿Viaja usted nuevamente con nosotros? --inquirió con socarronería, dejándome aún más perplejo por aquella memoria suya, programada a nivel de computadora.

—Sí señor -- concedí.

El sonrió con amplitud, demostrando sentirse complacido. Su cara, que tenía cierta dureza implícita, se suavizó y las largas patillas me parecieron mucho más benignas.

Una de las chicas se encargó de instalarme, verificando cuidadosamente mi número de asiento. Cuando me desplomé estaba tan fatigado como si viniera de hacer una larga caminata.

¡Oh Dios!, cuán dulcemente pesado es el agridulce fardo de la pasión. Yo sentía amar a Lucy con un culto abrasador, con toda esa fuerza que sólo un hombre de treinta y tres años puede poseer cuando ya la vida le ha enseñado a distinguir lo que diferencia el simple deseo camal del verdadero amor. Pero he ahí que cuando me tocaba presentarme al escenario donde había de jugar un papel tan importante, apenas podía disimular mi excitación y el pulso se me aceleraba como si fuera a reventarme en las muñecas.

El avión con todos los asientos ocupados, era lo que en el argot suele llamarse un *vuelo completo*. Para colmo de mis males, me habían instalado en el asiento de en medio, precedido de un señor cuya corpulencia me restaba visibilidad hacia el pasillo.

Lentamente se acomodó aquel heterogéneo grupo humano, que hablaba en dos o tres idiomas, y se encendieron los consabidos letreros de no fumar.

Alcancé a divisar a Lucy absorta en su trabajo: vigilar cinturones, acomodar bolsos de mano, bajar mantas y almohadillas y apagar cigarrillos, presionando con gentileza a los fumadores, pero dejando traslucir un poco ese nerviosismo que suele preceder a cada vuelo.

Esta vez tocó a una de sus compañeras recitar la rutina, mientras otra de las muchachas se ocupó de la explicación práctica del uso de las mascarillas; a los pocos minutos observé a Lucy acomodar sus pertenencias en uno de los casilleros destinados a las sobrecargos y sentarse en uno de los asientos posteriores.

Iniciábamos el viaje. Primero, la enorme nave se dio la media vuelta y avanzó un largo trecho, luego empezó a correr velozmente tal si tuviera gran prisa en dejar tierra, y al final, mientras el cambio brusco de presión me obligaba a tragar saliva, iniciamos un despegue impecable. Cuando conseguimos estabilizarnos y regular la altura, ensayé algo parecido a un bostezo para despejarme los oídos.

A poco, Lucy comenzó a explorar el pasillo. Se desenvolvía optimista, atenta, segura; cuando la observé inclinada, proporcionando información amablemente a unos viajeros, aprecié cabalmente cuánta satisfacción le proporcionaba su trabajo.

Me producía una especie de enojo que amenazaba desbordarse a ratos, pues, igual que la vez anterior, la joven estaba muy distante de mí y yo había quedado en el distrito de otra de las chicas. ¡Mira que de veras tenía mala suerte! pagaba un boleto de la CAN con el único objetivo de contemplar a mis anchas a una de sus empleadas y he aquí que mi compañero de al lado, poseedor de una humanidad excesiva rematada por una desproporcionada cabeza, me impedía el único aliciente, la mínima aspiración con que trataba de apaciguar mis sueños de enamorado: ¡Contemplarla!

No resistí mucho, y aprovechando el momento en que Lucy recorría primera clase con los álbums y las revistas, salté de aquel asiento y me dirigí hacia la sección delantera donde seguramente sería visto por la causante de mis inquietudes: pero las plazas estaban totalmente ocupadas y tuve que abordar a un jovencito que bailoteaba impaciente en su asiento del pasillo.

— ¿No te gustaría cambiar tu lugar por el mío?—, le pregunté y como me mirara extrañado, añadí: -Es que padezco mareo.

El chamaco se alzó de hombros y me respondió malhumorado:

—i Si usted quiere, siéntese aquí!

—Mi asiento es el 42B.-agregué despidiéndolo con una sonrisa falsamente amable, pero él sin responderme se marchó.

A quien supuse sería la madre del jovencito, no pareció hacerle mucha gracia el cambio, pero disimuló estar muy entretenida en la lectura de una revista y me miró de reojo a través de sus gafas oscuras.

No tardó en volver Lucy quien, al verme instalado en mi nuevo lugar, se mordió los labios intentando contener la risa.

La miré descorazonado, pretendiendo insinuarle cuánto me hería su burla, pero ella avanzó decidida hasta mi asiento:

—Se había usted instalado en un buen lugar ¿Por qué ha decidido cambiarlo?

—Supuse que estaría mejor aquí.

—Yo pensaba ir a atenderle. Por supuesto toma usted su acostumbrado martini, ¿Verdad?

—Sí, muchas gracias.

Al cuarto de hora, y ayudada por otro compañero, regresó con su cantina ambulante cuyo tintineo de vasos y copas identificaría en el último rincón del mundo. Me alargó el vaso con la bebida, observé en su rostro aquel gesto tan suyo de ironía, como si se estuviera divirtiendo con la ansiedad que me embargaba.

—Gracias, Lucy.

Pronuncié su nombre henchido de satisfacción, como si por el hecho de saberlo se me hubieran abierto las puertas hacia esa familiaridad que nace del trato frecuente. A la señora de al lado, a quien no se escapaba nada, a pesar de estar muy ocupada en su lectura debió extrañarle mucho semejante confianza, y yo me regocijé por mi superioridad sobre todos aquellos viajeros; yo sabía su nombre, y ella, no obstante la frialdad de su recibimiento, no me había olvidado. Empecé a dar breves tragos a mi copa, degustaba el martini, cual si la blanca mano que lo había vertido se hubiera disuelto haciendo más embriagador el vino.

Tratando de no llamar demasiado la atención de mi vecina, yo miraba de vez en cuando hacia el fondo del pasillo donde mi amada proseguía su trabajo; y volvía a recorrer una y otra vez, incansablemente, aquel cuerpecito, imaginándome el maravilloso tesoro de sus piernas.

¡Oh, ser dueño de una mujer, del más envidiable y soberbio imperio, hacer mía aquella voluntad predestinada más a reinar que a ser rendida! ¡Disfrutar todas las horas de una vida el deleite supremo de mirar aquella cara! ¡Perderse en ese edén inviolado donde el alma femenina se vuelve revelación y misterio, realización y promesa! ¡Sintetizar en aquella dulce persona los sueños; en aquellos ojos, el infinito!

La voz del capitán De Velasco me apartó de mis cavilaciones, volábamos sobre la frontera.

Nos quedaban casi dos horas de vuelo, mucha gente a la que el vinillo había soltado la lengua, caminaba por el pasillo y las muchachas proveían bebidas a los repetidores. Lucy iba y venía, y a pesar del suave mido del motor, sus pasos no se apagaban en la alfombra; yo empezaba a habituarme a su compás, sabía que ella se aproximaba o se alejaba sin mirarla.

Unos minutos después sirvieron la cena, yo había ido al lavabo a rociarme con agua de colonia, al regresar encontré la charolilla sobre mi mesa; en tanto los viajeros devoraban la comida en silencio, yo traté de imitarlos, pero apenas piqué la ensalada. Saqué un lápiz y me puse a dibujar el rostro de la inquietante criatura que me quitaba el sueño, cuidando de escribir mi nombre claramente en un ángulo de la hoja. Había empleado el tiempo exacto que tardaron en consumir la comida y ni siquiera las furtivas miradas de mi curiosa vecina consiguieron distraerme, concentrado en obtener el más cercano parecido entre la modelo y el retrato. Entretenido en tan dulce menester, apenas me percaté de que armada con su refrigerada botella de champagne, ahí estaba Lucy. La CAN se esmeraba en los vuelos internacionales, sobre todo tratándose de transportar turistas gabachos; ella se inclinó a llenar la copa y la sorpresa la hizo turbarse, y yo nunca había visto ese bellissimo rostro con aquella súbita mezcla de sorpresa y desasosiego, la serenidad huyó definitivamente de él y el rubor le encendió desde las mejillas hasta los lóbulos, me miró seria, muda, se diría que casi severa, clavándome los ojos que sentí me escudriñaban el alma, yo, en cambio, que había percibido su honradez, su sinceridad, la miré imperturbable, seguro, con la intención limpia que ennoblecía mi amor.

Lucy dejó la copa en el hueco de la charola, no se atrevió a ponerla entre mis manos. Continuó repartiendo el ambarino líquido hasta concluir la botella. Yo le di un sorbo al champagne y me quedé cabizbajo, buscando retener en el papel aquella mirada suya, aquel reclamo que había conseguido perturbarla, enrojecerla, y ante el cual se había vuelto seria, apagando en sus labios la sonrisa, huyendo el coqueteo de sus ojos, y volviéndola más mujer, la mujer al fin: débil, temerosa de ser conquistada, prendida en esa lidia inacabable con el hombre.

Empezaba a sentirme fuerte, pero eso duró muy poco tiempo pues ella regresó al rato provista de unas hojas de papel, levantó la charola, y las puso comedidamente sobre la mesilla plegadiza.

—Había olvidado que el señor gusta de escribir. . . y de dibujar.

Aquel *señor*, frío, impersonal, delataba cuánto le había disgustado el ruborizarse por mi inocente atrevimiento.

—Es usted muy amable señorita -devolví el reto, y luego, suavizando el tono, le pregunté: Y ¿A propósito, se parece realmente a usted?

Extendí ante su vista la servilleta, ella hizo el ademán de tomarla, pero yo se la aparté bruscamente.

—No, no se la puedo regalar. Es lo único que tengo de usted.

No me respondió. Se alejó y encontró fácilmente la manera de mantenerse embebida en su trabajo. A poco, un resplandor iluminado empezó a vislumbrarse desde la ventanilla, descendíamos, y como un espejismo impalpable: ríos de luz, luces que cintilaban, que caminaban, que jugaban a hacer guiños intermitentes, luces rojas, amarillas, anaranjadas, violáceas, se desgranaron a nuestros pies como un alud de topacios. Era la ciudad de Chicago.

Nos repartieron las formas migratorias y a poco la melodiosa voz de mi adorada anunció el final del viaje con las recomendaciones de costumbre. Unos segundos después, el enorme jet patinaba sobre el asfalto, cual si hubiera sido una pista de hielo, escuchándose unas palmadas entusiastas entre los pasajeros.

El piloto de los despegues delicados y de los aterrizaje suaves, el artista del aire, había vuelto a lucir su habilidad en las difíciles maniobras, con delicadeza exquisita, y el público, que no podía pasar desapercibida su pericia, se lo agradecía con creces. ¡Y yo sentía envidia! Aquel hombre era un verdadero amo del espacio y a su indiscutible poder de seducción respaldaba la imperturbable seguridad con que realizaba su peligroso trabajo. Volar con él equivalía a saberse seguro, y la seguridad es una de las razones fundamentales que una mujer demanda del hombre. Empecé a comprender cabalmente las razones de Lucy al declararme con alarde de orgullo: "*Formo parte de su tripulación*", ya no me quedaron dudas de que el comandante De Velasco era mi rival, y midiendo la desventaja obvia en que me hallaba, se multiplicaron mis amargos presentimientos acerca del buen éxito de mi alocada determinación.

Los pasajeros debíamos descender a través de una especie de acordeón ensamblado a la puerta de cabina, dejé que los ansiosos bajaran primero, procurando quedarme entre los últimos para hacerme notar ante la joven quien con sus compañeras se ocupaba de despedirlos cordialmente.

Me adelanté resuelto hacia ella alargándole el improvisado dibujo.

— ¿Desea conservarlo? —Le insinué.

Ella tomó el sencillo obsequio y se lo mostró a su compañera.

--En la secundaria, era el mejor dibujante de mi clase -- declaré vanidosamente, tratando de compensar el no saber ni pizca sobre pilotear aviones, mas al observar que mis palabras no habían conseguido impresionarlas, agregué con humildad:

— Pero en casa decidieron que eso no servía para nada y nunca volví a tomar un lápiz hasta ahora!

—Lo hace muy bien -admitió la muchacha en cuyo gafete se leía Deborah. Y como Lucy continuara imperturbable, le preguntó- ¿Verdad que sí?

—Debió insistir. - Replicó Lucy, mirándome seria, con enojo y frialdad.

— ¡Oh! cierto que lo intenté. Hubiera querido relatarle los esfuerzos que hice entonces, pero no tuvimos tiempo de hablar.

— Una sobrecarga no puede dedicarse a un solo pasajero, nuestro trabajo es atender a todos por igual - respondió cortante.

—Lo siento, me habría gustado tanto confiárselo a usted.

—Hay que insistir en lo que uno quiere —enfaticó- yo empecé en los aviones de hélice, que hacían pequeños recorridos, sin ninguna experiencia y con muchos sustos, son demasiado alborotadores, pero terminé por acostumbrarme al ruido y a las sacudidas.

—Admiro su fuerza de voluntad. Yo entonces era un muchacho que apenas sabía lo que deseaba, mas si ahora tuviera que decidirme por algo, le juro que insistiría, así me fuera en juego la misma vida.

La miré profundamente, y poniendo en mi gesto una contagiosa gravedad, agregué:

—Hasta el miércoles, Lucy. . . en que volveremos a volar juntos.

Y ella supo, desde entonces, que yo no viajaba por otro negocio, sino por el más importante en la vida de un ser humano: la felicidad.

VIII

La ciudad de Chicago, a las orillas del lago Michigan, me recibió con su impersonal eficiencia. A los cuarenta minutos de haber arribado, estaba registrándome en el Hotel Hyatt desde donde llamé a un antiguo camarada, buscando escapar de ese monólogo triste en el que suele sumimos el amor huérfano.

Por otra parte, me interesaba justificar mi viaje ante la compañía; las relaciones y ayuda de un amigo siempre servicial, me consiguieron una gruesa carpeta de datos importantes sobre el lanzamiento de un nuevo producto y además pude relacionarme además con una docena de emprendedores hombres de negocios, rematando mi éxito con un almuerzo que me ofrecieron en un elegante restaurante vecino del sector de los rascacielos, desde donde lucía magnífica la torre de Sears.

Pero a los dos días siguientes faltando una hora para la hora del regreso, llegué al aeropuerto. Los redondos relojes de pared mostraban los diferentes horarios del inundo. Una vez que reporté mi boleto, me dirigí hacia una espaciosa terraza. Eran las ocho de la noche, las interminables maniobras del tráfico, alumbradas por los potentes reflectores, estaban en todo su apogeo. De un lado se agrupaban los hangares, de otro las bodegas; y en alguna sección decenas de avionetas y aparatos de reducidas dimensiones, aguardaban que sus dueños multimillonarios se acordaran de usarlas. A la derecha, algunos jets con los faros encendidos guiñaban sus luces rojas y, más lejos, las inconfundibles señales azules indicaban las anchas pistas de aterrizaje desde donde cada cuatro o cinco minutos se presenciaba el aterrizaje o el despegue de algún avión.

Entre aquella multitud de aparatos, el jet de la CAN lucía mucho más modesto aunque su enorme nariz de aluminio parecía recién esmaltada y las gruesas letras rojas del emblema de la compañía destacaban ostensiblemente. Estaban concluyendo de aprovisionarlo cuando se acercó una góndola con su cargamento de equipajes; aquella escena, que acabé por presenciar con los ojos cerrados y que tantas veces se repitió durante esos meses, solía distraerme siempre, si bien en aquella hora antes de abordar el avión me sentía nervioso e inseguro. No sabía cómo iba a recibirme Lucy, y pese a que abrigaba la certidumbre de que por su trabajo habría de conducirse comedida, me repugnaba la idea de que esa cortesía sólo fuera convencional y que mi insistencia terminara por aburrirla.

Aquella noche, al abordar la nave, la encontré, con la fresca lozanía de la primera hora, surtiendo una charola de caramelos en el almacén, y aunque había mía larga fila de viajeros detrás de mí, me desvié para saludarla.

—Hermosa noche Lucy, hace un fresco delicioso.

Se volvió sorprendida:

— ¡Usted otra vez!

—Y muchas, ¡Hasta que me haga caso!

Me presentó la charola de los dulces.

— ¿Quiere uno?

-¡Quiero algo mucho más dulce! -y con los labios le di a entender lo que buscaba. Se me quedó mirando con encantadora picardía. El pasajero que estaba detrás me tocó el brazo con descortés impaciencia, para indicarme que avanzara; tuve que acercarme más a Lucy para susurrarle.

— ¿Se ha divertido mucho?

— ¡Está obstruyendo el paso! —me respondió seria—. ¿No quiere hacerse a un lado, por favor?

El comandante De Velasco apareció con sus inevitables patillas y oliendo a loción de tabaco.

-¡Hola amigo! ya suponía que le veríamos por aquí.

—Así es capitán. Conseguí concluir rápidamente mis asuntos y ya estoy de regreso. -Mi respuesta debió desconcertarlo un poco.

—¿Le gustó la ciudad?

—Mucho, es mi cuarta o quinta visita, pero el panorama desde las torres de Marina sigue atrayéndome como en la primera vez.

— Lo apreciará mejor desde la cabina de pilotaje. Lo invito a presenciar el despegue — sugirió comedido— aunque a la hora de la cena será mejor que vuelva a la cabina, las compañeras suelen olvidarse frecuentemente que los pilotos también llegamos a sentir hambre.

—Acepto encantado —respondí, la perspectiva de desengañarme acerca de lo que realmente había entre mi amada y De Velasco me venía de perlas. Lucy, que había terminado de surtir la charola de confites, observó:

—En tal caso, para que usted esté cómodo, déjeme su portafolio, lo encerraré con llave en el locker.

—Es muy gentil de su parte -consentí entregándoselo y seguí a De Velasco hasta la cabina.

— ¡Son un lío estas muchachas! —se quejó—. ¡Uno tiene que estarles recordando continuamente sus obligaciones!

— ¡Yo encuentro a Lucy encantadora! -declaré por picarlo.

El simuló no haberme escuchado y fue a instalarse en su puesto,

—Aquí estará usted muy bien, propuso señalándome un asiento detrás del suyo.

Deliberadamente buscaba exhibirse, pero a mi poco me importaban su gigantesco juguete y sus panoramas, aunque mi persona estaba allí, en aquel mirador ambulante, iluminado tenuemente, donde burbujaban las luces de los aparatos: altímetros, derivómetros, giróscopos, termómetros, manómetros, indicadores de velocidad, de consumo de combustible, de aceite y todos los demás chismes de la navegación, los ojos de mi espíritu vagaban prendidos tras de una muchacha que seguramente estaría caminando de uno a otro extremo del pasillo, empeñada en acabar su charola de caramelos, o en repartir un buen montón de periódicos y revistas que los viajeros examinaban detenidamente antes de decidirse a elegirlos.

De Velasco se lucía revisando que los controles funcionaran a la perfección y en tanto el copiloto, en compañía de los mecánicos, verificaba los alerones, el ingeniero de vuelo respondía al zumbir del radio con el embrollado argot del oficio, que se volvía más enigmático entre los mapas de tiempo y las luces de los tableros. Al fin, la torre de control, en un inglés que no hubieran entendido ni en Picadilly, nos dio permiso de despegar y De Velasco, como quien se prepara para un ritual extraordinario, se caló los lentes con mica roja que ayuda a conservar la visibilidad durante el vuelo nocturno. Un minuto después se volvió para preguntarme:

-- ¿Así es que anda usted en pos de una de nuestras estrellas? -me dijo con soma.

— ¡Capitán! —contesté amablemente—. supongo que no está prohibido que le gusten a uno las mujeres. . . ¡Sobre todo, si son guapas!

—Ah no, desde luego. En eso coincidimos usted y yo.

—Si el hombre se insinúa, está en su derecho y en su papel.

—Tiene usted razón -concedió, mientras daba principio a la carrera de despegue y yo me sujetaba frenético a los brazos del asiento.

El aparato, acelerado con exageración, corría velozmente por la pista: las lejanas casas, dispersas y escondidas entre los árboles, huían a gran velocidad. En algún momento tuve la impresión de que se nos acababan las líneas del pavimento y nos estábamos acercando peligrosamente al enorme foso azul del lago, pero cuando menos lo esperaba, con acrobática pericia. De Velasco hizo elevar bruscamente el aparato obligándome a expeler el aire. Apenas hube tragado saliva, le advertí:

—Capitán, me temo que esta noche se ha perdido de su consabido aplauso.

Simulé que miraba la tierra que dejábamos. La formidable ciudad, totalmente iluminada, se perdió a nuestros pies mientras nosotros parecíamos flotar entre densas nubes, muy por abajo todavía de la altura donde debíamos volar.

A intervalos, una serie de puntos luminosos me recordaban que a causa del mal humor del piloto pudimos ir derecho a rompemos la crisma; pero a los pocos segundos noté con alivio que habíamos abandonado además un enjambre de vapores negruzcos, sinónimo de tormenta. De Velasco anunció por el micrófono el tiempo aproximado de vuelo y previno a los pasajeros sobre el posible encuentro con una leve turbulencia; no obstante, agregó con pedantería que el avión volaría a 15,000 pies, sobre cualquier contratiempo atmosférico.

— Seguramente pasó un mal rato —agregó—. Son gajes del oficio, aquí suelen ser difíciles los despegues por los vientos polares que llegan hasta el lago.

—Es la sorpresa natural del novato —admití— aunque supongo que no debe uno gastar bromas a la muerte.

—Yo pienso que tampoco a la vida, aunque no se imagina lo divertido que es para mí vivir. Por nada del mundo la malgastaría.

—Cada quien la invierte a su manera Capitán.

—¿Y cuál es la suya?

—Si me prometiera no reírse le diría...

—Que la vida no vale la pena, si no le hace a uno caso una chiquilla por la que se ha encaprichado.

—No capitán. Que la vida no merece ser vivida, si no se tiene la capacidad de ilusionarse, de amar y de vivir para hacer la felicidad de otra persona, si uno se convierte en un autómata incapaz de sentir, de esperar, de luchar.

—Pero ¿Qué cosa espera usted?

— ¡Algó mucho más que divertirme!

—Sé por experiencia que a las chicas de hoy sólo les interesa pasarla bien.

—Convengamos en que habla de ciertas chicas. Buenas noches capitán. Ha sido usted muy gentil en proporcionarme esta demostración de su pericia, pero le ruego recordar que lleva en sus manos, no sólo su vida en la que mucho se divierte, sino la de su tripulación y la de sus pasajeros.

— ¿Y usted tiene que recordármelo!?—replicó con altanería—. ¡Yo soy el mejor piloto de la CAN, tengo veinte mil horas de vuelo y usted es ...

—Un pasajero solamente. Que tiene verdaderas razones para querer vivir.

Regresé a mi asiento atravesando por la clase de lujo. Los amplios asientos formados de dos en dos tenían un aire de rebuscada voluptuosidad. Media docena de turistas, provistos de copas, comida y magazines, estiraban las piernas con aire displicente y aburrido, como si el dinero, en lugar de haberles hecho más apetecible la existencia, sólo los hubiera vuelto indiferentes snobs y tristes.

En esa parte de la cabina, decorada con motivos azul pastel, había siempre una penumbra, con excepción de alguna lámpara individual que proyectaba su luz amarillenta sobre el libro de algún lector empedernido.

En categoría turista, el brusco despegue, seguido de violentas sacudidas, había sembrado pavor entre algunos viajeros., divisé a Lucy ocupada en suministrar a una señora sexagenaria lo que supuse era algún sedante.

Las luces del techo casi se habían extinguido; recorrí la mitad del pasillo asombrado de que el fuselaje del DC-8 fuera tan largo: contenía muchas ventanillas y sus correspondientes asientos mullidos y suaves, calculadamente espaciados para brindar un discreto confort a los clientes de modestos recursos.

Fui a sentarme en una sección vacía, recordando con inevitable disgusto las palabras de De Velasco.

En nuestra breve conversación, no había conseguido ocultar cierto interés por Lucy; por mas que aquel émulo de Casanova quien tal vez ni siquiera guardaba alguna estima por sus conquistas, miraba a las mujeres solamente como una parte de la diversión en que centraba su programa de vida, mas lo que resultaba francamente extraordinario era que mi insistencia lo encelaba, y al admitirlo, no pude contener una sonrisa de satisfacción, yo, que no pretendía el título de conquistador profesional, ni mucho menos, lo había exasperado hasta el extremo de lanzar el avión con verdadera furia, si bien con su exhibicionismo había pretendido impresionarme inútilmente.

De Velasco no sólo se conceptuaba a si mismo como el primer piloto de la CAN sino el filósofo cuyas teorías encajaban tan justamente con la época, y como él había proclamado, con *las chicas de hoy*.

Absorto en esos pensamientos, me quedé mirando a través de la ventanilla.

Entre aquel espacio ilimitado, las estrellas parecían menos distantes y algunas lucían resplandecientes. La luna, convertida en el astro soberano de la noche, iluminaba con su luz marmórea nuestra ruta. Subyugado por el cosmos inmenso y misterioso, me puse a meditar en la pequeñez del hombre frente a aquella vastedad inconmensurable, nuestra insignificancia era obvia y la petulante arrogancia de Velasco, aunque armado de su audacia y de su pericia, hacían de él un intruso irrespetuoso.

¿Y yo? Quién era yo, sino también otro atrevido que aspiraba la posesión del más estupendo prodigio de aquel cielo vedado, la conquista de la más prodigiosa de las aves, del ave sin alas, soberbia y magnífica, intentando detener su interminable migración, con mi amor devoto, sincero, sublimado, pero que apenas significaría la sombra de un punto entre la magnitud del infinito

¿Quién era yo, intentando trastocar la diáfana eternidad del espacio, de aquella espléndida soberana, en la jaula limitada de mi cariño?

Y mientras me sumía en tan desconsoladoras reflexiones, apenas me percaté de que Lucy estaba frente a mi asiento, apretando mi portafolio contra su pecho.

¡Oh!, usted siempre tan amable -Reconocí, mientras intentaba colocarlo en la canastilla superior.

—Será mejor que lo acomode en el piso —objetó ella— pues podría caerse. ¿Ha disfrutado mucho el panorama?

—No tanto como ahora. También desde aquí se contemplan, impresionantemente cercanas las estrellas, como si bastara aprovechar un acercamiento del avión, para sacar el brazo y tomar una con la mano.

— ¿Y para qué habría de querer una estrella?

—Para ofrecérsela a usted. —respondí.

— ¡Qué ocurrencia! —Replicó, sonriendo con los ojos provocativos—. ¿Y por qué a mi? —me preguntó, desparramando en su sonrisa una malicia de colegiala que se burla a solas de una travesura.

—Porque estoy enamorado de usted.

Se quedó mirándome, con una mano abierta más abajo de la cintura.

— ¡Es usted un niño terco! . . . si yo fuera su madre ya le habría ajustado cuentas. . .

— ¿Sólo por eso? - inquirí con timidez.

— ¡Sólo por eso! -Afirmó con severidad.

- Y se alejó sin esperar a que le dijera que el martini era lo que menos me importaba

IX

Transcurrieron casi cuatro meses, durante los cuales poco o nada conseguí adelantar.

En la compañía, las cosas comenzaron a complicarse pues yo desatendía mis obligaciones por andar de viaje; los éxitos casuales que habían resultado de mi visita a Costa Rica y los importantes datos que logré obtener en Chicago, los habían convencido de que yo era un elemento importante y estaban dispuestos a no dejarme escapar, si bien tampoco se avenían a tolerar más mis repentinas ausencias; el gerente general veía en mi labor un cheque por llenar y me reconvenía con excesiva fineza, por lo que llegué a pensar incluso en la renuncia, pero me hizo desistir de la idea la aparatosa cuenta de pasajes aéreos, visas y trámites que había mermado considerablemente mis ahorros.

Eso si, debo reconocer que durante ese lapso conocí ciudades y aeropuertos al por mayor; ya que una semana desembarcaba en el Tocumen de Panamá, otra en el Jorge Chávez de Lima, unos días después en el José Martí de La Habana; y a la siguiente en El Dorado de Bogotá, o en alguno de los de New York, San Francisco, o Denver; sin contar con los de Tegucigalpa, Toronto, Jamaica, Caracas, Buenos Aires o Santiago de Chile. Por aquel entonces conocí a Bonifacio, con quien me ligó desde el principio una sincera amistad, mientras que

Alberto quien cumplió siempre su palabra, se convenció firmemente de que se las veía con un loco incurable.

Lucy, mientras tanto, se había vuelto cautelosa y reservada, y si bien nunca cometió la descortesía más leve, con tan estudiada minuciosidad se ocupaba de su trabajo, que apenas me hablaba lo indispensable. Otras veces, tal vez con el propósito de darme celos, la veía zambullirse en la cabina de pilotos y salir de ahí roja muy sonriente; una ocasión, casi ahogada por la risa, me refirió el cuento que la había hecho desternillarse y que naturalmente provenía del agudo humor del capitán De Velasco.

A fuerza de hacerme visible, me enteré del nombre de las otras sobrecargos: Sofia, una muchacha alegre, soñadora y muy inquieta, a quien mi devoción parecía conmovir hasta las lágrimas; Déborah, siempre reservada; Alicia, un poco extravagante, pero buena chica en el fondo; y Oscar, un muchachito amanerado, pero formal. A veces, la tripulación variaba pues los rotaban en las diferentes rutas de la CAN, o tomaban sus intocables; en todo caso, yo era objeto de miradas curiosas, risitas y cuchicheos que, si bien nunca pasaron de ahí pues desempeñaba con dignidad mi papel, me molestaban al ser objeto de la comidilla de aquella gente, encima de que Lucy era cada vez más desentendida; De Velasco no volvió a meterse conmigo, y aunque nunca dejamos de saludarnos cortésmente, entendió que no teníamos más de que hablar; empezó a respetarme cuando se percató de que nada iba a doblegar mi voluntad, sin embargo, no dejaba de tutear con extrema familiaridad a Lucy cuando yo estaba próximo.

Indudablemente, había nacido con mala suerte, la joven se volvía ojo de hormiga llegando a las terminales, y yo no me atrevía a insinuarle que deseaba hablar con ella, porque sentía un verdadero pánico, un temor inenarrable; que me respondiera cortante o despreciativa, ya que irremediablemente tendría que tragarme cuanto me dijera, pero nunca encontré razones para no tener ninguna mala impresión de ella; por otra parte, me empeñaba en darle a entender cuánto respetaba su intimidad, y si había dejado de cortejarla con sonrisas, bromas, dibujos y demás ocurrencias, mi presencia denotaba claramente que seguía en pie y que no estaba dispuesto a claudicar a mi propósito de conquistarla.

Por último, una temporada tuve que dejar de volar con ella. La presión se volvió insostenible en la compañía, y por otra parte, encontraba cierto alivio trabajando pues me evadía el estar pensando en el ridículo papel que estaba haciendo.

Desalentado, me presenté un fin de semana a las oficinas de la CAN, donde por cierto ya entraba con absoluta libertad. Lucy acababa de reportarse con el jefe de vuelos, estaba reclinada sobre un escritorio, estudiando seguramente su nueva asignación mensual. El saludo efusivo de Boni y el apretón de manos de Alberto los delataron como mis cómplices, pero muy lejos de molestar, ella me sonrió con cierta complacencia, como si quisiera darme a entender que había buscado buenos padrinos. No obstante, yo estaba demasiado ciscado, ya no me era fácil concebir ilusiones; aquella utópica felicidad que intentaba apresar, se desvanecía ligera como el vuelo de un ave errante, con su obsesivo peregrinaje hacia un horizonte fantástico; era el ave inalcanzable y huidiza; y yo, sólo el obstinado seguidor sugestionado por su vuelo.

Se despidió con un *hasta luego* familiar que me endulzó de momento; me quedé conversando con Alberto, que me regateaba ahora la consabida relación alegando que debía enviar al diablo todo aquello.

— ¡Háblale de una vez por todas! -Me exigió.

— ¿Y si lo echo todo a perder. .

— ¡Este negocio está perdido desde siempre! —opinaba Boni—. No es el camino, ni la manera de abordar a una mujer. ¡Si son unas hijas de la mala vida!. . . esos miramientos no hacen más que crecerlas y que se rían a mandíbula batiente de uno.

— ¿Qué hago? - demandé invalido y convencido.

— ¡Háblale ahora mismo!, y si no hay nada, regresa a cancelar ese boleto y no gastes un centavo más en tonterías.

— Lucy estará ahora trabajando. -Objeté, mientras imaginaba a la muchacha ocupada en su absorbente tarea: verificar la presión de la cabina, el funcionamiento preciso de las máscaras de oxígeno, los cinturones de seguridad, el sistema de ventilación, provisiones, bebidas, palancas de los asientos, mantas, cojines y listas de pasajeros.

— Si le interesara te daría ocasión de hablar contigo. -Argumentaba Alberto.

—En todo caso, es asunto de él. ¡Déjalo! — Objetó tajante Boni—, Es él quién se lo busca. Mira, yo no me anduve con tantos rodeos con Sofía, ella quiso desde el principio y ya está. Si tanto te gustan los sobrecargos, háblale a otra, ahí tienes a Déborah, a quién por cierto no le caes mal.

—Está bien -accedí- puede que tengan razón, voy a intentar hablar ahora con Lucy.

Me di la vuelta y Alberto me alcanzó para entregarme una hoja doblada por la mitad.

— ¡Apúrate, tu amor progresa y este mes se va a Europa!

Palidecí. Iba a costarme un dinerillo, que no tenía; y mucho más tiempo.

— ¡Gracias! -le respondí, y tomando la hoja me fui a husmear entre las tiendas del aeropuerto.

Noventa minutos después volábamos rumbo a San Juan, Puerto Rico. Me había habituado al menú de los aviones, y el comer atendido por ella, convertía en un opíparo festín el sintético refrigerio no obstante, aquella tarde, amargado por las convincentes razones de mis amigos, renuncié al refrigerio contentándome con dar algunos sorbos a mi martini: había comprado en la florería de la terminal una enorme orquídea que puse dentro del vaso vacío. Déborah se quedó mirándola, pero Lucy se llevó el vaso con la flor y la charolilla sin decir palabra. Boni tenía razón, insistir en aquello era necedad; empecé a convencerme, casi aterrado, de que lo mejor era alejarme en definitiva.

Aquella súbita determinación se acomodaba con mi amor propio ofendido, pero en cambio tenía un grave inconveniente para el que no estaba preparado: significaba no volver a verla. ¡Algo superior a mis fuerzas! Al fin creí hallar una solución, tendría que conformarme con verla de vez en cuando.

Afuera atardecía. Era la hora del crepúsculo, allá arriba, también había fosforescencias impalpables, iluminadas de rojo, amarillo, violeta, azules amarillos en el horizonte y tonos verdosos en lo que debía ser el mar. Una cortinilla de nubes tenía pretensiones de vitral flamenco, y otra, gris, dibujaba caprichosas formas, como cabezas multiplicadas de dragones. La luz del sol era luminosa sin herir la vista protegida por los cristales de! ventanillo. Contagiado por aquella seductora y trinquetera fantasía, me volví a evadir, imaginándome besar, una y mil veces, a la mujer cuyo culto se había vuelto para mí una enervante obsesión entre el marco espléndido de aquel espacio sin límites.

¡Pero cuándo conseguiría aquel beso. Dios mío! En amor las distancias se miden por galaxias, siglos y distancias: y yo no tenía siquiera un signo, el más leve, de llegar a obtener una migaja de su cariño. No obstante, al contemplar aquella naturaleza indiferente, sentí desvanecerse las exageradas proporciones de mi desdicha.

Divisamos la isla a las siete de la noche. Nos recibió con un calorillo húmedo y sofocante. No sé por qué. la visión del mar tranquilo, con su bahía, y el bello puerto esperándonos, me llenaron de halagadoras esperanzas, pero el derrotismo que no me había dejado en paz me hizo chasquear la lengua.

La nave comenzó a engullirse la pista de aterrizaje y diez minutos después descendíamos con el consiguiente descanso de la tensión de todos los viajeros.

Cerré enfurruñado mi libro, convencido de su inutilidad para distraerme, miré a Lucy despedir a los viajeros con su habitual gentileza. y al contemplarla. bañada la rubia cabellera por los rayos agonizantes del sol, me puse a pensar que la verdadera belleza de una mujer no puede valorarse sólo por los ojos, los cabellos, o los centímetros, es algo mucho más complejo, un todo que incluye el carácter y los sentimientos, cosas que la joven había ocultado completamente para mí.

Entristecido y confuso, apenas mascullé un “adiós” entre dientes al dejar el avión. Ella respondió bajando ligeramente la cabeza, me lanzó una ojeada furtiva y sentí cómo me recorrieron en un instante sus enormes ojos.

Y mientras respondía, visiblemente molesto, a las preguntas del inspector de migración, comencé a sospechar que mi amor se estaba enfriando, precisamente en aquella endemoniada ciudad que parecía hervir, sin excluir al mismo aeropuerto, con su defectuoso sistema de aire acondicionado.

Al fin, el tipo se decidió a poner más sellos a mi pasaporte al que se le habían agotado casi todas las hojas; me fui a esperar silencioso frente al equipaje automático para recoger mi

maleta. Entonces, digna y reposada, como quien ha ensayado los pasos y está consciente de que debe honrar a su uniforme, vino hacia mí. Llevaba una cartera de cuero colgada del hombro por una correa. Me quedé con la vista clavada en la banda circulante, en tanto ella, con una expresión suave y blanda en el rostro, me preguntó:

—No le ha gustado Puerto Rico ¿Verdad?

— ¡Lucy! - Pronuncié el disílabo con impetuosidad.

Ella temió que fuera a desbocarme y me puso los dedos sobre la boca indicándome que callara.

—Luego me lo dirás...anda, recoge tu maleta y acompáñame al hotel. Si me invitas a cenar, hablaremos todo lo que quieras.

Llevaba la orquídea que le había regalado; me pareció que Dios la cogía de la mano para llevármela junto y se lo agradecí en silencio

X

Con glotonería de chiquillo devoré un succulento steak con un enorme vaso de piña colada, la bebida habitual de la isla, acompañada de un buen trago de ron, mientras ella partía pequeños trozos de carne que se llevaba a la boca con elegancia ducal.

Yo la miraba, incrédulo aún. Se había soltado el pelo que lucía sedoso, suave, perfumado, desparramándose por los hombros desnudos; su arreglo tenía ese informal abandono que pone en unas vacaciones una quinceañera, y en efecto, aunque muy cortas, las estábamos disfrutándolas de lo lindo. Yo miraba el reloj con resentimiento, como si me pareciera que corría con demasiada rapidez, en contraposición con la multitud de horas desabridas, monótonas, inquietas, con que me había fastidiado tantas ocasiones, caminando, o dando vueltas en el reducido espacio de mi habitación. Habíamos acordado mejor no hablar de lo corto que me iba a parecer aquel encuentro, pero yo no conseguía separar la idea de mi mente; porque transcurridas esas dichosas horas, volveríamos a ser, yo a ser el solitario pasajero y ella la inalcanzable aeromoza que frecuenta hoteles lujosos, clubs de moda, boutiques caras y las ciudades más fastuosas del orbe.

— Los pasajeros casi siempre se acercan a nosotras en busca de una aventura. -.

— ¿Una aventura? —repetí consternado—. Yo no busco eso Lucy. ¡Sería conformarme con muy poco! Yo pido mucho más, todo cuanto una mujer pueda entregarle a un hombre dispuesto a adorarla eternamente.

Ella pareció no escucharme y prosiguió:

—Convendrás entonces de que he tenido razón en escabullirme, no sé quién eres, pero me conmueve haber sido la causa de que hayas hecho todos estos viajes siguiéndome... --y agregó después de una pausa —. ¡Aunque la terquedad me gusta!

— ¿Quiere decir que tenemos algo en común?

— ¡Mucho! Una vez te dije que había comenzado en los aviones con motores de pistón, pero eso es algo relativamente reciente. . .

—Háblame de ti Lucy, a mi turno también me gustaría decirte quién soy.

—Creo que ya te conozco un poco. Yo también me he dedicado a observarte en los vuelos, sin que tú lo notes.

—En cambio yo no se nada de ti excepto que eres una muchacha muy hermosa.

— ¿Qué importa eso? los hombres le ponen demasiado interés a la belleza, pero hay otras cosas que son verdaderamente importantes.

— ¿Por ejemplo? -aventuré entusiasmado.

— ¡La libertad! Siempre soñé con ser libre, con hacer esta vida que llevo, ir de un país a otro, conocer y tratar gente de todas las latitudes. En la escuela, dedicaba a los idiomas mucho más tiempo que a las demás asignaturas.

—Habrás sido una alumna brillante.

—No lo creas, más bien era tímida e insegura, aunque supiera muy bien alguna respuesta, dudaba en levantar la mano.

—Me habría gustado conocerte de colegiala.

Rió en tono agudo.

— ¡Oh! no he cambiado gran cosa, excepto que estaba mucho más llenita, y había motivo pues fui muy golosa.

— ¿Y cómo le has hecho entonces?

—Poniendo siempre toda mi fuerza de voluntad. Cuando llegué a la CAN en busca del trabajo, estaba pasada de peso unos dos o tres kilos; la instructora, quien nos trataba bastante mal por cierto, me predijo que si al terminar el curso no había llegado al peso reglamentario, jamás conseguiría subir a un avión. No me quedaba otro remedio, me puse a hacer ejercicio y adopté una dieta rigurosa. Creo que me ayudaron un poco las desveladas, tenía mucho que estudiar; el curso era intensivo y yo no llevaba ninguna recomendación como otras chicas para quienes quedarse en la compañía era lo de menos, en cambio yo veía mi ingreso como algo de vida o muerte.

—Podrías haber elegido otro empleo. . .

— ¡No! Jamás hubiera quedado conforme. Desde niña quise ser aeromoza. Muy pequeña aún, lo recuerdo como si fuera un sueño, me asomaba a la ventana a mirar aquellos pájaros enormes que parecía que no caminaban muy de prisa, pero que yo sabía devoraban distancias enormes en pocos minutos. Apenas veía un avión aparecer y no le quitaba la vista hasta que se desvanecía al otro lado del cielo.

Vivíamos cerca del aeropuerto, y a los vecinos les incomodaba tanta alharaca, pero yo terminé por acostumbrarme; hacía todas las cosas: dormir, estudiar, escuchar la radio, y no me importaba el ruido de los aeroplanos.

—El invento del hombre para correr tan veloz como el viento.

— ¡Así es! Desde entonces tenía idea de su importancia. Nunca había subido a un avión hasta que una vez enfermé, estuve a punto de perder el año escolar y mi padre me ofreció un viaje corto si conseguía salvarlo. ¡Y lo logré! Creo que ese año obtuve las mejores calificaciones.

— ¿Y te cumplió la promesa?

—Sí, aunque después de mucho recordárselo. Me costó súplicas y pataleos; al fin, un día me anunció triunfante: ¡Mañana te llevo a volar! Yo no pude dormir esperando la hora, pero en la madrugada me venció el sueño y tuvieron que ir a despertarme. Creo que llevaba los ojos pegados cuando subimos a un avión muy pequeño. Ahora, después de haber volado en tantos, no recuerdo qué aparato era.

—Pero en ese momento debió haberte impresionado mucho. . .

—Muchísimo. No te lo puedes imaginar. Percibí aquellos señores tan elegantes y a las chicas que iban muy bien vestidas, entonces me dije al instante: ¡Yo quiero ser una de ellas!, pero se presentó un grave inconveniente con el que no contaba, el aparato daba demasiados tropezones y bamboleos, por lo que a cada momento me parecía que se iba a caer. . . te juro que bajé mareada y con muy pocas ganas de otro vuelo. Después necesité algunos días para serenarme y olvidar un poco todo aquello. Pero ya había adoptado la decisión más importante: ¡Sería sobrecargo!

—Y lo has conseguido, repliqué entusiasta como si hubiese sido un triunfo mío.

—Pero a qué precio. Cuando estuve en edad de decidir lo que quería estudiar, mi padre se empeñó en que siguiera la normal o algo por el estilo, yo no quería y hubo discusiones y regaños. Mi madre veía en lo que yo ambicionaba sólo un buen pretexto para alejarme de casa y hacer lo que me viniera en gana. Total, no pude convencerlos y fui a matricularme en la escuela que habían decidido; apenas cursé unos cuantos meses, que por cierto me sirvieron mucho pues me puse a estudiar idiomas con ahínco, casi por mi cuenta, y uno de los profesores se enteró de mi empeño y me dio algunas clases particulares sin cobrarme nada; pero aún había un obstáculo por vencer, tenía sólo 17 años.

—Ni siquiera la mayoría de edad.

—Tuve que esperar otros dos para iniciar los trámites en la CAN. ¡Ah!, tú no te imaginas como los pasé, yo quería que el tiempo volara, y cada noche al acostarme, me repetía: *Mañana serás un poquito más mayor* y al llegar el día, hacía porque transcurriera rápido, y que se acortaran también las semanas y los meses. Cuando todas las chicas pensaban en los deportes, los novios, las fiestas, el cine, yo decía para mis adentros: *lo más importante es que llegue a volar* y aseguraba que mis amigas eran muy triviales ocupándose de amigos, fiestas o

diversiones, *yo si que tengo algo grande en mente*, -me repetía y cuando lo consiga habrá tiempo para todo lo demás. .

La escuchaba embelesado, perdido entre sus ojos, admirando la seda de su piel, suave y tersa, y deseando que aquella voz tan querida, que por primera vez escuchaba únicamente para mí, no enmudeciera nunca.

—Tenías razón. —Concedí.

—Pero no fue tan fácil como imaginaba. Tuve que hacerlo casi escondiéndome, faltaba a clases para insistir en la compañía; el jefe de personal casi nunca estaba y cuando llegaba a encontrarlo se hacía desentendido y no me recibía, siempre habíamos una media docena de aspirantes haciendo antesala, las más se enfadaban y no volvían; otras veces, él se excusaba y me mandaba decir con la secretaria, después de un plantón de dos horas, que le llamara la semana que entra o a los seis meses. . . pero yo no me desanimaba e insistía al día siguiente.

Por fin me dieron la solicitud y la cita para examen médico, el galeno me revisó cuidadosamente, y yo me puse muy nerviosa. Estaba acostumbrada al doctor de la familia y a éste lo veía escribir mucho, pero sin decir nada, pensé que a lo mejor estaba enferma. Cuando le pedí que me informara, me respondió que enviaría los resultados a la compañía. Tardaron más de quince días en llegar. Entonces vino el período de pruebas y el examinador me indicó que mi pronunciación del inglés era defectuosa, confesé que lo había estudiado casi por mi cuenta, prometiendo, con lágrimas en los ojos, que apenas comenzara a trabajar me pagaría unas clases. Pienso que logré conmovirlo, pues me puso una buena nota, pero no lo defraudé, con mi primer mes de sueldo cumplí lo ofrecido, y fui a verlo con mi diploma en cuanto terminé el curso.

— ¡Eres adorable! —Reconocí.

Ella me dio un ligero manazo, que quería decir permanece quieto, y prosiguió:

—Después vino lo mejor, me citaron por teléfono para el dichoso curso, mi madre recibió el recado y se puso furiosa. Me dijo que yo los había estado engañando y que sólo aspiraba a la vida fácil. Me rebelé ante tamaña injusticia y me puse a estudiar; encerrada en mi cuarto, alcanzaba a escuchar sus imprecaciones. Al llegar mi padre a casa, ella dio rienda suelta a su enojo recordándole que él me había inducido llevándome a volar, él la dejó desahogarse, y si bien nunca me perdonó el haber abandonado los estudios, con su silencio me otorgó algo cercano a la conformidad. . .

—Ya me lo figuro.

—Terminamos el curso y nos llevaron a prácticas. Desde aquel viaje tan lejano de mi niñez, yo no había vuelto a volar, tenía un miedo horrible, pero no deseaba que fueran a percibirlo los instructores. ¡Eso hubiera echado a perder todo! Trataba de fingir que estaba serena y sonreía. Una aprende a olvidar el miedo, y si lo siente, a sabérselo tragar, lo malo no es tenerlo, sino que trascienda. Un día llegó el capitán De Velasco a supervisar las prácticas y a él me fue imposible engañarlo. Después hemos hablado muchas ocasiones al respecto, él comprendió que por una parte yo ambicionaba la plaza, pero por la otra luchaba contra mí misma, no obstante, autorizó el ingreso por el que siempre he quedado agradecida. Necesité volar muchas horas para que finalmente ya no me dieran miedo los aviones.

— ¿Y te permitieron al fin viajar en tu casa?

—Al principio parecieron resignarse. Después, mamá protestaba por mis llegadas tarde, algunas veces después de media noche. Ella suponía que yo la engañaba y venía de andar con amigos o en fiestas, y no era así, te lo juro...el comienzo suele ser difícil, te mandan a rutas cortas y a veces ni siquiera sabes a la hora que vas a regresar. Aquello se volvió un infierno: yo llegaba abatida, nerviosa, desvelada, y me esperaban luengos sermones en casa, con lágrimas y reproches. Tanto me fastidiaron que terminé por irme a vivir con una amiga. Con ella celebré el día que cumplí mis primeras cien horas de vuelo en aviones pequeños de los que cubren sólo rutas nacionales, y luego, con champaña y toda la cosa, cuando llegué a las tres mil horas volando en el 747 por supuesto.

— ¿Y nunca volviste a tener miedo?

— ¡Claro que sí! De eso nunca te curas por completo. De manera casi sistemática, hay que saber hacerse cargo de situaciones de emergencia: tormentas, aeropuertos que no permiten aterrizar por exceso de tráfico, fallas de las máquinas y aun aterrizajes forzosos en campos

pequeños, inadecuados, y que una sabe de sobra que no reúnen las condiciones mínimas para un aparato como el DC-10.

—Menos mal que los neófitos apenas nos enteramos de esas situaciones.

—Si te contara, no terminaría en toda la noche.

—Arriba es difícil poder captar muchos detalles. El día que despegamos de Chicago me pareció que De Velasco nos sacó muy de prisa, a una velocidad que incluso no pueden apreciar fácilmente los sentidos, pero que por algún indicio la supones.

— ¡Es muy exclusivista, el capitán! Se diría que goza con el riesgo.

—Mas bien que se arriesga demasiado exponiendo a los demás.

—Tal vez, pero nadie se muere la víspera, yo creo que todo está escrito de antemano en el libro del destino.

— ¿Y cuál imaginas que será el tuyo Lucy?

— ¡No lo sé!

— ¿Aparte de ser una magnífica sobrecargo, no ambicionas otra cosa en la vida?

Repentinamente, sus labios fueron evadiendo aquella expresión sonriente y su rostro fue adquiriendo una seriedad grave y reposada.

— ¿Qué quieres decirme?

— ¡Qué te amo Lucy, qué estoy loco por ti!

Me tomó las manos entre las suyas.

— ¡Y yo te lo agradezco mucho! Quisiera, en serio, poder corresponderte pero no es posible, no he pensado en ningún compromiso por ahora.

El mesero se acercó solicitando que le ordenáramos el postre. Ella me interrogó con una amplia sonrisa.

— ¿Puedo pedir un postre?

— ¡Claro! —respondí—. ¡Y mil si los deseas!

—Entonces, unos melocotones con crema. Nunca los como, el día que aumente de peso me bajan del avión, pero en este último mes he ahorrado un kilo, más uno o dos que guardo de reserva.

—Entonces, aún puedes comerte muchos postres. - Le dije esperanzado con ser yo el afortunado acompañante, pero recayendo en su negativa agregué: -Me agradaría tanto poder compartirlos contigo siempre.

— ¡Oh! ¡No estés triste, por favor! No lo tomes así, ¿Preferirías que le dijera lo contrario, solamente por alegrarte un poco, y después que tú mismo le enterarás de mi falta de franqueza?

—No —admití— siempre es mejor la verdad.

-- Pero nos seguiremos viendo. Cuando yo pueda te llamaré y saldremos a tomar café como buenos amigos, y si me invitas, podremos ir al cine, o a bailar alguna vez.

— ¿Te agrado sólo para amigo? -Repetí aterrado, con una sonrisa forzada, presintiendo que aquella amistad que me ofrecía me invalidaba pensar en el supremo bien de pretenderla.

— ¿Por qué lo llevas tan a lo trágico? Te ofrezco con sinceridad lo que estoy segura que puedo ofrecerte cabalmente por ahora. Me agrada tu interés por mí, pero no hace falla que hagas más locuras y que me sigas por medio mundo. Yo soy una chica. especial, pienso que la vida sólo es digna de vivirse con libertad. ¡Y ya te he contado cuanto he luchado por obtenerla!

— Te comprendo —acepté avasallado con aquel torrente de razones— pero ahora te pido que hagas un esfuerzo por entenderme. Estos meses he vivido entre la melancolía de un amor solitario, he hecho de ti mi universo, mi razón de vivir, he construido mis ilusiones, todas mis grandes ilusiones.

Me escuchaba silenciosa, tratando de captar toda la profundidad de lo que le decía.

—Te creo —me dijo mirándome a los ojos—, pero yo no he pensado aún en eso. . . tal vez, más adelante... algún día.

—Será difícil. Tú conoces mucha gente. . . y nunca pararás de encontrar más y más.

—Los hombres de hoy en día están llenos de egoísmo y crueldad, son muy inferiores a lo que deberían ser —y agregó, mientras terminaba su postre—. ¡Tú eres de otra especie!

¡ Oh poética misericordia de una muchacha que adorna encantadoramente su negativa! No pude oponerme a su decisión y me quedé, entristecido, jugando a ensartar con el tenedor pequeños trozos de ensalada. Ella miró el reloj con cierto pesar y exclamó:

—Bien, mañana tengo que reportarme a las diez.

— ¿Deseas que nos vayamos?- Aventuré con timidez.

—Sí. —Hizo el ademán de levantarse—. En verdad, pasé un rato bastante agradable. Puso un beso en mi mejilla, yo hice otro tanto mientras ella echaba hacia atrás el arco delicado de su garganta.

—Entonces, te llevaré al hotel. Voy a pedir la cuenta y un taxi.

—Eres gentil. Pero mejor salgamos de aquí y vamos a caminar un poco entretanto nos refrescaremos y me irás diciendo a qué te dedicas.

Me gustó la idea. Aquella discreción fina, aquel señorío metido dentro de un cuerpecito joven y esbelto, me fascinaban; tomé delicadamente su chal, y oprimiendo la prenda entre mis manos, la acerqué suavemente a sus hombros. Dios sabe que mis brazos son quienes hubieran querido enredarla, aprisionarla, pero dejé que la seda lo hiciera. Ella pareció enterarse de mi turbación y me sonrió como diciéndome: *estás loquito por abrazarme y yo te agradezco que te sepas contener*. Salimos del restaurante. Encorvé el brazo esperando que ella me lo tomara. Caminamos unos pasos en silencio.

— ¿Y qué, ya no quieres hablarme?

— ¡Sí claro! ¿En qué estábamos? -Le pregunté.

—Me ibas a contar qué haces.

—Trabajo para una compañía que vende medicinas. Soy algo así como un agente viajero, igual que tú.

—Y ¿A dónde viajas?

—A Centroamérica, mi territorio está muy lejos de aquí.

— ¿Y andas en Puerto Rico!, cuando deberías estar trabajando ahora, si lo supieran qué te pasaría, te despedirían?

— ¡Qué se yo! Tal vez sí, o a la mejor no..., pero no me importa.

— ¿Y has hecho todo eso por hablar conmigo?

—Yo también soy insistente a mi manera -repliqué sonriendo- aunque por dentro sentía escapárseme el alma.

Caminamos algunas cuadras, de pronto, al doblar una calle, armada de la sonrisa que reseñaba para los pasajeros de primera clase, apareció Déborah muy del brazo del capitán De Velasco.

— ¡Hola!, se ve que se divierten ustedes. ¡Con este calor y el aire acondicionado del hotel, es seguro pescar un resfriado!

De Velasco se quedó mirando fijamente a Lucy, pero ella le devolvió la mirada sin inmutarse.

—Te esperábamos a cenar - observó el piloto.

—Ya cené, muchas gracias - respondió Lucy.

—Ha habido un cambio de órdenes, volamos mañana en lugar del viernes. Tienes que reportarte inmediatamente.

— ¡Adiós vacaciones! intervino nuevamente Déborah con aire festivo.

—Estaré en diez minutos en el hotel -dijo Lucy.

Vimos alejarse a la pareja. Yo me quedé silencioso tratando de sacar en claro qué clase de relaciones tendría mi amada con De Velasco, y si él era la causa de que me hubiese rechazado.

Anduvimos un buen trecho sin decirnos nada. Llegamos hasta el hotel y ella se desprendió de mi brazo.

—Gracias de nuevo.

— ¿Me llamarás? - pregunté mientras le dejaba una tarjeta con los teléfonos de mi empresa.

—Sí, en cuanto pueda, o si estoy de viaje te enviaré alguna postal.

Y tal si recordara algo importante, sacó de su bolso una hoja de pape] y trazó unas líneas.

—Son las señas del apartamento, vivo con Sofía la pelirroja. Te acuerdas de ella, ¿Verdad?

Dije que sí con la cabeza.

—Entonces, hasta mañana.

—Ya es, Lucy -declaré mirando el reloj.

— ¿Te he decepcionado, verdad?

—No... sólo que. . .

—No ha sido esa mi intención. Luego lo verás con mucha más calma. Adiós.

Aunque nos hospedábamos en el mismo hotel, comprendí que la muchacha me despedía. Yo también deseaba estar a solas para entenderme y reflexionar. Necesitaba calma para decidir si debería amarla más o empezar a olvidarme de ella.

Deambulé por las calles sin rumbo fijo, cerca de la madrugada las olas lamían el pedestal del castillo del Morro.

XI

Transcurrieron casi veinte días hasta que tuve noticias de Lucy. Entre breves líneas me relataba cuánto la había impresionado la ciudad Luz, que por vez primera visitaba. Le habían fascinado los boulevares, los cafés y los cabarets a media luz de Montmartre que había intentado recorrer en una sola noche. Estaba rendida de tanto caminar y habría podido contar con los dedos de una mano las horas que había dormido, las últimas líneas, trazadas con una escritura bastante irregular, denotaban realmente la fatiga. Aquella carta me hizo pasar de las penumbras de la nostalgia a la inevitable zozobra, debo confesar mi ligera irritación de reconocer que mientras yo pasaba los días pendiente del calendario y del teléfono, ella se divertía despreocupada y alegre. No obstante, releí varias veces el reverso de la postal regocijándome con cada palabra pues era lo único que tenía de ella. Llevaba incrustado en el alma aquel amor y poco o nada hacía para deshacerme de él, más bien se diría que disfrutaba vorazmente la desconocida voluptuosidad de la auténtica pasión y apenas quedaba tiempo para pensar en que quizá nunca llegaría a conseguir el amor de aquella muchacha empeñada en recorrer países, divertirse y hasta posiblemente disfrutar de la emoción del improvisado flirt pasajero.

¿Pero es que hay algún cariño verdadero que no sepa lo que son los celos?' —me preguntaba—. Sólo que yo no tenía siquiera el derecho de sentirlos. Lucy no era mi novia, ni mi amante, ni siquiera me había dejado entrever la formal posibilidad de que deseaba convertirse en algo mío; y volvía a repasar nuestra única entrevista, a cavilar sobre todo cuanto habría querido darme a entender u ocultarme, e intentaba diseccionar sus palabras sueltas, sus frases, sus exclamaciones, buscando entre el pajar de mi emotividad la aguja que descubriera una esperanza, la más leve, la más remota, pero la única capaz de ilusionar mi vida.

Le envié unas flores a su apartamento, pero me abstuve preguntar por la persona que las había recibido.

Pasaron nueve días más, y cuando estaba por desesperarme, recibí una breve carta, acompañada de una fotografía, donde Lucy, algo sofisticada, se había hecho retratar cerca de los muelles del Río Sena. La foto estaba dedicada *para un amigo en quién pienso mucho*, fechada dos días después de la postal; y pensar que había sufrido una enorme decepción al suponer que durante tres semanas Lucy habría ido y venido varias veces a Europa sin volverse a acordar de mi.

Hay corazones para quienes las ausencias son un estímulo, el mío pertenece a esa especie, ahora que ni siquiera había vuelto a verla sentía que la quería más y la necesitaba con una desesperación que yo mismo no explicaba ni había reconocido antes.

Pasados unos días, no pude más, compré una enorme caja de chocolates con un grabado de gatos cachorros en la tapa y me dirigí una tarde a su casa. Iba manejando tenso, con las manos sudorosas imaginando que el cuello de la camisa me quedaba demasiado ajustado. Llegué al funcional y moderno edificio donde vivía, sus pisos parecían aseados con pulcritud, el apartamento estaba en el tercer nivel y con mi nerviosismo no me apercibí del elevador, de modo que llegué jadeante luego de haber subido los escalones de dos en dos. Al aproximarme, intenté acortar los pasos respirando lo más profundo que pude; y como quien se dispone a

iniciar una aventura extraordinaria, llamé a la puerta. La música estridente de una radio traspasaba los muros y suponiendo que no me habían oído insistí en llamar con más fuerza.

Abrió una muchacha mascando chicle. Era Deborah. Me saludó con excesiva amabilidad y me invitó a pasar. Yo la seguí. Atravesamos un pequeño pasillo y con la familiaridad de viejos conocidos fue a sentarse sobre una de las camas, indicándome que podía instalarme frente a ella en el silloncito del tocador.

-¿Qué te trae por aquí? — Dijo tuteándome, mientras encendía un cigarrillo—. Vienes a buscar a Lucy ¿Verdad?

—Así es —le respondí—. Hace tiempo que no se de ella y al pasar por aquí se me ocurrió subir a saludarla, y a dejarle estos chocolates, pero por lo visto no tuve suerte.

Me miró sonriendo con descaro por lo que debió parecerle una explicación infantil, al par que le echaba una ojeada a la enorme caja.

— ¡No te canses, deja eso por ahí!, Lucy no está, ignoro si anda de vuelo o de farra... como ya no trabajamos juntas. . .

—Hubo algunos cambios, ¿verdad?

—Sí. Y a ella, que sabe manejarse a los jefes, la destinaron a Europa, naturalmente. Pero te podrá informar mejor Sofía, que está abajo en el salón de belleza, deben estar terminando di peinarla y de manicurarla —agregó con desenfado, mientras se limaba las uñas.

—Siento haber sido inoportuno - dije levantándome.

—No, ¿Por qué? No te vayas. . . yo también estoy de visita y en cuanto suba Sofía me voy. . . o si quieres acompañarme a una fiesta, o invitarme un trago.

—Me encantaría poder hacerlo pero también tengo un compromiso.

—Dilo francamente. No te interesa nadie más que Lucy.

—Tú lo has dicho — respondí molesto por la pulla.

— ¿Y cómo van esas relaciones?

—Somos solamente amigos. - Afirmé con mal oculto pesar.

—Vamos, por lo menos en eso es sincera.

— ¿Qué quieres decir?

—Digo que ella, quien tanto se precia de amar *su libertad*, debería dejarte libre para elegir una muchacha que realmente te quiera y te convenga.

—Libres somos todos de elegir lo que nos plazca, pero una vez que hemos hecho la elección, creo que debemos ser perseverantes.

— ¿Y tú te has decidido?

—Creo que si no lo hubiese hecho no tendría caso estar aquí.

Enarcó las cejas y se levantó a buscar en el sintonizador de radio alguna melodía que le agradara.

— ¡Pues harías mejor en olvidarte de ella! —propuso recostándose sobre la cabecera del lecho sin cuidarse de evitar mostrarme los muslos—. porque decir ausencia quiere decir olvido.

—Lucy es una muchacha ocupada -- insistí.

—Bueno, cuando a una le interesa un hombre, sabe darse tiempo para todo.

—Ella me ofreció llamarme en cuanto tuviera tiempo, pero supongo que el cambio de ruta la ha trastornado.

—j Por Dios, eres crédulo hasta la exageración!

—No tenía por qué engañarme.

— ¿Y te crees que las promesas son perpetuas? ¡Qué iluso! —añadió cruzando las piernas, mientras me mostraba con estudiado descuido las breves pantaletas—. Se ve que no conoces bien a las mujeres, ella debió haberte dicho eso por cortesía. . . yo lo he hecho también infinidad de veces, por quitarme de encima a un tipo que no me pasa. . . Y la prueba es que ni siquiera se ha ocupado de llamarte.

Me quedé pensativo. Tal vez Déborah tenía razón, Lucy me había dejado la esperanza de que volvería a verla sólo por evitar que la anduviera siguiendo por medio mundo.

—Es posible —admití— pero no pienso renunciar a buscarla.

—No creo que vayas a conseguir nada de ella. Además es muy posible que le guste otra persona.

—En tal caso, estaría en todo su derecho. Yo nada puedo oponer, porque soy simplemente un amigo.

—Pero te interesa en otra forma ¿No es así?

—Ciertamente.

—Entonces, no te habría de gustar que la chica que tú pretendes prefiera a otros.

—Evidentemente que no, pero cuando a un hombre le atrae una muchacha, y está seguro de que la quiere, debe saber ganársela aunque no ignore que es asediada.

—Y aunque ella, mientras tanto, se burle de él. . .

—Mira, en el amor no se trata de reírse de nadie. Lo importante es lo que tengas al fin.

— ¡Eres muy perseverante!

— ¿Me lo reprochas?

— ¡No! ¿Por qué? Así eres tú y basta. Yo también lo soy a mi manera, aunque claro, tengo mis límites. Cuando volaba con el capitán De Velasco me puse a prueba, Germán, a pesar de no ser ya tan joven, es un efectivo conquistador, cautiva a las mujeres con su conversación, sus conocimientos, y sus experiencias acumuladas en viajes por todo el mundo. Una sabe que es un hombre que ha tenido aventuras hasta en el último rincón de la China, y sobre todo, que siempre sabe tenerte interesada y divertida con su extraordinario sentido del humor.

—Algo así como un Casanova del aire.

— ¡Es un hombre dotado de mucho ingenio! Todas las chicas de la compañía han pasado por su cama. . . y lo mejor es que todas lo saben y están encantadas. ¡Es un secreto a voces en la CAN! Yo no fui la excepción, por supuesto, pero cuando la cosa iba para algo más serio, puse puntos sobre las íes con el señor. . . o yo, o las demás.

— ¿Y qué salió? -interrogué conteniendo a duras penas la rabia.

— ¡Que el señor me juró y me volvió a jurar que era casi un santo! Según él, fui yo la primera mujer con quien se acostó en su vida. Pero fueron puras palabras, cuando miré que se descarriaba, con mucho dolor, tuve que decirle adiós.

— ¿Y qué tiene que ver esto conmigo?

—El caso es igual, pero al revés.

—Lucy y yo no tenemos ningún compromiso.

—Pero es una mujer. ¡Aunque tú la hayas idealizado tanto! ¿O es que tienes miedo de admitir que ella también puede enamorarse y que tiene todo el derecho de hacer el amor con quien guste?

— ¡Ella me lo hubiera dicho!

— ¡Bah!, no quiso herirte y eso es todo.

—Te equivocas. Es una muchacha demasiado leal, precisamente en aquello donde se juega la verdadera honestidad. Nadie duda de que tiene, como lo tenemos todos, ese derecho al que aludes. ¡Es el mismo de todas las mujeres! y entiendo de sobra que, de no ser yo, otro resultará el elegido, mas precisamente por eso no ha aceptado ningún compromiso conmigo.

— ¡No ha querido un compromiso contigo, porque está perdida por el capitán De Velasco, porque es su amante desde el primer día que pisó un avión de la CAN y porque ha aceptado convertirse en algo menos que su juguete! Sé que De Velasco la ha cedido a sus amigos y la ha mandado a paseo por cuanta mujer se le ha puesto por delante, pero ella es una rogona, sin fuerza de voluntad para dejarlo!

Me quedé anonadado. Sentí la mordedura crispante de los celos y aún el barrunto de la duda rápida como el relámpago, pero al recordar la luz de aquellos ojos, la divina quietud de aquella sonrisa, volví a mis cabales, no, definitivamente aquella muchacha no podía haber nacido para ser una entretenida más, una aventura pasajera en la colección interminable de aquel empedernido Don Juan incapaz de interesarse por otra cosa que no fuera el placer físico; sentí hervir de indignación, y dejando explotar cuanto pudiera haber en mí de decencia, y de hombría, rebelado contra lo que consideré una vil calumnia, le espeté:

— ¡Eres una víbora y lo que acabas de decir es la infamia más perversa que se te pudo escurrir de la boca!

Me había acercado hasta ella, ciego, amenazante, con deseos de destrozarle la cara a golpes.

— ¡Víbora! ¿Porque te recuerdo lo imbécil que eres y te he abierto los ojos? Sí, tu famosa Lucy es una cualquiera, con su aire de mosquita muerta. . . ¡Y media CAN lo sabe, no soy yo la única que lo dice!

—Tal vez seré un necio, o un imbécil como me has llamado, pero antes que ensuciar lo que siento por ella con una sospecha tan baja, preferiría no haber nacido. En cuanto a tí ¡Dale gracias que eres mujer, pero no se te ocurra volver a hablar mal de ella en mi presencia si no quieres quedarte sin un diente! ¡Eres una perra con rabia! ¡No se cómo pueden admitirte en esta casa!

Sofía, quién había regresado de puntitas, de pie en la puerta, me miraba pálida y confusa, con los ojos engrandecidos por el espanto, unos segundos más y me habría echado sobre Déborah como una bestia enceguecida de rabia.

— ¡Tiene usted razón! —dijo Sofía que se había enterado de todo, oculta en el pasillo—. No se cómo podemos admitirla en esta casa.

Déborah se levantó entre aterrorizada y furiosa, tomó su bolso y sin decir palabra salió del apartamento dándole un tremendo empujón a la puerta. Yo estaba trémulo; con voz mucho más tranquila, Sofía me dijo:

—Lucy no ha podido llamarle, ha estado cubriendo servicios extras. Indudablemente conserva de usted un buen recuerdo y le guarda simpatía y aprecio.

—Siento haberla molestado. Comprendí que era un atrevimiento venir hasta aquí.

—De ninguna manera, si ella le dio la dirección de nuestro apartamento, fue con el propósito de que pasara alguna vez a visitarla.

—Tal vez habría sido mejor no haber venido, para ahorrarme este mal rato. ¿Podría hacerme el favor de entregarle esto? - repuse señalando la caja.

—Con gusto, Lucy regresará dentro de cuatro días.

—En tal caso, adiós y perdone. Deploro haber sido participe de esta discusión.

Miré que Sofía tenía los ojos arrasados de lágrimas.

Sin atreverme a darle la mano, salí del apartamento y me dispuse a buscar a un amigo. Tenía miedo de estar solo.

XII

Transcurrieron cuatro días y en el mediodía del quinto escuché la voz de Lucy por teléfono.

—¡Tengo las manos embadurnadas de chocolate y no me quiero mirar la cara!
Festejé la ocurrencia.

— ¡Están realmente deliciosos!, ¿Cómo sabías que me gustaban?

—Fue pura intuición, Lucy. ¿Has regresado sin novedad?

—Sí y con dos botellas de champaña francés para tomármelas esta noche “avec Monsieur”. . . es decir, si no tienes otra cosa mejor qué hacer.

—El mejor negocio de mi vida eres tú.

— ¿Serás capaz de repetírmelo cuando yo te diga?

— ¡Un millón de veces si me lo pides!

—Entonces, no se hable más. Te espero. . . a la hora que quieras.

—Estaré allí.

— ¡Ah!, se me olvidaba decirte que hoy es mi cumpleaños. Así que no dejes de traerme una orquídea como la que me regalaste cierta vez.

—De acuerdo. ¡Iré a felicitarte!

—Y a bailar conmigo. ¡Tienes que sacarme a bailar toda la noche!

— ¡Lucy! - Exclamé asombrado de mi buena suerte.

— ¡No me conoces bien, pero soy incansable!

—Bailaremos todo lo que quieras.

—Entonces, hasta dentro de un rato.

—Hasta dentro de un rato, Lucy.

Todavía no alcanzaba a creerlo, pero cuando la fortuna quiere derramar sus dones, suele hacerlo con espléndida generosidad. Salí de la empresa lo más temprano que pude: aturdido, eufórico, nunca había conocido tan bien la alegría como hasta entonces. Fui en busca de la

orquídea y empecé a cavilar sobre qué regalo podría ser digno de mi amada, qué objeto podría testimoniarle cuánto la adoraba; anduve unas cuadas cuando, en un escaparate, una cinta de oro rematada con un brillante me hacía guiños azules, la compré sin pensar más y me lancé en busca de mi mejor traje. A veces, también el arreglo de un hombre suele complicarse demasiado; cuando me hube probado medio guardarropa, eran más de las nueve de la noche y tuve que correr. Llegué al apartamento de donde parecía brotar la inconfundible algarazara de una fiesta.

Apenas rocé con los dedos la puerta y Lucy vino a abrimme. Llevaba un vestido blanco que le dejaba los hombros y buena parte de la espalda provocativamente desnudos, las zapatillas de charol la hacían verse mucho más alta y esbelta, el cabello suelto, artificiosamente caído, los ojos brillantes, la boca sensual y arrebatadora, avanzó hacia mi, yo me quedé mudo y ella pareció complacida con mi asombro, la contemplé regalándome en el regio cuadro de su armoniosa figura: elegante, proporcionada, me pareció que al usar un poquito más de maquillaje le daba mayor animación al rostro, toda ella respiraba satisfacción y alegría, me besó en la mejilla mientras repitió algo así como:

— ¡Te he estado esperando!— Yo seguía sin responderle, prendido en aquella muda contemplación, entonces, ella se acercó para susurrarme al oído: — ¿Te gusto así? Hoy me he arreglado para ti, ¡Sólo me faltaba esto!— y me arrebató la orquídea que se prendió en el escote, mientras acerté a decirle casi tartamudeando:

— ¡Lucy, que seas muy feliz! ¡Qué haya muchos días de estos!

Ella se echó a mis brazos refugiándose en mi pecho, sentí el calor de su cuerpo junto al mío sin creerlo.

— ¡Gracias! hoy he estado muy contenta y quiero que tú también lo estés.

Pensé que había bebido algunas copas, era lo más lógico en su fiesta de cumpleaños, pero observándola en absoluta posesión de su gracia, donaire e iniciativa, comprendí que me había equivocado, cavilaba la razón a la que se debería aquel súbito cambio, mientras me arrastraba hacia adentro, llevándome cogido de la mano.

— ¡Me estoy muriendo de sed! —se quejó—. ¡No he tomado un solo trago hasta que tú no llegaras para brindar conmigo!

Diez o doce muchachas charlatanas ahogaban con su parloteo y sus risas la algarabía musical del tocadiscos. Boni, Alberto y cuatro o cinco parejas bailaban frenéticamente. Ante mi desfilaban un buen número de caderas, ojos, espaldas, brazos, pero apenas tuve ocasión de distinguirlos, siempre llevado de la mano de Lucy quien me empezó a presentar con el resto de los concurrentes poniendo en el tono de su voz una satisfacción, un orgullo, que nunca terminaría de agradecerle.

— ¡Mi novio! -decía.

Y sus palabras parecían esculpirse en mi corazón. Al fin era correspondido y amado. Yo balbuceaba mi nombre, turbado como un seminarista quién asiste por primera vez a una reunión social, y ella, al enterarse que aceptaba encantado mi papel, parecía darme las gracias con los ojos; vigilante, por si me vencía la sorpresa, me apretaba la mano que había enlazado a la suya, mientras yo saludaba a Sofia, que bailaba con Boni. que me sonrió amistosa, y tuteándome me previno:

—Tienes que bailar conmigo, aunque sea una sola pieza.

Pero Lucy protestó decidida:

— ¡No pienso soltarlo ni un momento!

Comprendí que sin duda ardía en deseos de bailar, y acercándonos a la improvisada pista que originalmente era la estancia, empecé a mover las piernas remedando algo que quería parecerse al ritmo. Alberto hacía otro tanto con una joven morena y me guiñó el ojo a guisa de saludo.

Al concluir la pieza, Lucy recordó sus deberes de festejada y anfitriona y me solicitó ayudarla a traer los bocadillos y la bebida de la minúscula cocina.

Yo la seguí y me puse a ayudarla mientras ella arreglaba con mucha gracia las fuentes de pastelillos, canapés y sandwiches. En algún momento fue a abrir una gaveta en busca de un paquete de servilletas y éstas se vinieron al suelo, repitiéndose la escena del avión.

— ¿Recuerdas lo que hiciste aquella vez que se me cayeron las servilletas?

---Intenté ayudarte a recogerlas.

-Sí. Te quedaste viendo mis piernas cuando me agaché a recoger el montón disperso por el almacén.

— ¡ Por nada del mundo hubiera podido evitarlo!

Sonrió.

— ¿Sabes qué eres a final de cuentas, un pícaro redomado con tu pose de inocencia muy romántica?

-- ¿Y sabes tú que me gustas hasta el delirio, que me enloquece cada centímetro de tu cuerpo, que pasaría la vida midiendo con mis manos tu cintura?

Hice un ademán de tomarla, pero con un mohín defensivo desvié mis manos, no sin darles antes sus respectivas palmadas.

— ¡Ahora no! ¿No ves que no estamos solos?

Hubiera querido que toda aquella gente se volviera invisible.

— ¡Tenía ganas de decirte tantas cosas! Todavía esta mañana, cuando tú me llamaste, sentía la garganta llena de palabras, sin embargo, ahora ocurre que la voz no quiere obedecer a mis pensamientos, sólo acierto a decirte que te amo.

Soltó lo que tenía entre las manos y se quedó con los ojos bajos, fijos en las uñas.

Yo me envalentoné y continué:

—Te aguardaba como si estuvieras incrustada en mi destino, como si en lugar de mi sangre fueras tú la que corriera por mis venas y el único afán de mi vida fuera vivir por ti. ¿Por qué tardaste tanto, Lucy?

—Anhelaba sentir la seguridad de que eras tú lo que verdaderamente quería. Había titubeado mucho. Luego, mientras recorrí París y todo cuanto de maravilloso encierra: las calles, los escaparates, los monumentos, sentí que algo me faltaba y supe que eras tú, y me hice retratar al lado del Sena. Esa noche debía regresar, y cuando llegué al avión, te buscaba con los ojos en el asiento trasero... ¡Qué chiquilla!, ya sabía que no ibas a volar conmigo y hasta me enfadé al recordar que yo misma te pedí que no lo hicieras.

La tomé por el talle buscando sus labios con desesperación, ella no se resistió al beso, pero escuchamos voces y se soltó de mis brazos.

— ¡Ansioso! —me dijo—. ¡Ya me has despintado toda!

Nos asomamos a la estancia mirándonos con tímida interrogación. Acababa de entrar el capitán De Velasco, Lucy me pasó el brazo y De Velasco, protegidos los ojos vivos y alegres por sus gafas oscuras, vino hasta nosotros para saludarnos;

— ¡Lo liemos extrañado a usted mucho! —me disparó, tendiéndome la mano—. ¿Cómo está?

— ¡Estupendamente capitán! - le respondí.

Las muchachas empezaron a bromear y al poco rato De Velasco, con una copa en la mano y un bocadillo en la otra, disputaba, reía y bacía desternillarse a toda la concurrencia con sus aventuras.

Lucy y yo, ayudados de vez en cuando por Sofía, nos esmerábamos en llenar vasos y arrimarles galletas untadas de paté y caviar a los invitados.

Al fin, a las doce de la noche se destaparon las botellas de champaña y se brindó por la festejada que procedió inmediatamente a abrir sus regalos.

De Velasco le obsequió un perfume francés; Boni y Sofía, un juego de té; la chica morena, una bata acolchada. Lucy estaba radiante, sorprendida ante cada obsequio, como si fuera la primera vez que poseía aquellos objetos, abrazó con efusión a todos sus compañeros y agradeció con idéntico entusiasmo un par de medias, que una figura de porcelana de sevrés. Los invitados tornaron a bailar y a beber, si bien De Velasco prosiguió su plática con el beneplácito de su femenino auditorio que prefería decididamente su cháchara al baile.

Lucy me solicitó que le ayudara a llevar los regalos a su recámara pues podrían estropearse entre tanto bullicio. Volví a entrar en aquella habitación donde cinco días antes me había encolerizado tanto. Cuando terminé de colocar los objetos en el tocador, creí llegado el momento oportuno de entregar el mío. Saqué el pequeño estuche, ella me lanzó una mirada de tímida interrogación y yo me acerqué para susurrarle:

— ¡Lucy, te quiero como de aquí a catorce mil pies de altura!

Sonrió con mi ocurrencia y miró engalanada el anillo que le había puesto en el dedo.

— ¿Es qué es de compromiso? -Preguntó.

— ¡Claro!—afirmé valiéndome de lo que a ella había querido significarle—. ¡De cumpleaños y de compromiso, son dos en uno!

Me echó los brazos al cuello, besándome repetidas veces; luego, al acordarse de su maquillaje, me soltó:

— Me has hecho pintarme la boca diez veces en toda la noche! ¡Te has comido toda mi pastilla!

— ¡Lucila! —exclamé fuera de mí— yo. . . yo francamente no esperaba esto de ti. . .

—Te parecía una mujer imposible ¿Verdad?

— ¡Hubiera hecho locuras por conquistarte!

—Pero has hecho por mí, lo único que podía realmente importarme.

Me quedé anonadado.

— ¡Crear en mí! Sofía me refirió todo lo que pasó con Déborah y eso terminó de decidirme.

Fruncí el ceño.

—Hubiera preferido que no te dijera nada, porque podrías disgustarte.

—Mira: existen, para cada mujer, algunas palabras que nos llegan más que otras... como si desde que se inventara el lenguaje se hubieran creado para nosotras individualmente, y en el reparto de signos y vocablos fueron nuestras correspondientes. Recuerdas cuando te referí mis problemas de casa y te relaté cuánto me había apenado el que supusieran que yo intentaba ser aeromoza para convertirme en una libertina. . . nunca pude convencer a mi madre de que era algo muy diferente lo que yo buscaba y tuve que venir a vivir aquí para no escuchar más acusaciones injustas. Después, en la compañía empezaron a decir que el capitán De Velasco era mi amante. . . pero en realidad no ha sido más que un buen amigo, un consejero, el único que me dio ánimos cuando yo creía que el miedo acabaría por traicionarme. Luego, hemos compartido juntos tantos peligros, tantas aventuras, pero nunca se nos ocurrió ser otra cosa más que buenos camaradas. Yo salía con él, es cierto, íbamos a bailar, a cenar juntos; y él suele reñirme por cualquier cosa, es muy exclusivista —te dije un día—, pero en mí ve una hermana, alguien a quien contarle sus proyectos, sus problemas y aún los riesgos que con toda su experiencia supone su trabajo. Me ha dicho que te vio con malos ojos al principio, él pensó que tal vez me buscabas solamente para divertirme, pero yo le comenté lo que hablamos en San Juan y él se ha resignado a que algún día yo no podré continuar siendo ni su acompañante ni su consejera.

La miré con tanta gratitud, con tal alegría, con una adoración que no sentí jamás por nadie, que se ruborizó, estaba confusa, como incrédula de que alguien hubiera llegado a amarla así, con esa desesperación devota, con ese amor que no conoce reposo, con esa determinación que grita: ¡Soy tuyo: cuanto soy y mi vida, que es lo único que poseo realmente, te pertenece! Busqué su boca, besándola suavemente, castamente, con el mismo misticismo que debe besarse la planta de Dios; ella cerró los ojos, dejando llevarse por la ternura, luego, como un susurro, me preguntó:

— ¿Nunca te arrepentirás de quererme tanto?

— ¿Y por qué había de arrepentirme?

—Soy una mujer exigente, y a mi pesar, debo pedirte una cosa.

— ¡La que tú quieras, con tal que no sea alejarme de ti!

Me hizo una señal negativa con la cabeza.

— ¿Vas a respetarme siempre?

— Claro, nunca se me había ocurrido lo contrario -dije soltándola.

— ¡Tonto! ¡No es eso! Quiero que sepas respetar mi libertad. He pasado mi vida luchando por ella, por ser yo misma ¿Comprendes?

Afirmé con la cabeza y propuse:

—Y si algún día ya no me quieres, me lo habrás de decir ¿Verdad? ¡Aunque fuera un poco penoso!

Me hizo un mohín de decepción.

—No me entiendes. No busco la libertad para eso, si dudara, bastaría con no comprometerme contigo. Yo quiero seguir volando, cuando te hablé de mis sueños de convertirme en aeromoza, buscaba que tú entendieras eso.

—Lo entiendo mucho mejor ahora —acepté—. Aunque soy un tantito duro de cascos!
—Añadí riéndome de mi propia broma.

— ¿Entonces? -- insistió.

— ¡Haremos lo que tú quieras con tal que seas feliz! Mi dicha cabal sería contribuir un poquito a eso, a conservarte lo que has ganado, y si pudiera ayudarte a conseguir otras cosas que hayas deseado lo haré con gusto.

—Eres noble, y se que llegará un día en que serás para mí más importante que todo; dejaré de volar y de ser una pajarita migratoria, tendrás que permanecer a todas horas conmigo. Entonces yo te lo diré y me olvidaré, seguramente sin ningún pesar, de los aviones y todas esas cosas que siempre me han atraído mucho.

— ¡Y a mí también! —concedí galante—. Después de todo, nos hemos conocido en tu avión.

—Y precisamente el día que me asignaron primera sobrecargo.

—Y ni siquiera lo hemos celebrado— dije buscando un pretexto para invitarla a seguir bailando.

—Entonces. . . —recalcó— ¿En eso quedamos?

— ¡En eso quedamos!

— ¿No lo olvidarás nunca?

— ¿Por qué habría de olvidarlo, si es tan importante para los dos?

—Tal vez porque desconfío en el fondo de los hombres, siempre buscan lo mismo: encerrarla a una en un apartamento con mobiliario nuevo y. . . niños y todo. Es el destino de una mujer, lo se, pero yo quiero ir por mi propio pie.

—De acuerdo —insistí—, no se hable más de ello.

—Es que. . . yo tengo que decir algo más. . .

—Pues dilo.

—Habrás de guardar siempre la misma confianza en mí y por mi parte, me decepcionaría saber que en mis ausencias te fueras a correr alguna aventurilla.

— ¡Lucy! —protesté— te amo más allá de toda esa estúpida vulgaridad. Soy un hombre semejante a los demás, absurdamente igual a todos, pero quiero poner a prueba lo mejor de mi misino para ti.

—Tal vez sea yo la egoísta, pero algo me dice que podré superar contigo mis defectos. . . Dame tiempo: tiempo para volar y para estar contigo, tiempo para quererte y para superarme, para volverme más mujer. ¡La mujer que yo siento que tú mereces!

Iba a responder algo, pero sus labios prendidos a los míos no me dejaron articular palabra.

Un mes después, nos estábamos casando.

XIII

En los cómodos sillones de la cantina del aeropuerto, la conversación languidecía. Eran las diez de la noche y Alberto tuvo que irse, dándome excusas por el trabajo que suponía atender las salidas y llegadas en las horas de tráfico más intenso. Boni cumplía su papel de amigo, testigo y futuro padrino, a la perfección, pero finalmente ambos coincidimos en que nos haría bien ir a respirar un poco de aire fresco.

Salimos sin rumbo fijo, mientras él se empeñaba en hablarme de política y en particular del senador causante del tumulto. Lo escuchaba sin entenderlo, respondiéndole con monosílabos. Quería que pronto fuera de madrugada para ver a mi esposa y recibirla por vez primera en nuestro hogar.

Le propuse a Boni que fuéramos allá y el aceptó encantado.

—Cuando lles algunos meses casado, tu mujercita se enfadará cuando invites a tus amigos.

--“*Mi mujercita*” —la palabra se quedó vibrando unos instantes en mis oídos, encantándome con todo cuanto quería significar.

—Lucy no va a ser una esposa regañona — declaré pensando en la bonachona complacencia con que una mujer feliz recibe a los amigos de su marido— Además, gracias a ti,

a Alberto, a Sofía, he llegado a obtener lo que tanto ambicionaba, ¡A todos ustedes debemos nuestra felicidad!

—Te la has sabido merecer, y ella también, pues es una buena chica.

—Esta tarde afirmaste que estaba loca.

—Era por picar a Sofía, me encanta hacerla rabiar.

Llegamos al apartamento y mi amigo me ayudó a poner un poco de orden entre nuestras pocas pertenencias.

— ¡Valiente casa es esta! —se empeñaba en murmurar—. ¡Si tu esposa no roba un poco de comida de la CAN, te quedarás sin cena esta noche. . ¡Y varias!

Yo imaginaba verla llegar enfundada en su uniforme y con la maleta de vuelo. Entonces correría para decirle: *Bienvenida a casa Lucy, tengo sueño, pero ya ves he logrado dominarlo y estoy aquí aguardándote, quiero confundirme en ti, sentirme dentro de ti, quiero sentirte mía, hoy y todas las noches, mañana y todos los días... quiero mirarte dormir tranquila, con ese sueño que habrás de tener en premio de haber realizado la mejor acción de tu vida ¡Haberte casado conmigo! Dentro de dos días nos uniremos por la iglesia, nos iremos a gozar eso que llaman luna de miel, pero que para nosotros será el viaje al país de la dicha, al fin el ave está en su jaula, y esa jaula es mi amor, ese inmenso amor que me amenaza a cada instante con quemarme, con abrazarme.*

La noche parecía irse infiltrando desde afuera por las hendeduras de las puertas y a través de los cristales de las ventanas.

Boni se había quitado el saco y escuchaba la radio fumando un cigarro.

—A las doce te dejo. Total, un rato te lo aguantas solo. Te has pasado una vida soltero. ¡Con que no te vaya a encontrar dormido tu adorada, todo está bien!

—Tengo que ir adelantando mi maleta para el viaje -repliqué.

— ¿A dónde van?

—A la playa. A Lucy le fascina quemarse y yo tendré que aguantarme un poco el calor.

De pronto, sonó el teléfono.

—Qué extraño —masculló Boni— Nadie sabe que viven aquí y ya tienes llamadas, hay gente que le da por fastidiar.

Contesté.

— ¡Baja el volumen de la radio! — pedí a mi amigo-. No escucho bien, creo que es Alberto que habla desde el aeropuerto.

— ¿A estas horas? - preguntó Boni.

— ¿No quieres hablar más fuerte, por favor? - Supliqué.

—Tengo que darte una mala noticia. . .

— ¿Mala? ¿Para mí? -- Sentí palidecer.

Boni entretanto había ido hasta el pequeño bar donde se servía un trago, lo vi vaciar la copa, tomar un sobre que estaba en la barra y luego venir hacia mí.

—Aquí tienes un recado —me dijo—, es letra de Lucy.

Le hice una señal de que esperara. Alberto había enmudecido.

— ¿Qué pasa? -- Insistí.

—Lucy —murmuró— Lucy está. . . un poco mal.

— ¿Qué Lucy está mal?. . . ¿Qué pasó? ¡Habla, por Dios! ¿Se ha puesto enferma?

—Tienes que armarte de mucho valor. No se cómo empezar a decírtelo. . . el avión, .

— ¿Tuvo problemas? ¿Ocurrió algún accidente?

— ¡Explovió!. . . ¡Le pusieron una bomba!. . . No debe haber quedado ni ceniza.

Sentí desplomarme. Fue como el impacto de una aguja taladrándome el cerebro, y luego, como si la terrible dolencia caminara hasta alojarse en el corazón. El grito que pretendía desgarrarme la garganta no salió. En su lugar sentí ahogarme en una presión espantosa.

— ¿Qué pasa?, intervino Boni.

Al observar mi turbación, tomó el auricular que yo había dejado caer, oí gritar a Alberto.

— ¡Fue por el senador! ¡Fue por el senador! ¡Los políticos querían acabar con él!

EPILOGO

Me llevé las manos a las sienes con desesperación infinita Hay sufrimientos que paralizan hasta las palabras. Entonces recogí maquinalmente el sobre que me había alcanzado Boni.

Lucy había puesto en la cubierta, con su letra inconfundible: *“Este es mi regalo de bodas, mi libertad!*

. Lo abrí. Era su renuncia irrevocable como aeromoza de la CAN

EL ÁNGEL MAHOMETANO DE LA MUERTE

“Y Jehová, imorado por Isaías, concedió ayuda a la piadosa ciudad; y envió durante la noche a ju ángel de la peste.

Y aquella noche vino el ángel del Señor y mató a ¡85,000 hombres en el campamento de los asirios. Y cuando se levantaron a la mañana siguiente, ved que todo el lugar se hallaba cubierto de cadáveres

LA BIBLIA (El sitio de Jerusalem)

A Don Bernardo Arriaga, mi entrañable amigo, a quien debo mi realización literaria.

El doctor Artal dejó caer pesadamente el auricular. Una ráfaga de aire cálido, como chorro de vapor, se esparció por el blanco despacho de la sección de consulta externa, trayendo consigo el fétido aliento del hospital.

Se deslizó hacia la orilla del sillón; acodándose sobre el desordenado escritorio, donde se

amontonaban libros abiertos, medicamentos y expedientes, se llevó los dedos a las sienes como si en el ademán fatigado de oprimírselas buscara a'etargar el tremendo dolor de cabeza que le aquejaba.

Tenía el blanco uniforme pegajoso y adherido a todo su cuerpo, produciéndole esa particular sensación de suciedad que deja el sudor cuando se ha secado tres o cuatro veces consecutivas.

El intercomunicador volvió a sonar con insistencia.

—Doctor, han llegado tres pacientes más, y no quieren irse hasta que usted no les reciba. . .

—Después de la junta —añadió con aire cansado—. Avise al quirófano que cancelen las intervenciones programadas para esta tarde.

—¡Hay una urgente! —aclaró la enfermera.

—En tal caso, hay que posponerla hasta el anochecer.

—Avisaré en seguida —respondió la muchacha.

Artal se alisó los cabellos despeinados. Sentía enseñorearse esa modorra opresora y bochornosa que solía invadirle durante las épocas calurosas, y que en el inicio primaveral se le figuraba recrudescida con renovado encono. Estiró los miembros buscando acomodar la nuca en el respaldo. “Nunca me he negado”, murmuró entre dientes; “los veré luego”, añadió en un tono quejumbroso como si tratara de justificarse con alguien.

Cerró los ojos con una penosa mueca de cansancio. “Nunca me he negado”, repitió, pronunciando las palabras con una voz pastosa y ronca. Y en la chispa luminosa de unos segundos, transportado por la velocidad de su imaginación, se miró, cual si su imagen se reflejara ante una pantalla inmensa, diciéndose a sí mismo aquella promesa que como un juramento íntimo se-
liaba la hora apoteótica de su graduación: “Nunca habré de dejarles. . .” y que se refería precisamente a los heridos por el dolor humano, a los acosados por las dolencias, a los invadidos por los virus, a los envenenados por la alquimia de su propia sangre, a todos aquellos a quienes su cuerpo traicionaba, a quienes sus órganos herían en lugar de funcionarles y de servirles, a quienes, inocentes anfitriones de las bacterias, pagaban la involuntaria acogida al cáncer, la hepatitis, las pústulas. . . a quienes ya sólo poseían unos jirones de carne descompuesta y febril, impotente y llagosa que se rebelaba a continuar viviendo; a quienes el hedor insano anunciaba el contacto finito de la vestimenta material, a quienes el espíritu derrotado abandonaba, sucumbiendo al final frente al peso inexorable del dolor físico.

Y él, compadecido ante tanta miseria, mientras sus compañeros repetían a coro el juramento Hipocrático, más por formalidad que por convicción, sintetizaba en aquella frase su vocación auténtica, sus ideales, su credo, acumulados desde la mañana de la adolescencia, o quizá desde tiempo más remoto aún, desde que traspasado por la infantil emoción que le sacudió frente al perro que aullaba lastimeramente, levantando la pata machucada y flácida, él, venciendo el miedo, bebiéndose las lágrimas y ante su propio azoro, desinfectó los dedos triturados y entablilló el miembro del noble animal que con los ojos húmedos y el cuerpecillo tembloroso se dejó vendar con esa resignación sumisa de la que tantas veces volvió a ser testigo en sus prácticas de hospital, era esa misma docilidad con que suelen desnudarse las mujeres, y con que los enfermos muestran avergonzados los vientres abultados y las úlceras purulentas.

Cuando el can fue llevado al fin ante el doctor de los animales, entre la solicitud dudosa de sus padres —más pobres que avaros—, y la compasión que les movía a intentar ahorrarle sufrimientos al pobre animal, el veterinario, al indagar el autor de la atrevida operación no pudo

menos de sorprenderse ante aquel alarde de pericia, en un niño cuyo primer mérito era el ser valiente.

—¡Cuando seas grande serás médico! —Le profetizó conmovido mientras le daba unas palmadas cariñosas. —Tu perro se pondrá bien muy pronto—. Y se negó obstinadamente a recibir los modestos honorarios de su consulta.

Fernando Artal repitió cientos de veces la misma escena, con esa admirable sencillez que inspira la bondad que no abochorna.

Después vinieron los años de la Facultad, de las clases, en las que sentía tambalearse la firmeza de la vocación ante las dificultades siempre crecidas. Había sido un estudiante dedicado, metódico, encerrado siempre en una concentración que no admitía otro intruso que el libro o la palabra del maestro. No obstante sus largos silencios, su incapacidad de extemar admiración por una cátedra brillante, o por gastar un cumplido a un compañero jactancioso, le fomentaron la triste celebridad de ser un egrégio. Artal era simplemente un alumno a quien los profesores nunca deslumbraban como si estuviera seguro de la magnitud insospechada de la ciencia por aprender, en relación con la pequeña cantidad de la ciencia descubierta, practicada y dominada. Con el correr del tiempo su natural intuición, su videncia en el diagnóstico, la certidumbre que emanaba de sus juicios rompieron la desconfianza con que solían tratarle incluso sus mismos maestros, quienes una vez rolo el entumecimiento a que los había habituado su hermetismo, le prodigaban felicitaciones y elogios, que él agradecía siempre cortés, nunca efusivo, demasiado conciente de que aquella palabrería no acertaba el largo camino que le quedaba aún por recorrer, ni angostaba la brecha abismal en que luchaba día a día, hora tras hora, con la poderosa desfachatez descarnada, inmoral y paradójicamente benévola, con ese fantasma liberador e implacable que admite treguas pero no derrotas; y que suele cobrarse siempre sus efímeros fracasos con un triunfo devastante y cruel, emanado de mía ley sin excusas y sin excepciones; y cuyo único atenuante consiste en que trae consigo la misericordia de ignorar, de dormir, del no sentir y no padecer ya; y olvidar, olvidar en ese largo sueño que sepulta aniquilador todos los sueños, cobijado en el viejo anhelo de paz por quien suspiran todos los humanos; y que disuelve corrosivo todas las esperanzas: la muerte.

Y empeñado en esa lucha desigual liquidó su juventud entre los hospitales, los libros y las clases, en un perpetuo trapear al tiempo, restándole horas a las comidas, al sueño, a las necesidades más elementales, devorando un libro en una noche, reteniendo con ferocidad las definiciones exactas para mi examen, como movido por un péndulo que no conociera el descanso y cuya obligación pesante fuera ir siempre de un lugar a otro, sin permitirse el respiro de una diversión o la emotividad de un afecto. Sin embargo, nunca pareció siquiera darse cuenta del voraz esfuerzo que cual un carcoma insaciable engulló su juventud, se diría que pagó un triple precio por su título, pero obtuvo la satisfacción incomparable de nunca haberse concedido una tregua. Fue un estudiante modelo, que el rigor de aquellos años templó para el ejercicio de un verdadero sacerdocio. ¡V cómo había de precisar ese entrenamiento!

Artal se inscribió en cursos para post-graduados. leyó cuanto libro de medicina pudo comprar o pedir prestado; y se convirtió en muy pocos años en el médico insustituible a quien frecuentemente los especialistas de diferentes ramas pedían opinión. No obstante continuó predominando en él su habilidad innata de cirujano, concentrado, incapaz del más mínimo error, su pericia sorprendía a los médicos más viejos a quienes el asombro apenas dejaba lugar para la envidia.

Su carrera en el Hospital Municipal fue cada vez más ascendente, en un tiempo tan corto que semejante distinción no figuraba en los archivos de ninguno de los ciento diecinueve médicos internos y externos que prestaban sus servicios.

Hasta que llegó aquel endemoniado día, en que el fracaso más rotundo rubricó de luto su trepidante carrera de éxitos. En el largo duelo con la muerte, Artal perdió muchas veces la batalla, pero siempre con una excusa válida, no sólo para el enfermo o sus familiares, para el

expediente médico o para sus colegas. . . sino aun para él mismo: el paciente había llegado demasiado tarde cuando ya no era posible hacer nada, había sobrevenido una complicación para la que el organismo gastado del enfermo no estaba preparado a superar, o simplemente se trataba de un caso, no tan extraño jx>r lo menos en un hospital público, en que un anciano agotado y solo, bus-caba la muerte como la única solución a sus problemas y se negaba a cooperar terminantemente con el médico. No obstante Artal conseguía casi siempre prolongar, al menos unos meses, la vida de los desahuciados, pocos operados en verdad termi-naron en su quirófano: y aun los tísicos o los cancerosos consiguieron una agonía más benigna en sus manos.

Artal contaba siempre con que el tiempo permitía ensayar más recursos, éstos si bien solían fallar en unos, en otros organismos obraban con eficacia; y el médico era sobre toda^ las cosas un obseso por la existencia, un fanático de ese milagro biológico y químico que es vivir.

A veces, se empeñaba en luchar denodadamente sólo por prolongar unas pocas horas la vida de un enfermo. Los signos inequívocos de la muerte que tanto solían impresionar a sus colegas, declarando la inutilidad de cualquier intento, eran como aguijón que picara el amor propio del joven galeno.

l'odo ello contribuyó a dejarle esa indescriptible sensación de vacío, en la que se debatía hacía más de diecisiete horas, defraudado y contrito, y que de hecho había empezado tres días antes cuando una ambulancia depositó en la sala de emergencias algo semejante a un andrajo humano, era un individuo de edad indeterminada con el aspecto de un pordiosero: harapiento, desaseado, con la barba crecida, salpicado el cuerpo de aquellas extrañas manchas rojizas cuyo origen no sólo escapó a su diagnóstico, sino que revolvió al hospital entero.

De no haber sido inoculado por una dolencia tan desusual, el anónimo paciente que antes de entrar en estado comatoso pronunciaba repetidamente un extraño nombre: Azrael, hubiese muerto, en medio de esa indiferencia burocrática con la que terminaban decenas de moribundos internados en los pabellones para menesterosos. En su mirada, vidriosa, casi atónita, había esa interrogante sorprendente, de quien de pronto se sabe próximo a morir y se pregunta: ¿Por qué?. . . ¿Por qué tan de repente, así no mas?. . . ¡sin enfermarse casi!. . . es decir, sin ese proceso lento y espacioso que lleva por las antepasadas de los médicos cinco o diez años antes a los enfermos, pululando entre la esperanza y la resignación, entre la tranquilidad y el desasosiego, entre las crisis y esos entre actos efímeros de mejorías engañosas, que culminan casi siempre en la postrer mejoría de la muerte, cuando el organismo, teatro de luchas terribles, vencido por las bacterias destructoras y el desgaste, se concede ese último respiro, que suele interpretarse como una superación de la crisis, pero que es el anuncio inequívoco del final.

Apenas lo hubo examinado el doctor Artal el enfermo se vio rodeado de dos decenas de médicos, pero cuando estaban iniciando la encuesta para determinar ti dolencia, atenazado por una náusea espantosa empezó a vomitar, agitándose entre violentas convulsiones e intercalando con sus quejidos la súplica de que le mataran, ¡ tan agudos eran los dolores que se hundían en sus entrañas, en sus articulaciones, hasta en la lengua hinchada y sanguinolenta a fuerza de mordérsela!

Inútiles fueron los cuidados que se le prodigaron: sueros, vacunas, antibióticos, sulfas, reconocimientos de todos los especialistas, análisis escrutadores, ¡ todo resultó vano!

Artal veló paciente dos noches al lado del enfermo; y no pudo detener, siquiera por unos instantes, su trepidante carrera hacia la muerte, sólo en algún momento, cuando sentía sobre sus hombros aquella mirada de bestia acosada, cargante, intensa, donde se había condensado toda la desesperación del mundo, nudo su ciencia hacerle descender la bárbara temperatura del cuerpo contaminado, recurriendo al hielo; hasta que al final, hacia la madrugada del último día, expiró ante el desconcierto de la mitad del cuerpo médico, como si un extraño destino hubiese estado ex-profeso dispuesto a aureolar de una celebridad imprevista la vida anónima y seguramente

fracasada de aquel montón de carne humana, nauseabunda y estéril que alguna vez llevó un nombre.

Artal se limitó a mirarlo con una amargura rabiosa e impotente, luego, cuando las primeras luces anunciaron la mañana, insistió en que debían velarlo juntos unas horas. Se sentía infeliz, en esa dimensión odiosa de la desdicha que no alcanza a percibir en una rendija iluminada la más leve esperanza.

En aquellos momentos sus colegas supieron respetar los sentimientos que le embargaban. Muy de mañana intercedió ante las autoridades [para que excepcionalmente consintieran en proporcionarle una sepultura decente, evitando que sus restos fueran a parar a la fosa común; y sin detenerse por la consulta externa que esperaba con impaciencia, decidió acompañar el fúnebre cortejo, compuesto de sus dos asistentes, el doctor Pietro Constantini, el sacerdote y los enterradores.

Regresó del lejano cementerio dolido y aterrado. Atendió a la consulta con desgano, sin poder apartar de su mente la obsesión fija por el fallecido.

A medio día Sor Concepción insistió en que debía comer algo; y la solicitud amable de la religiosa le obligó a beber una taza de caldo, luego fue a refugiarse entre las paredes de su consultorio tachonadas de diplomas, a quienes lanzaba de vez en cuando una mirada desdeñosa, tal si se hubiese convencido de pronto de su absoluta inutilidad.

Perdido en sus ingratas cavilaciones apenas se enteró de que sus ojos como atraídos por un imán mágico se habían dejado llevar hasta el retrato de una hermosa muchacha que parecía sonreírle eternamente desde el ángulo de su escritorio; y al momento cual si un oculto resorte de su mente le hubiera agudizado la conciencia, fijó los ojos enrojecidos y cansados, con esa mezcla curiosa de desasosiego, esperanza y apasionado interés con que solía retenerlos siempre en el retrato, cual si al mirarlo dulcemente, pudiera transmitir la caricia hasta ella.

La telefonista insistió de nuevo, con voz lenta e inaltisonante sacándole de su distraída meditación:

—Doctor, la junta comenzará dentro de cinco minutos.

—Estaré enseguida. —Respondió. La chica advirtió su fastidio; y musitó por lo bajo:

—Perdone usted. —Y colgó.

Artal se levantó turbado y nervioso. Abrió el grifo y vertió agua fría en el hueco de sus manos, que se llevó a la cara. Su barba áspera le produjo una sensación deprimente de abandono que le chocó. Se hubiera querido quedar unos minutos más para rasurarse, pero apenas tuvo tiempo de ponerse una bata limpia con gesto de automática.

El agua helada que le aclaró la mente entumecida por el desvelo, el cansancio y el calor, le despertó de la fugaz evasión, en que cual una pausa dulce y benévola, le había sumergido por unos bienhechores instantes la contemplación del retrato.

Y al retornar nuevamente a la realidad, le pareció que en aquel corto lapso, se había recrudecido con mayor encono el ingrato recuerdo que le atormentaba; y volvió a aparecer entre un oscuro remordimiento, que él supuso provenía de su impotencia, la imagen doliente de aquel inmenso trágico, que sobrecogido, impresionado, atónito, le miraba desde un camastro de hierro, preguntándole desesperado aquel ¿por qué? mudo, más elocuente que todas las interrogaciones.

Entonces, con el apresuramiento de unos pasos rápidos salió del consultorio.

El Hospital Municipal era un antiguo y enorme palacio cuyos suntuosos salones, escenarios de espléndidas recepciones pasadas, se habían ido transformando en largas salas de enfermos o adaptando para los toscos menesteres de las oficinas.

Se dividía en tres bien definidas secciones: la de los pensionados, la general y la destinada a la consulta externa. Estaba circundado por un jardín raquítico que conducía a la calle donde acostumbraban asolearse los enfermos pensionados, mientras que en la parte trasera, un enorme patio enlosado denunciaba con su descuido la crónica pobreza de los pacientes alojados por la caridad estatal.

Del vetusto edificio, cuna de señoríos, se habían respetado: los pisos de mosaico veneciano, los mármoles importados de Carrara, algunas arañas de cristal cortado checoslovaco sucias e incompletas que enseñaban con impudicia sus cristales rotos, la chimenea de mármol verde en el salón principal que hacía las veces de recepción y algunas columnas cuyos capiteles resquebrajados hablaban de grandezas fugadas para siempre.

El olor de mil medicamentos diluido entre oleadas del cloroformo, del éter o de los anestésicos, se encerraba entre el emplomado ostentoso de los cristales, algunos con atrevimientos de verdadero vitral, impregnando la atmósfera de un hedor rancio, cual si se tratase de una infusión fétida, de un miasma pestilente, donde se hubieran incubado con el vaho de la muerte los tufos de las miserias físicas y humanas: del sudor, de la orina, de los jergones desteñidos, de las ropas en cuya dudosa blancura tiesa y almidonada se impregnó con persistencia la repugnante hediondez de las secreciones.

Las paredes enlepradas, se habían teñido hasta la mitad de ese color verde con que suelen marcarse las oficinas burocráticas de baja estofa, las celdas de castigo de los presidios o las anteceldas de los funcionarios judiciales.

No obstante el tiempo y la insufrible miseria del municipio, se habían logrado conservar en buenas condiciones: el decorado de algunos techos donde aún proliferaban las grecas doradas, las pinturas con motivos mitológicos y el artesonado de algunos balcones y puertas a los que no se había despojado del blasón ducal: y que con todo y sus piedras negruzcas, su barniz opaco, su barandal de hierro enmohecido, su latón deslustrado, no negaban la regia estirpe de su rango.

El doctor Artal atravesó la sección de consulta externa en el piso bajo, meditando confuso en la inutilidad de la ciencia frente al inapelable destino de la humanidad. Nunca hasta entonces había percibido en los aparatos cromados y relucientes ese vacío de las cosas estériles; y sintió pena por su esfuerzo derrumbado, por su juventud liquidada entre libros, exámenes e investigaciones, por su pasión cifrada en una ciencia inconclusa y un arte mediocre fracasados de antemano, que lo más que conseguían era alargar un poco la vida de los hombres entre vejez, sufrimiento e infortunio. Recordó con tristeza el nefasto invento del romano que bautizó con el nombre de hospital a una casa en que se engendraban casi siempre el dolor y la muerte.

Sumido entre* las más negras cavilaciones llegó hasta la sala de juntas, situada en el tercer piso al lado del despacho del director.

Algunos médicos se habían empezado a reunir: y en pequeños grupos discutían con su jerga no fácilmente inteligible el diagnóstico con el que pretendían, sin ponerse de acuerdo, etiquetar la muerte del desconocido.

El Dr. Constantini, el italiano como solían llamarle, se dirigió hacia Artal; y dándole unas palmadas afectuosas le dijo con su inconfundible acento napolitano:

—Comprendemos su aflicción y la sentimos, pero a cualquiera de nosotros nos hubiese ocurrido igual. Es más, reconozca que fue asunto de todos. . . nos tocó la de perder en esto. En el laboratorio han estado trabajando toda la mañana, tal vez habrán encontrado algo.

Artal trató de aparentar una serenidad que no sentía.

—No es el primero que se va. pero debemos reconocer que no tenemos siquiera idea de cómo ha sido, si al menos hubiésemos logrado coordinar nuestras opiniones. . .

—Eso intentará Maxim ahora —agregó el doctor Cazals refiriéndose al director.

—¡No debía usted preocuparse tanto!. . .

—Eso quisiera —aceptó Artal. Pero en medicina, lo peor que puede pasar es enfermarse de empleomanía. Necesitamos la pasión, la sublime pasión, ¡sólo con pasión es posible desafiar la muerte!. . .

—¡Está usted muy nervioso! —opinó el doctor Cazals.

Artal hizo como que no le había escuchado y se dirigió al italiano para preguntarle:

—A propósito doctor. ¿Se dio usted cuenta que el enfermo insistía en repetir una palabra?. . . algo así como Azrael. . .

—¡Claro que me fijé —declaró el italiano. ¿Conoce usted su significado? . . .

—No doctor —admitió Artal enrojeciendo por su ignorancia.

—Cuando fui soldado en Africa lo indagué. ¡ Azrael es el ángel Mahometano de la muerte! Maxim apareció por la puertecilla que comunicaba a su despacho, treinta médicos sentados a lo largo de la mesa de juntas tomaron su sitio y otros tantos permanecieron de pie. Se hizo casi un inmediato silencio, que el director aprovechó para decir un “¡buenas tardes!” breve y afectuoso. Emanaba de él una autoridad indiscutible y discreta, tomó su lugar en la cabecera, de la mesa e inició la sesión.

Curiosamente, apenas le vió llegar Artal, se olvidó del impostergable asunto que se trataría en la junta, para concentrarle en una observación muda y penetrante, a la que se sentía siempre arrastrado cuando estaba en frente del director.

Le había conocido dos años antes de graduarse; y aun antes de haber recibido clases de él, lo intuía: reflexivo, individual, tremendamente metódico, cual si su fascinante personalidad retuviera esa dualidad extraña en la gran mayoría de los seres humanos, que conjunta equilibrados y armoniosos el cerebro y el corazón. El doctor Maxim poseía esa lucidez incontrovertible capaz de desmenuzar una idea, con la misma pericia y certeza que cortaría con su bisturí un miembro gangrenado o un órgano inútil, pero al mismo tiempo era un hombre sensitivo a quien las peripecias de su profesión no habían distorsionado.

Pronto fueron amigos y Artal tuvo la primer prueba indiscutible de aquella amistad, donde la broma no ofendió nunca el respeto; y el consejo prudente fue vertido con afabilidad y tacto.

Y aquella tarde calurosa, mientras sus colegas se perdían en discusiones intrincadas que Maxim escuchaba atento y benevolente, le pareció a Artal verlo llegar esa noche en que le dijeron que ya era médico, acompañado de una hermosa muchacha de la que él se había prendado con esa bobería pueril que aún cree en los milagros del amor.

Por su mente agolpados en un tumulto fueron cobrando claridad los recuerdos de aquella noche, como si una relación con los sucesos recientes los hubiera hennanado por un hilo mágico.

Y Artal se imaginó con el smoking alquilado, cuyas mangas le venían demasiado largas, entre la

lila circunspecta de los recién graduados: pálido —como debía estarlo hoy—, por las agotadoras prácticas a que los había sometido el examen profesional, expectante ante un porvenir nebuloso, idéntico al que su precoz intuición de médico le volvía a anunciar ahora.

Volvió a mirarse como a través de un espejo borroso que reflejara vaga y confusa su propia imagen. Parecía un seminarista —admitió melancólico - en cuyos ojos febriles por el insomnio, comenzara a despuntar ese fulgor de los alucinados por el fanatismo, de los devorados por las inquietudes místicas. Los académicos con discursos retóricos daban la bienvenida a la cofradía a los recién ingresados; y entonces, como el rayo de sol de un nuevo día, que penetra triunfante en un amplio ventanal, inesperado y ajeno, la vio llegar del brazo del doctor Maxim, con esa majestuosa sencillez de quien está habituada a ser el blanco de todas las miradas, la admiración de todos los hombres y por supuesto la envidia de todas las mujeres.

Y mientras sus compañeros recibían la presea codiciada, él, igual que ahora, evadido en los momentos más trascendentales de su vida, por una incapacidad repentina de fijar su atención*! en lo objetivo, para volar con su fantasía, se entregó a esa contemplación muda de la que no estaba exenta por cierto la sorpresa. como si sus ojos no alcanzaran a medir cabalmente el prodigio que veían. Y aquella noche entre sus protestas de fidelidad sumisa hacia la religión que abrazaba, ¡oh paradoja! la tentación de un culto nuevo, más absorbente y arrollador, más excitante y sublime. Esa nueva devoción se llamaba Martha. Parecía que lo perfecto se había dado cita en su cara: las sienes eran el nácar donde había anidado la beatitud: los cabellos rubios se bifurcaban mansos en dos mitades suaves; los ojos, un poco melancólicos, tenían fosforescencias de agua marina, como si las olas de un mar muy profundo hubieran querido fotografiarse en sus pupilas: la boca carnosa, mostraba dientes regulares y muy blancos, y la nariz ligeramente respingada, que iba a perderse en la candidez imperturbable de la frente, ponía una dulzura triste que parecía no querer irse nunca, ni aun cuando afloraba la sonrisa.

Si aquella caía era verdaderamente bella, el cuerpo era su digno complemento: la lánguida y ebúrnea nuca iba a reposar en dos hombros espléndidos que le daban una postura erguida y majestuosa, los senos eran firmes y la estrecha cintura declinaba en la mórbida ondulación de las caderas; y el grosor cincelado de aquellos muslos estupendos de una esbeltez inencontrable, cuya línea discreta y elegante se insinuaba en el vestido largo y pegado en cuyo escote, contrastando con el terciopelo negro, asomaba la blancura lechosa de una pierna. Cuando Artal subió al estrado, aclamado por el entusiasmo y las ovaciones de cuantos le conocían, y el director de la Facultad lo declaró el alumno más brillante de su generación, entre las manos que se extendieron para felicitarle, él estrechó con el fervor contagioso que culminaba en el momento, la mano del doctor Maxim, en cuyo apretón le pareció recibir la alternativa.

A partir de aquella noche, el eminente médico le hizo sentir que le consideraba como a uno de los suyos, y con sencillez le presentó a su graciosa acompañante; y Artal quien había conseguido frente a la docta asamblea el dominio más completo de sus emociones, percibió con la característica clarividencia de aquel que avisa en las cosas pequeñas el porvenir, que frente a aquella mujer —¡idea! que sin haber tenido tiempo de acariciarlo, surgía de repente sintetizando todos los ideales subconscientes alimentados desde su pubertad— nada iban a conseguir: ni su talento, ni su pujante fuerza de voluntad, ni su método, ni su ciencia, ¡esa pobre ciencia de la que hasta aquel momento

lfi8

se había sentido tan orgulloso! y correspondiendo a su saludo con una sonrisa mortificada, salió del gran salón buscando poner entre el ciclorama azul de la noche impávida, un poco de calma en la efervescencia inconsútil de sus pensamientos.

Caminó un poco por el jardín desierto, turbado en la amable quietud de su silencio: por el murmullo de la música, de las voces, de las risas, que irrumpían como el eco de un oleaje. Al final, se sentó cabizbajo en la balaustrada de cantera de una fuente, procurando retener la bellísima imagen que condensaba en un rostro y en un cuerpo, todas las bellezas disgregadas en

el mundo; y que a él, insaciable adorador de la armonía, era lo único que lograba evadirle de esa concentración profunda en que le sumían los problemas de la medicina.

¡Cuántas veces frente a un bello atardecer había cerrado el libro! . . . cuántas otras en las clases de anatomía, mientras sus compañeros con un desenfado casi obsceno se daban a la infausta tarea de descuartizar un cadáver, él sentía pena, infinita pena de tener que hundir el escalpelo en alguna dermis que debió haber sido bella.

Y así su sentimentalismo y su predisposición al deleite estético siempre prevalecieron a pesar del ambiente francamente depravado de la escuela de medicina. ¿Qué de extraño tenía que la presencia de la muchacha le hubiese sumergido en esa especie de arrobamiento, cuyo impacto le había obligado a abandonar la bien animada reunión, para saborearlo solo, como suele disfrutar el avaro la redondez amarilla de sus monedas en la lóbrega frialdad de un sótano?

Encendió un cigarro y se quedó contemplando el agua, como si en aquella noche de sorpresas la existencia de ésta fuera un nuevo descubrimiento.

Unos hombros desnudos se reflejaron inciertos, contrastando con su alabastro débilmente iluminado, la líquida negrura sin fondo: le pareció que una desusual fidelidad de su imaginación le revelaba en el agua lo que bullía en su mente; y dejó escapar en una exclamación impensada, intensamente íntima y espontánea la admiración que le había despertado:

—¡Qué hermosa!— Musitó. Y ella, no obstante haberse acostumbrado a recibir ese homenaje continuo, con que intentaban ensalzar su belleza, preguntó con voz azorada:

—¿Quién?

Artal se volvió desconcertado, como un niño sorprendido en falta, ella advirtió que hasta ese momento no se había percatado realmente de su presencia, entonces, él hizo un verdadero acopio de todas sus fuerzas y cual el cauce de un río que se desborda en una tarde lluviosa, aclaró:

—¡Usted! . . . ¡Pensaba que usted es lo más bello que he visto en mi vida!

Martha retrocedió unos pasos, pero su natural intuición porfiaba en anticiparle que lo que decía el desconocido era la verdad; y se quedó, no supo si atraída por la curiosidad o por algo que despertaba aproximarse a la simpatía.

Se repuso prontamente y sonrió al cumplido.

—¡Hace un calor terrible allá adentro! —Se quejó tan sólo por hablar de algo.

—En efecto —asintió Artal—. Yo también he salido buscando algo de fresco.

—No tardarán en notar su ausencia —le advirtió la muchacha.

—¡Todos desearán felicitarle! . . .

—¿Y usted no? —aventuró con timidez el recién graduado.

—¿Por qué no? . . . le felicito a usted. . . —Dijo alargándole la mano—. No hace falta que yo le augure muchos triunfos, usted los tendrá de todos modos, han dicho que ha sido el mejor alumno de su generación. . .

—¡Qué :mporta lo que digan! —opinó desdeñosamente, y luego mientras estrechaba la mano que ella le había ofrecido, le preguntó con una voz que pugnaba por salir serena:

—¿Qué piensa usted de mi?

—Yo. . . Nada. Apenas acabo de conocerle —agregó sinceramente la chica.

—Yo en cambio siento no haberla conocido antes —dejó caer la frase con un dejo de triste/a,

como quien siente desperdiciada toda su vida, al no haber hallado nada que valiera la pena vivirla.

—¡Es usted muy impresionable! —admitió Martha.

—¿Por qué me lo reprocha? —la interpeló con voz casi suplicante.

La contempló con adoración. Le pareció que era como la flor de una especie única, en cuyos pétalos anidaran por igual: la sensualidad y la indiferencia, la ternura y el desdén. La atrajo suavemente, como si el sólo intento de estrecharla fuera el inicio de una larga caricia; ella, aunque mucho más consciente, se dejó llevar.

—¡Por Dios, que impulsivo es usted! —protestó débilmente.

—¡Sov así! —admitió Artal—. Pero le niego no me niegue la inmensa felicidad de sentirla unos instantes junto a mí! He pasado estos años siempre ocupado, casi me había olvidado de que pudiera existir esta felicidad. De pronto, al verla a usted hoy, es como si hubiera despertado de un largo sueño; y siera vivir . . . ¡vivir para amarla! . . . ¡Vivir eternamente junto a usted!

Martha se quedó mirándole en el colmo del asombro. El acercó la cara buscando el beso, pero les interrumpió la voz limpia y segura del doctor Maxim.

Altai volvió a la realidad. Y una vez más escuchó aquella voz tan conocida para decir:

—Señores, es inútil que continúen discutiendo. ¡Estamos ante la peste!

III

Aquella mañana a escasas horas de la junta médica la ciudad despertó con su habitual actividad. Si bien la ola calurosa causaba ciertas molestias a sus habitantes, la mayoría terminaban por habituarse a una ducha extra al anochecer, o a dormir una siesta con el clima artificial o el ventilador funcionando después del almuerzo del medio día.

Las muchachas se vistieron con prendas más ligeras y los hombres se excusaron de no usar corbata, los cuellos almidonados se doblaron y los cafés atestados de sedientos parroquianos triplicaron sus ventas de té helado, mantecados y limonadas. Alguna agencia de viajes ordenó a su publicista mía campaña donde la frescura del mar era el cebo; y los hoteles de la playa con sus terrazas bañadas por la brisa, el abanico que acariciaba los escotes amplios y los rostros ligeramente bronceados. Pionto se alquilaron casi la totalidad de los hospedajes con el beneplácito de sus dueños que aumentaron los precios, de los transportes y líneas aéreas cuyas rutas a la costa engrosaban sus cuentas bancarias, y de los fabricantes de trajes de baño que ya de por sí atareados en la temporada calurosa, duplicaron sus ventas de bikinis con el consiguiente agrado de los caballeros.

Nada delataba alguna anormalidad. . . bueno, al menos demasiado notoria. En aquel amanecer primaveral unos bairneros municipales que aprovechaban las primeras horas de la madrugada en su humilde labor, descubrieron cinco o seis canes y dos gatos muertos. Más de alguno, quien se distinguía por su empeño profesional, subió en su carro, que casi siempre era de mano, el cadáver del animalito: un pobre perro callejero, sin dueño, sin abrigo y sin comida, para quien era mejor acabar

así, que continuar deambulando por las calles, aterido de frío

o acalorado y sediento, expuesto a la crueldad de los muchachos o a la indiferencia de los ciudadanos, o todavía peor, a la posibilidad de ser atacado por la rabia a causa de aquel clima endiablado.

En alguna atarjea, un racimo de ratas muertas atrajo cientos de hormigas, los asquerosos

animales exhibían con el horror de sus cuerpos peludos e hirsutos una contracción en las patas, mientras que en el hocico se remataba una corona de baba sanguinolenta.

Pero a las seis de la mañana cuando los pobres aseadores habían concluido su labor, no quedó ningún rastro de ellos; y sólo un olorcillo de putrefacción emanado de las calles lodosas hacía sospechar en algún animal muerto que se hubiese quedado enterrado en las aguas fétidas.

V' como suele ocurrir siempre que se trata de una noticia verdaderamente importante, los periódicos apenas destinaron, escondidas en el rincón de alguna plana, unas breves líneas rubricadas por la ironía, la indiferencia o la duda, sobre la muerte de un vagabundo, víctima posible de la inanición, el alcohol o la cirrosis, a quien los médicos del Hospital Municipal habían concedido una atención extremada. Un matutino que reseñaba con brevedad el humanitarismo de los galenos, insinuó que se trataba posiblemente de una epidemia. Nadie publicó la conclusión de la junta médica. Los ciudadanos volvieron a la rutina de todos los días: se levantaron, se afeitaron, se ducharon, se lamentaron del calor: y volvieron a ingerir el acostumbrado desayuno, si bien con una porción más generosa de jugo de naranja; acudieron a las fábricas, a las oficinas, con esa apagada normalidad que vuelve la prisa, en mañanera rutina. A las diez se leyó un parte radiofónico. Una docena de personas acudieron al Hospital Municipal aquejadas de vómito; y enviadas por sus médicos de cabecera quienes se habían declarado incompetentes de tratarlas. El locutor se quejaba de la ola calurosa, pero no dio más detalles. A la hora y media volvió a insistir que en un barrio proletario algunas personas habían solicitado urgentemente ambulancias para atender enfermos que aparentaban alguna gravedad, esta vez tímidamente sugirió que ante el excesivo calor era conveniente cerciorarse de que los alimentos no estuvieran descompuestos antes de comerlos; con aire divertido insinuó a las amas de casa rellenar absolutamente los refrigeradores, o solicitar al marido la compra de otro más grande y más moderno; y aprovechó la ocasión de parafrasear el slogan de publicidad de una marca conocida.

A las dos de la tarde, hora en que se voceaban los vespertinos, se publicó a ocho columnas con letras que parecían más negras por ser alargadas, la aparición de la peste; y por vez primera el uso correcto del vocablo proyectó una imagen fiel de la hecatombe que unas horas antes se había iniciado.

Si bien el vespertino, con el afán amarillista y la perspectiva de vender algunos millares más de ejemplares dio primacía a la noticia en la primera plana, la información que la completaba era pobre y escueta, trasluciendo el criterio de la redacción que no acostumbraba creer lo que publicaba.

Se trataba de una epidemia causada tal vez por el calor y las condiciones de miseria e insalubridad en que suelen vivir miles de gentes en esos cinturones de las metrópolis donde no han llegado más que las promesas de los políticos; el gacetillero recomendaba hervir el agua, lavar cuidadosamente las frutas y las legumbres, como si tratara de prevenir a sus lectores de los efectos de una fiebre tifoidea: y aunque publicaba entrecomillado el parte médico del Hospital Municipal, este era tan impreciso que más que informar aumentaba la incredulidad y el desconcierto.

Un señor calvo y gordo con gruesos lentes de aumento arrojó el diario con desprecio entre imprecaciones:

—¡Ya no saben estos periodiqueros que inventar! . . . ¡La peste! . . . —vociferó, apurando un enorme vaso de jugo de fruta con hielo picado.

Sin embargo, en el hospital un ceño adusto se había adueñado de todas las frentes, embargando los rostros de un aire preocupado, como si la verborrea de la tarde anterior se hubiese desvanecido a un mismo tiempo en todas las bocas. Contrarios a la costumbre, ni médicos, ni enfermeras habían bromeado en el quirófano.

Se adivinaba esa expectación tensa que precede a las grandes catástrofes, cual un presentimiento espantoso que alojado en todas las conciencias, tuviera vergüenza de aflorar a los labios; y se quedaba ahí: atorado, sujeto entre esos miedos que devoran y no obstante apenas se dejan percibir.

Cuando llegaron aquella mañana los inoculados, la administración decidió aislarles inmediatamente de los demás enfermos, se dispusieron todas las posibles medidas profilácticas y la casi totalidad de los médicos se dio cita alrededor de los pestíferos* acosándoles a preguntas, examinándoles, intentando ensayar en algunos una droga, en otros un antibiótico, en aquellos una vacuna, con una desesperación que no dio lugar a un momento de reposo a las enfermeras ni a los practicantes.

Sin declararlo así, los médicos se liaron en una sesión permanente, pero ya no resonaron las voces fuertes, las afirmaciones tajantes, se diría que en el tono reservado que se empleaba, se estaba fraguando una conspiración, que se sabía de antemano abortada.

Como quien intenta nadar de noche en un mar oscuro y tempestuoso, ignorando hacia dónde está la costa salvadora, aquellos defensores de la vida: ciegos y desconcertados, cuchicheaban entre ellos, disfrazando con las argucias del hablar científico el tremendo secreto de su impotencia.

De sobra sabían que no habían realmente recursos eficaces y que los experimentos eran la más audaz de las aventuras, o el más cínico de los esfuerzos.

El vagabundo muerto había marcado definitivamente la secuela: a las náuseas seguía el vómito: incontrolable, destructor, como si las entrañas quisieran vaciarse por la boca de aquellos infelices tocados por la calamidad, luego, cuando transcurrieran dos o tres días, agotados por las temperaturas ascendentes y por los sudores copiosos, sobrevendrían las convulsiones, las manchas rojizas sobre la piel: y al final, ¡el estertor y la muerte!

El doctor Artal pasó la mañana al lado de sus colegas, buscando inútilmente entre su compañía mitigar el desconcierto que le invadía. Trató de consolarse recordando cómo cada pueblo, cada raza, en sus momentos más cruciales, como afirmaba la historia, había sabido defenderse de las calamidades. . .

¡Pero a que precio! —se respondió en seguida y volvió a sumirse en un agrio desconsuelo, en aquella inmensa pena, terca y empedernida por aquel amontonamiento de carne inútil donde proliferaban como dentro de un enorme multifamiliar de bacterias, los bacilos huidizos y embozados de la peste.

Pilonó por ahogar tan deprimentes pensamientos; su natura! espíritu de luchador se sublevó ante esa química terrible donde se enseñoreaban el desequilibrio, la discontinuidad, el desorden y el caos. Con pesimismo reconoció que la vida era sólo una marcha convulsa o retardada hacia la muerte; pensó con envidia en los ignorantes, para quienes el no sufrir por anticipado era una ventaja; maldijo esa clarividencia suya que le hacía vislumbrar, cual en una apocalíptica pantalla, cómo los enfermos se arrastraban hacia esa horrible fatalidad que la ciencia no era tan siquiera capaz de detener un poco, ya que el solo intento de frenar la trepidante carrera exacerbaba la cólera del monstruo.

—¡Dr. Artal, una señorita aguarda en el teléfono! —le avisaron.

Por nada se hubiese separado de su obligación, pero Martha, la muchacha que parecía sonreírle eternamente desde un ángulo de su escritorio, era más irresistible que todos los deberes. Atravesó la sala, reprochándose la alegría que en aquellos difíciles momentos le causaba saber

que al otro lado de la línea, aquella voz que amaba, que deseaba oír siempre sobre todas las cosas, estaba ahí, esperándole: animada, fresca, sonriendo para él, como una irresistible caricia.

Llegó hasta un teléfono apartado donde podía conversar lejos del barullo del hospital alterado con la presencia de los alarmados parientes de los internos y de algunos reporteros a caza de alguna noticia impactante.

Martha le respondió con el aire frívolo y despreocupado de quien estaba muy distante de aquel mundo de pesadilla:

—¿Te gustaría que nos viéramos hoy? —propuso con desenfado—. Me llevarás al teatro, iremos a cenar o tal vez a bailar si tengo ganas; y si quieres pasaremos por casa. . . —añadió con exquisita picardía.

Artal no tuvo valor de negarse, él sabía lo que significaba aquella sorpresa inusitada: verla, estar con ella, escucharla, estrecharla, besarla; y si la muchacha estaba de humor, como se lo auguraba, terminar la velada en la grata intimidad de aquel apartamentito que él había hecho instalar pensando más en el hogar que albergara una esposa, que en el nido ocasional donde disfrutar el amor con una amante. Una extraña alegría sintió invadirle, como el entusiasmo de un niño a quien le es permitido comer muchas porciones de postres prohibidos.

—¿Dónde debo pasar a recogerte? —interrogó dinámico.

—En el café de la Avenida Principal. . . estaré esperándote con mis amigos antes del teatro.

Artal sintió el alfilerazo de los celos, el odio instintivo con que solía etiquetar a todos los amigos de la joven, quienes definitivamente solían disfrutar más que él de su compañía, pero sólo se atrevió a musitar más en son de queja que de reproche:

—¡Tengo tantos deseos de verte!. . . Hace más de una semana. . . —balbuceó.

*—Me verás ahora hasta que te canses —contestó ella con burla y desenfado, haciendo gala de su buen humor.

—¡Hasta las seis!

Aclaró Artal, en un débil intento de lograr que la muchacha fuera puntual y no le dejara esjjerando una o dos horas como solía ocurrir.

—Si no llego me esperas, estaré antes del teatro.

Y colgó.

Artal pensó que ni siquiera tuvo tiempo de hablarle acerca del grave problema que confrontaban en el hospital. “¿Para qué preocuparla?”, admitió, disculpándose y disculpándola. Además, ¿qué podía interesarle todo esto?

Con la velocidad de la imaginación recordó aquellos cuatro años, desde que la hubo conocido, ¡ encerraban la parte más romántica y pasional de su vida!; con delectación casi amarga pensó en las innumerables veces que la misteriosa acompañante del doctor Maxim le dejó esperándole en una esquina concurrida, o en la puerta de un cine, con esa fresca despreocupación de quien apenas concede un poco de importancia a semejantes detalles; y él, con insistencia de obseso volvía a llamarla, a enviarle flores, a repetirle la vieja cantinela del enamoramiento, con toda su gama de frasecillas cursis: “Te necesito”, “Eres el amor de mi vida”, “Pienso en ti a todas horas”. . .

Entonces la muchacha solía echarse a reír entre halagada y divertida; y volvían al mismo cuento:

—Te aseguro que esta vez sí que nos veremos. . . ¡Mañana después de la cena me llevarás a bailar! . . .

Y él volvía a ponerse su mejor traje, a estrenar camisa, a pensar en lo que le diría cuando la viera aparecer: cautivante y hermosa, dispuesta a ser su pareja complaciente por unas horas. que él se empeñaba en anticipar que serían las mejores de su vida.

Con verdadero ahinco indagaba en los periódicos: las películas de estreno, las obras teatrales de éxito, los restaurantes campestres con mirador, o los hoteles que ofrecían planes maravillosos para pasar los fines de semana. . . luego llegaba el día de la cita y él se hacía reservar una mesa desde por la mañana en algún cabaret de moda: pero siempre ocurría lo mismo: la muchacha le dejaba recado con alguna enfermera excusándose de no poder asistir, o pretextando cualquier compromiso, o podía suceder que ni siquiera se tomara esa precaución; y él, quien pendiente a cada llamada del conmutador, al final de la tarde daba por hecho que vendría, se iba a quedar de codos en la mesa de un café. saboreando con el negro líquido la amargura, la decepción, mirando con odio a las demás parejas: y envidiando —con los ojos fijos en la puerta— poseer ese fluido

/ magnético que hace mover las mesas de madera a los espiritistas, o motivar a distancia a las personas.

Una tarde, después de hacerle esperar cerca de una hora, cuando ya estaba decidido a consumir su frugal cena en el hospital y a pasar el resto de la noche entre sus libros, la vio llegar metida en unos pantalones informales y con un aire bonachón que contrastaba con la imagen casi fantástica que él había retenido de su amada, desde la noche que la vio por primera vez.

Sencilla y afectuosa, Martha le trató con la lisonjera amabilidad que provenía de su carácter cambiante y de su temperamento voluble. Al separarse con un corto beso, Artal la había considerado su prometida.

¡Nada más distante de la realidad! La muchacha no quería compromisos, deseaba divertir sus días, poseída de un hambre insaciable de vivir. Llevaba en su naturaleza ese anhelo profundo del goce independiente, esa excitación continua por lo nuevo, por lo desconocido, como si sus horas fueran bocados enormes que quisiera atragantar con ímpetu arrollador: las fiestas, las playas, las reuniones, los amigos, en un torbellino voraz y vehemente.

Si bien la suerte de Artal mejoró, pues consiguió verla más a menudo, el médico se percató de que cada entrevista contribuía a envolverle en la tupida maraña de un encantamiento, de cuyas redes no conseguiría escapar, si bien en el fondo, sinceramente tampoco lo deseaba.

A Martha le aburría su insistencia, de la que no estaba oculta la desesperación; y se lo hacía saber sin miramientos. Entonces él, quien cifraba toda su esperanza en el necio tesoro de su estúpida capacidad de amar, contra todo raciocinio, y al

al revés de toda lógica, se sentía dominado por un sentimiento frustrante de humillación donde se activaban soberbios los complejos de inferioridad que casi todos llevamos insepultos y que en el cautivo enamorado afloraban con el vano intento de justificar los desaires de la mujer amada.

Una vez que su ánimo estaba más decaído, mudo y pasmado ante la increíble frialdad de la muchacha, ella se acurrucó a su lado y le besó largamente en los labios. Como quien descorre un velo que cubre transparente y espeso, deleites magníficos, o como quien abre un cofre repleto de piedras preciosas, Artal disfrutó con abrasadora glotonería de aquel placer espléndido, anticipo de insospechadas voluptuosidades. Sintió algo insólitamente húmedo entre la sequedad de su boca, y sorprendido por la inesperada caricia, apenas pudo enterarse de cómo aquella lengua podía conceder al beso el éxtasis maravilloso de la entrega.

Y tuvo otro motivo para amarla más, empezó a desearla con esa impetuosidad fogosa que no conoce el reposo ni la tregua.

Le tomaba las manos, le pasaba los dedos por el pelo o procuraba repegarse contra ella, aprovechando una aglomeración o la oscuridad cómplice de un cine. Pero no consiguió sacarla de aquella pasividad que le hería y le degradaba. Entonces se volvía a refugiarse en el trabajo, asumiendo su papel con la implacable desesperación de quien se aferra a una tabla salvadora en la mitad de un río caudaloso.

Su profesión pudo compensarle salvándole de las dudas, de la pasión, del torpe infortunio de no ser plenamente correspondido, como a los cruzados les salvaba el Santo Sepulcro de los superticiosos terrores de la Edad Media.

IV

—Tratamos de seguir su táctica —aseguró el doctor Constantini.

Mientras no tengamos una respuesta en firme del laboratorio, lo mejor será ahorrarles sufrimientos. He conseguido hacer bajar la temperatura a la muchacha. ¡ Si pudiéramos detener el vómito! . . . Les desgarran las entrañas —añadió.

—¡Haremos lo que se pueda! —sentenció Artal—. ¡Siento tener que dejarle con ellos!

—¿Tan urgente es? . . . Interrogó el italiano.

—Estaré mañana a primera hora —prometió solemne.

El peninsular abrió los brazos con aire teatral y resignado.

Sor Concepción creyó oportuno intervenir:

—El doctor apenas ha dormido unas horas la última noche. ¡Nunca le he visto tan fatigado! . . .

Su jerarquía de jefe de enfermeras le permitía hablar así.

Constantini cedió comedido:

—Descanse usted lo más que pueda, el doctor Maxim nos dará una mano.

Sor Concepción miró con indulgencia al galeno, ella sabía que aquel esclavo del deber, aquel apasionado de la lucha interminable contra el dolor sólo tenía una excusa: algo que iba más lejos de su voluntad, algo que le volvía tan vulnerable y humano, que le provocaba en su estéril sequedad de religiosa una desbordadora simpatía hacia aquel cruzado del amor restringido, que se negaba el descanso, que solía renunciar al desayuno por concluir una operación, contentándose con medio vaso de jugo, o compartiendo muchas veces el té tibio que hallaba en la mesa de noche de sus enfermos, pero que era incapaz de prescindir del inenabarcable placer de verla; y su intuición de mujer habituada a trabajar hombro con hombro junto al galeno, a sus depresiones frecuentes, a sus arrebatos de alegría sin causa aparente, a toda esa gama de humores cambiantes a que suele sometemos el amor, le avisó que en medio de la tormenta que se cernía, aquel defensor implacable de la vida precisaba el único impulso capaz de sostenerle, como los héroes necesitan contemplar el hogar patrio antes de entregar la vida rechazando al invasor; y oró en silencio, porque la muchacha de la fotografía fuera buena con él en aquella hora y Artal concentrado y tan pronto volviera con la fórmula milagrosa capaz de detener aquella calamidad cruel.

Veinte minutos después, un pequeño auto se estacionaba frente a un café discreto situado en la Avenida Principal. El doctor Artal descendió pulcro y bien vestido, le sorprendió ver la ciudad con esa aparente normalidad que suele esconder astuta. las grandes tragedias.

El ácido acetil-salisílico había conseguido reanimarlo, las gafas oscuras cumplían a maravilla su improvisado disimulo, ocultando las profundas ojeras que le surcaban los ojos: y en el rostro ligeramente amarillento, la cuidadosa afeitada se complementaba con el agradable aroma de una loción varonil.

Fue a instalarse en una mesa del fondo, desdoblado mecánicamente un periódico con que disimular su inquietud.

El camarero solícito se acercó ofreciéndole la minuta, pero él la rechazó con un gesto encargándole un trago de Dubonet. Se quedó meditando con sorpresa sobre su propio pedido, pero reconvino que para su organismo adormecido de fatiga no había bastado el duchazo helado y él quería siempre aparecer ante ella: agradable, seguro, con ese atildamiento premeditado, que se detiene en todos los detalles como si en la búsqueda constante de impresionar, desconfiara del error más mínimo. En su nerviosismo Artal repasaba sus actitudes, la conversación que podía interesarle, removiendo entre sus recuerdos las simpatías de la muchacha y cuidándose con un afán extremoso de no contradecirla jamás, como si temiera que una sola arruga de su traje bastara para quebrar aquel lazo tan débil que los unía, como se rompe una pompa de jabón.

Muchas veces había intentado ensayar un roll moderadamente desdeñoso con que picar a la chica, pero al final siempre regresaba a su antiguo papel de siervo devoto que él mismo se reprochaba después y del que ella apenas parecía enterarse.

Entonces él le llamaba ofreciéndole un alud de disculpas y reiterándole el juramento de vivir adorándola. Martha le escuchaba a veces aturdida y otras francamente disgustada, no definitivamente ella no necesitaba esa porción desmesurada de juramentos, de protestas. “¡No soy mujer para estas cosas! —le aseguraba— ¡Me gustaría que me quisieras con serenidad!” Y Artal creía encontrar en ese reproche el repudio de la muchacha. “Si estuviese enamorada —suponía él— seguramente habría de halagarla mucho el saber que yo la quiero con todas las fuerzas de que soy capaz, pero he ahí: no me quiere y mi devoción le choca cuando no la aflige. Entonces, como si tratara de evitarle el peso de su presencia, Artal se iba a alojar en la cárcel de sus sentimientos, solo y triste, esperando que a ella se le olvidara lo que le había disgustado y le llamara alegre y despreocupada; cuando el olvido se hacía demasiado largo su constancia volvía a obrar la cohesión y él, tan seguro y consciente en el quirófano, volvía a ella con un aire de perro apaleado, con esa feliz sumisión de quien no quiere escapar al amo, de quien no conoce la rebeldía, ni piensa en huir y sólo demanda a cambio de su esclavitud, de la lealtad, de la entrega, la migajas de una ilusoria felicidad, el consuelo de mirar una tarde de en medio de la semana a la mujer ainada, seguro de que el domingo es para otro hombre, aunque ella pretenda disfrazarlo diciendo que tiene un compromiso. . . los fugaces segundos de una llamada telefónica, que se espera horas y que después fingiendo un acomedimiento insincero, se corta diciendo: —Ya no te molesto más, estarás ocupada. Discúlpame haberte distraído. . . pero tenía muchos deseos de saber de tí. . .

Y ella colgaba el auricular decidida, dejándole flotar en esa gran mentira:

¡Tenía muchos deseos de saber de ti! . . . en lugar de decirle:

“¡Estoy muriendo por oír tu voz! . . . la necesito para seguir viviendo. Necesito saber si no te has hartado de mí. ¡Si no vas a terminarme ahora mismo, o mañana! Si a cambio de olvidar que tienes una fiesta esta noche, que sales hoy con un hombre, que te verás mañana con un amigo. . . yo, el que no alcanzaría a conformarse con toda tu vida, el que no se llenaría nunca de ti, el que dejaría todo por correr a verte, todo: los enfermos y las intervenciones. . . los honores y el dinero, la vida

honesto y la abnegación. . . yo, a cambio de aceptar ser el último a cambio de fingirme liberal para contemporizar con tu libertinaje, a cambio de la muda aceptación de compartirme. . . yo! . . . ¡puedo aspirar a la infinita felicidad de volver a ver-

* 'l ”

te! . . .

El camarero dejó silencioso la copa de Dubonet, Artal parapetado tras la trinchera de su indiferencia, no pareció importunarse, consultó el reloj con aire ausente.

—¡Con tal que llegue para la hora de la función! —masculló, intentando tranquilizarse.

—¿Y si yo hubiese confundido la hora? . . . Se dejó llevar por el repentino temor. No. Ella dijo que deseaba ir al teatro.

Y yo hice las reservaciones. La monja se dio cuenta, dirá que casi es un sacrilegio. . . ¡ir al teatro cuando esto se pone tan nial! . . . pero en el fondo le simpatizó —admitió— ella sabe que sólo abandonaría el hospital en semejantes circunstancias por esa muchacha. . . Y se solazó en la última palabra, recreándose en la imagen que acudía a su pensamiento cuando recordaba a Martha.

Vació la copa en los labios secos, volvió a ver el reloj que caminaba con una lentitud pasmosa, como si el pequeño minuto se hubiera confabulado contra el tiempo. Hojeó el periódico, buscando con rápida mirada alguna noticia sobre la epidemia, pero apenas encontró en la edición de la noche unas líneas recomendando a la gente no alarmarse. “¡Cretinos! —pensó. ¡No se imaginan lo que es esto! . . . ¡No alarmarse! . . . ¡No alarmarse! . . . ¡Y esos pobres morirán seguramente! . . . mientras yo estoy aquí. . . —aceptó con amargura y arrepentimiento ¿Pero que podría hacer? . . . aunque me la hubiese pasado como lo hice con el primero. . . ¡Aquí al menos la estoy aguardando! . . . Creo que vendrá. . . ¡Tiene que venir! . . . ¡Tengo que verla! . . .” — Pensó con todas sus fuerzas, como si su mente la llamara con toda su potencia, luego, en un descuido, las palabras brotaron espontáneas de sus labios y repitió por lo bajo: ¡Tiene que venir! cual si al conjuro de este deseo, la muchacha, estuviese donde fuera, lo pudiera escuchar y se levantara de la mesa de otro café, o de la alegre siesta después de la ducha, y viniera, viniera, obediéndole como un robot.

El camarero al oírle susurrar aquellas palabras acudió nuevamente; Artal, sorprendido en esa fea manía de hablar solo, se vio obligado a pedir un segundo Dubonet. Trató de pensar en otra cosa, buscando alejar su mente de la obsesión que la sujetaba: “El bacilo de la peste es incubado por microbios. Los microbios pueden ser; virus, rickettsias, bacterias, actinomicetos o protozoos. . . Pasteur, fisiólogo francés, creador de la vacuna antirrábica, los descubrió en 1878. . . aunque los médicos Griegos y tal vez los Hebreos, los Egipcios y los Sumerios los habían intuido, sin lograr desenmascararlos. Pasteur pudo hacerlo gracias a un microscopio más perfeccionado. El microscopio ha sido uno de los salvaguardas de la humanidad más eficaces, pero sólo se ha aplicado en toda su valía durante los últimos treinta años.

‘ La humanidad ha sufrido desde tiempo inmemorial cientos de infecciones, los Egipcios conocieron la elephantiasis, esta terrible enfermedad los despedazaba y la contraían posiblemente en las inmediaciones de la isla Elefantina, a cuyas aguas ¡ oh paradoja! se atribuían poderes mágicos y curativos. . . esto tal vez habrá sido posible gracias a la enorme cantidad de virus que habrán llevado consigo las aguas contaminadas y putrefactas, entablándose esa lucha interminable de unos microbios contra otros. Esta primitiva forma de los antibióticos puede haberles sanado, o tal vez, y habrá sido lo más seguro, aumentaban sus males con nuevas infecciones más terribles. .

El camarero dejó una nueva copa de Dubonet, Artal apenas rozó el cristal con la punta de los labios.

“Los Babilonios supieron el horror de las infecciones y consagraron un culto a Belcebú, a quien reverenciaban llamándole Dios de las moscas, tanto era su poder que para aplacarle no

vacilaban en sacrificar niños y jóvenes. . . y los Hebreos sufrieron por igual el flagelo de la lepra, en vano intentaron curarla con una yerba casi milagrosa: la efedra, el Talmud se refiere con frecuencia a ella. La lepra se incubaba de cuatro a diez años: ante la posibilidad del contagio los médicos recomendaban no tocar al enfermo, ni su cuerpo, ni sus ropas, aislándole sin compasión. . . los Griegos llamaron a la lepra leuke, por el blanco color de las ulceraciones. . . ”
Dió otro sorbo al Dubonet y continuó sumido en su cavilación.

“La peste vino de Asia y Africa. La trajeron los cruzados a Europa a fines del siglo XIII, hizo terribles estragos y nunca se ha hallado un medio realmente eficaz para combatirla. Casi desapareció por completo, como si el hombre se hubiese inmunizado repentinamente a ella. Trataban de curarla con un^is plantas que venían de la India, pero los rebeldes bubones proliferaban entre los ambientes saturados de la miseria más degradante e infrahumana. ”

por un momento Artal consiguió sumergirse en el abismo tenebroso de las enfermedades. Entonces, se preguntó:

¿Dónde está ese maravilloso mecanismo de autodefensa del hombre? . . .

¿Esa tan ensalzada inteligencia celular que convierte en un reactor químico a cada célula? . . . ¿dónde están esos pequeños ¿evoradores de virus malignos: los micrófagos? . . . ¿Y los leucocitos? . . . esa policía de treinta mil millones de diminutos seres. . .

Y respondiéndose a la pregunta, admitió horrorizado:

¡ Son insuficientes! . . . Entonces, Belcebú, el nefasto dios de las moscas, aún hace de las suyas. . . y los microbios, esos microbios eternamente hambrientos, van a darse el más extraordinario festín, el hartazgo del siglo que sea capaz de mitigar su endiablada hambre contenida por decenas. . . ¡Ah! . . . ¡Si existiera un antibiótico universal que los exterminara a todos para siempre!

—Señor, la señorita está al teléfono. . . Dijo el amable camarero, mientras le acercaba a la mesa el aparato,

Artal percibió entre la sorpresa, esa complicidad amable del sirviente que le había dicho: ‘la señorita’ ¿luego él sabía que estaba en espera de una muchacha? Tomó la bocina y la voz de Martha se escuchó fresca y despreocupada, como la estrepitosa cadencia de una cascada:

— ¡Estoy frente al Teatro Nacional, en un cuarto de hora comienza “El Lago de los Cisnes”. Tchaikowsky me vuelve loca. Decidí que ya está bien de ver películas yanquis de gangsters o las revistas del Olympia con mujeres desnudas que tú puedes ver cuando quieras con tus amigos. Desde hoy hemos de preferir los espectáculos serios. Vendrás por mi inmediatamente. Tengo en la mano las localidades, no muy buenas por cierto, he llegado demasiado tarde pues hay un tráfico endemoniado en las calles interrumpidas en cada cruce por esas ambulancias latosas llevando gente enferma de una epidemia o algo así. . . Maxim no me había dicho nada, ni tú tampoco. . . ¿Vendrás enseguida? . . .

—De acuerdo, respondió Artal, sin saber más qué responder ante el alud vertiginoso de las palabras.

Se levantó bruscamente como si pretendiera de un paso llegar hasta el pórtico del Teatro Nacional, dejó el importe de la consumición y partió de prisa. Apenas se había enterado de esa mal disimulada familiaridad con que la muchacha trataba al doctor

Maxim, e intentando acortar el momento de verla, aceleró su auto con impaciencia.

El ulular monótono de una sirena se dejó escuchar a lo lejos, con un triste lamento.

“¡Son ellos! —pensó Artal— ¡Más contaminados!,. . . ”

Y se mordió el labio inferior con desesperación.

El Teatro Nacional estaba rebosante de espectadores, si bien el excesivo calor hacía desplegar más de un abanico. La música de Tchaikowsky mantenía al auditorio absorto: su influjo romántico, amalgama de lo Germano y lo Ruso, vibraba como una onda sonora que se multiplicara, como se extienden los círculos concéntricos en las aguas: el lirismo del inmortal compositor se expresaba con elocuencia en aquella melodía, leit-motiv del Lago de los Cisnes, que parecía emerger del encantamiento con la frágil ligereza de las alas blanquísimas del ave, para irse a posar en aquel lago de mitología rodeado de bosques fantásticos, con suavidad imperturbable y graciosa con que se desliza fácil y erguida, lo mismo en las olas que en la imaginación, la pluma impecable impregnada de misterio.

La bailarina, como figura esculpida en alabastro, magnetizaba con la armonía alada de sus piernas, embelesada en su arte magnífico, electrizada por la exaltación lánguidamente enfermiza de la preciosa caja de sonidos de un violín construido con las nostalgias que dejó en las madres del árbol primigenio el canto de un pájaro huidizo y emigrante, versátil y lejano, que se perdió en la inmensidad del horizonte, dejando indiferente el nido solo y el árbol vacío. La punta de sus pies apenas parecía rozar el escenario, convertido repentinamente en un miraje ensoñador, en aquel etéreo universo de belleza, creado por esa conjunción admirable del cuerpo y del sonido. ¡Qué lejos quedaban las cosas terrestres: los dolores y las dudas, la muerte y las frustraciones! Todo lo que hace sufrir al hombre parecía diluirse en el imán aspirador, devorante de todo lo triste y lo feo que anida en el mundo, para ser devuelto, mediante una fabulosa alquimia en un derroche inacabable de belleza.

Los cisnes: sincronizados, prodigiosos, aprisionados en el vals, danzaban bajo el hechizo de una luna espléndida, que plateaba la incandescencia marmórea de las piernas desnudas, haciendo más blanco lo blanco, y más sutil lo etéreo.

Artal asistía aturdido y fascinado, dejándose llevar por aquella fantasía extenuante, que envolvía delicada sus sentidos. ¡ Sólo quienes han ainado pueden entender profundamente el arte! —se decía— y aspiró con la ritual emoción de un éxtasis, el perfume de aquella diosa idolatrada y Uránica, que le había hecho vislumbrar la suprema emoción del amor. Se volvió hacia ella, sonriéndole agradecido. Martha le miró con una ternura desusual!, como si por primera vez hubiese encontrado más elocuencia en aquella mirada que en todas las palabras con que inútilmente había intentado conquistarla. Le tomó la mano apretándosela con energía, Artal sintió que sus fuerzas fallaban y no podía controlar un segundo más las lágrimas, ¡ eran lágrimas de felicidad!. . . nunca recibieron mejor premio sus manos: entrenadas en el bisturí, en la exploración, en el deber que exigía seguridad y prudencia, aun cuando les atenazara el miedo y la duda, que cuando ella las había dejado encerrar en el fraterno estuche de la tibieza de su palma, en la suavidad beatífica de sus falanges. Era el premio, el supremo premio para su vida de soledad y de esfuerzo. la compensación por sus ascos reprimidos, por sus desvanecimientos ante el fantasma avorazado e inescrupuloso de la muerte.

Y comprendió que el amor es divino, porque es lo único eterno. El con su amor, con su gran amor, quería vivir siempre, ocupando una partícula infinitesimal en el incommensurable espacio de la eternidad ilimitada.

De pronto, una mutación que anunciaron las percusiones y los metales de la orquesta se sucedió con la rapidez inequívoca del relámpago, el brujo volvía a hacer de las suvas, la bailarina transformada en cisne, danzaba en la noche Walpúrgica, con la impavidez hipnótica que no alteraba el horror de los truenos; la melodía alterada subrayaba su angustia casi epiléptica; el héroe maltrecho y furioso iba en busca de aquel émulo demoníaco que trocaba la carne en pluma y los labios venerados en un pico de cisne.

¡Luchaban ante el estupor que coreaba el corps de ballet; y al final ¡Oh poder increíble del amor!. . . ¡Oh fuerza infinita, fluido verdadero de Dios desparramado en el corazón de los hombres, que los convierte en vencedores merced a ese coraje santo! ¡Vencía!. . . ¡Vencía,

rompiendo todos los encantamientos. exterminando todos los maleficios; y en una aurora espléndida, como emanada del primer día de la Creación, el impávido cisne volvía a convertirse en la dulcísima princesa, rescatada para siempre del malhechor dominio; y en una danza amorosa

y sublime iban a rubricar su apoteosis de amor, despertando a la eternidad de la caricia, en un dúo vencedor y fecundo, eternamente triunfador, ¡perennemente nuevo!

El telón descendió con la grávida pesadez de su terciopelo encamado, dividiendo las fronteras de lo ilusorio y lo real. Artal despertó con esa brusquedad inmisericorde con que suele arrancarnos la realidad brutal, de los sueños complacientes. Martha se levantó de la butaca y él se sintió confortado ante la proximidad de la muchacha. No estaba solo. ¡ La princesa que solía trastocarse en el cisne, estaba ahí con él: real y tangible! . . . ¡No había huido en la repentina oscuridad del escenario, que ahora estaría descamado y silente, mostrando en el papel pintarrajeado los restos del follaje magnífico, y en un espejo escarapelado la grotesca simulación de un lago cristalino.

¡ El cisne no era la ilusión que se estaría desnudando del encanto, en la transición de un camerino! . . . ¡El cisne estaba ahí: pleno y rebosante, en esa majestad magnífica de la mujer! Artal se preguntó por el brujo. . . ¿Y qué sería del brujo, de aquel símbolo del mal, de aquel dios de las moscas, perpetua amenaza contra el amor y la vida, contra Dios y la eternidad. . . entonces, alumbrado de una repentina lucidez, su mente retomó al infierno del hospital, donde estarían ya agonizantes los señalados por el verdugo implacable de la peste. ¡ La peste era el brujo! . . . ¡El enemigo mortal de los hombres, el hacedor incansable de desdichas! . . . y Artal tuvo miedo, un miedo escalofriante y atormentador que le revelaba a su amada como un polluelo desvalido, que él con su cariño y con su ciencia era incapaz de amparar. Y sintió pena, una nueva oleada de pena: más profunda, más doliente, que la que le había inundado ante la vista del infeliz vagabundo obstinado en repetir aquel nombre siniestro: ¡Azrael!

—¡Tengo hambre! —confesó la chica.

—Iremos a un restaurante. —Propuso Artal con galantería.

—¡Oh no! prefiero algo mucho más informal. ¿Qué te parece un sandwich y una cerveza bien helada en casa?

Martha solía llamar “casa” al apartamento que el impetuoso médico insistía en ofrecerle, obsesionado en el intento, hasta entonces sin fortuna, de retenerla para siempre, previa ceremonia en el Registro Civil.

“¡Yo soy más libre que un pájaro!” le había respondido entonces.

Artal presenció la caída de sus sueños, como un haz de naipes que se desploma. Imperturbable ante su mala suerte, apenas protestó por tener que continuar pagando los muebles, la alfombra, la modesta hielera, las lámparas, que él con un afán casi avaricioso había ido adquiriendo con sus modestos honorarios.

Martha lo rehusó aclarándole que jamás había deseado realmente casarse con nadie, quizás cuando era muy joven y se había hecho novia de un muchacho, al que según recordaba creía haber querido mucho, pero después, ¡ nunca volvió a pensar en ello! ni siquiera una o dos veces que llegó a enamorarse seriamente. Artal quedó anonadado y triste. Seguro de que no habría de llegar a querer a ninguna otra mujer, apenas protestó por el desaire, mas no se inmutó, consolándose con la perspectiva de continuarla viendo y cifrando en la esperanza la remota posibilidad de convencerla algún día.

La muchacha parecía enternecerse por su devoción y le explicaba a entender vagamente que acaso su constancia conseguiría ablandarla algún día:

“¡Si me decidiera a vivir contigo, sería sin pensarlo mucho! . . . simplemente me cambio de casa ¡y ya está! . . .

Artal se ingeniaba para tomarle la palabra, pero en la siguiente entrevista ella había mudado totalmente de parecer:

¡He pasado mi vida luchando por conseguir mi libertad! . . .

Y no estoy dispuesta a sacrificarla por nada. ¡ Tienes que quererme como soy! . . . ¡Yo no nací para ser sujeta! ¡Quiero vivir a mi manera, disponer de mi tiempo, disfrutar mi juventud, conseguir todo cuanto ambiciono, ser yo misma en todo momento y no depender de nadie! . . .”

Artal guardaba silencio y ella le hacía ver que la evolución de la época arrastraba consigo a la mujer, quien se desquitaba de la esclavitud degradante de los siglos, para emerger voluntariosa y suficiente. “¡Era mejor ser libre que ser amada! ¡El amor es la más absorbente de las sujeciones!”

Finalmente, el médico se resignó a verla cuando ella tenía deseos de ir al cinematógrafo, al teatro, o simplemente a conversar en un café.

En el fondo Artal confiaba en llegar a convertirse en una celebridad, cuyo prestigio terminara por deslumbrar a la muchacha, mientras tanto se contentó con esas relaciones ambiguas que oscilan entre la amistad y un noviazgo insinuado, aunque nunca se atrevió a presentarla como su prometida ante los amigos ocasionales con que se topaba en sus espaciados encuentros.

Martha se dejaba querer, agradecía con una sonrisa una flor o un presente del galeno, pero se incomodaba cuando éste insistía en que se quedara por más tiempo. No obstante, la innata curiosidad de la mujer se convirtió en su aliado intempestivamente.

Una tarde Martha accedió a conocer el apartamento, aunque siempre se obstinaba en hacerle rabiar diciéndole:

“¡ Es tu casa! . . . tu apartamento de soltero”.

Inútilmente Artal le hizo ver muchas veces que él prefería vivir en el hospital. Ahí encontraba: abrigo, comida y trabajo. ¿Para qué vivir entonces en una casa: aislado, lejos de su quehacer, y recordando con la mujer amada el desdén que tanto le hería?. . . Además, ¿no había él adquirido aquel modesto mobiliario por y para ella?. . . ninguno de aquellos objetos, que procuraba conservar con su apariencia de nuevos le pertenecía, es decir, podía compartirlos siempre y cuando ella estuviera a su lado. Después de interminables disputas, y ante la terquedad de su pretendiente, Martha le sugirió que se deshiciera del improvisado hogar, Artal se exasperó ante una exigencia que consideraba como la liquidación de sus últimas esperanzas y acordaron mejor no volver a hablar de ello. Pero a pesar de todo, Artal nunca contó con un factor: llámese casualidad o suerte. Esa tarde, pasaron cerca de ahí y ella faltando a lo convenido le preguntó si aún seguía conservando tan singular capricho; Artal le respondió que había decidido esperarla siempre; la muchacha entre satisfecha y disgustada le soltó algo así como: “¡Eres un necio!”; pero le pidió que la llevara a conocer el discutido apartamento, apenas encontraron unas latas de mermelada, que no pudieron comer pues no había con qué abrirlas. El médico quien al principio se volvía locuaz enseñándole sus adquisiciones, fue decayendo poco a poco hasta desembocar en un mutismo triste; la chica^ mientras tanto, iba y venía interesada en la bañera, la instalación eléctrica, los tubos del gas, o los picaportes de las ventanas; abrió cajones, examinó sábanas y comprobó con su habitual agudeza que realmente nada había sido usado nunca. ¡ Aquel rincón era en verdad como un santuario donde ella era la diosa, la única, la esperada!

Artal fue a sentarse a los pies de la cama: mudo, tenso, cabizbajo, dichoso porque aquellos pies adorados habían hollado el umbral de sus sueños, pero como suele ocurrir, anticipadamente desventurado por la perspectiva de que transcurridos unos minutos, o a lo sumo una hora, ella habría de marcharse; y aquel nido, que él pretendía fuera remanso de amor, volvería a quedar: solo, frío, ¡ sumergido en el triste desencanto de las cosas abandonadas, inertes, vacías!

Martha se acercó hacia él enríente y melosa, Artal nunca podrá olvidar que llevaba un traje sastre color marfil, se quitó el saquito que dejó caer con ademán distraído en un sillón y se soltó el pelo con un movimiento rápido y gracioso, Artal apenas la vela, encerrado en el caos de su

sen ti mentalidad, entonces ella le tocó el hombro con la punta de los dedos, mientras le susurraba con una voz desconocida:

“¡Anda! ¿es que no piensas desnudarte?!”

Y empezó a desabrocharse la blusa, Artal se levantó como impulsado por un resorte:

“La piedad es el disolvente más rápido del amor, Es el témpano que congela todas las frialdades. Yo no la quiero Martha, ¡yo te quiero a ti!!”

Ella no le dejó terminar, puso su manecita sobre los labios rebeldes, diciéndole suavemente:

“¡Cállate bobo! ¿Tú crees que yo me acuesto por piedad?”

Y el la amó. La amó con toda la fuerza de su pasión, con toda la entrega que un hombre es capaz de poner en el más deseado de los abrazos.

Y desde entonces cuando ambos decían: “Vamos a casa”, se referían al acogedor apartamento.

Aquella noche después del teatro, la pareja se abasteció de emparedados y latas de cerveza helada, llegaron de puntillas al apartamento, temerosos de despertar a los indiferentes vecinos, que apenas sí se enteraban de que el número ocho permanecía siempre oscuro y cerrado.

Artal encendió todas las luces, como quien se prepara a recibir a un personaje, pero Martha prefirió quedar en la penumbra, con la incierta luz de la lámpara de pie que iluminaba débilmente la pequeña estancia.

Con aire cansado se deshizo de los zapatos, dejándose caer en el mullido sofá. Artal abrió dos latas de cerveza y el ambarino contenido los reanimó instantáneamente.

Martha con los labios ribeteados de espuma empezó a devorar con buen apetito su improvisada cena.

— ¡Te lo dije! —insistía—, de hoy en adelante, nada de películas de vaqueros, ni de comedias yanquis dizque graciosas. ¡Iremos siempre al ballet, a los conciertos, a la ópera!

Artal sentado a su izquierda acariciaba los cabellos de su novia, recorriendo aquella frente, en cuyo marfil cincelado solía incrustar la devoción del beso.

—Podríamos escuchar un poco de música. . .

Sugirió ella.

Artal se dirigió hasta el receptor de radio. Mientras él estaba de espaldas sintonizando una onda agradable, la joven ensayó lo que no dudaba iba a ser para su enamorado una pésima noticia:

—¿Sabes? —le dijo, como prestando poca atención a sus palabras—, me voy unos días a la playa. ¿Te seguiré gustando incluso un poco bronccadita? Insinuó con hábil coquetería.

Sin volverse Artal simulando serenidad le preguntó:

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No sé —respondió—. ¿Para que decirte una mentira? . . .

¡ A la buena me quedo dos o tres semanas, o me aburro a los primeros días y me regreso!

Repentinamente la radio empezó a funcionar con estrépito:

¿Quieres despertar a todos los vecinos? —protestó irritada. Artal buscó la manija del volumen, pero la voz del locutor se dejó escuchar con ansiedad:

“Interrumpimos nuestra transmisión para comunicarles que durante las últimas horas se han registrado dieciocho casos más de personas afectadas por la epidemia que con tan enconada virulencia se ha desatado en la ciudad. Hasta el momento suman ya cerca de cincuenta las víctimas de este extraño padecimiento. Los enfermos se encuentran internados en el Hospital Municipal. Se espera que en las primeras horas de la mañana el Cuevo Médico emitirá un comunicado recomendando precauciones. . .”

Artal se puso pálido. Oprimió el botón con violencia angustiosa y se volvió hacia Martha, mirándola con doliente intensidad :

—¡No hay música! —dijo moviendo los brazos con ademán de disculparse,
¡ Es preciso que te vayas mañana mismo! ¡ Que salga? de esto cuanto antes!
Ella le miró desconcertada y habló en tono de broma:

—¿Es que me estás corriendo?

Entonces él fue hacia ella, como un niño que buscara refugiarse desesperadamente en el pecho de su madre:

—¡ Vete Martha! . . . ¡ Vete por Dios! . . . ¡ Esto va a ser un infierno! . . . No quería hablarte de ello, ¡pero estamos sin armas ante la peor de las calamidades! ¡Nadie sabe hacer nada! . . . ¡Nadie puede hacer nada! Reconoció con desesperación.

—¡ Por Dios! ¡ Qué trágico te has puesto! —contestó Martha—No creo que vaya a durar. . . ¡Es que la gente es muy desaseada! . . . o tal vez el agua. . .

Artal se levantó convencido de que lo mejor era no meterse en explicaciones. Fue hasta una consola que abrió con una llave pequeña y extrajo un fajo de billetes:

—Es lo que me queda —agregó con humildad—. Yo lo había dejado aquí. . . en espera de que algún día tú quisieras. . . Perdóname que insista, ya se que no quieres hablar de ello. . .

—Entonces, ¿ya no quieres casarte conmigo? . . .

—¡ Martha! —suplicó él—. ¡ Te quiero más que a mi vida, más que todo lo que pude haber querido! Pero ahora, es mejor que te marches unos días. . .

Después de todo, tú habías pensado ir de vacaciones. . . las prolongas un poco, mientras esto termina.

—Pero voy a gastarme tus ahorros. . . ¡Y después no tendrás un níquel para casarnos!

Artal la vio con la resignación que debe contemplarse un sueño querido, pero alejado e imposible.

—¿Has hecho ya tu resonación? —la interrogó.

—¡ Sí. . . y no! Quería irme, pero como no sabía la cara que- ibas a ponerme, , .

Artal tomó suavemente con sus manos las sienes de la bienamada; y sonriéndole cariñoso, mucho más tranquilo sentenció:

—Yo quiero siempre lo que tú deseas. . . Ve a divertirte mucho. Yo debo trabajar ahora; y cuando regreses tendrás que resarcirme por todo el tiempo que no te haya visto.

Marcó un número telefónico y solicitó un pasaje hacia la costa para el día siguiente.

VI

En las primeras horas de la mañana, Artal condujo a su novia al aeropuerto. La muchacha protestó débilmente alegando que pensaba partir después de tres o cuatro días en compañía de algunos amigos, pero terminó por rendirse ante la tierna solicitud de! galeno.

En el fondo, Martha, como suele suceder a la mayoría de las gentes, se creía invulnerable al contagio y no tenía la más remota idea de sus consecuencias.

En el aeropuerto apenas se notaba alguna ligera anormalidad. El vuelo de las siete estaba completo y los pasajeros, algunos con excesivo equipaje, peleaban por un sitio con los empleados del mostrador. ¿Es que realmente se trataba de una huida en masa? ¿O simplemente eran vacacionistas buscando un poco de aire fresco? . . . Si era lo último, ¿por qué llevaban tal

exceso de maletas? . . . para las playas se llevan únicamente ropas ligeras. . . Martha convino en que todo aquello era muy sospechoso. Un grupo de norteamericanos que acababan de arribar, se enteraron del brote de la epidemia y decidieron regresarse inmediatamente.

Artal acompañó a la chica hasta la sala de salida, y ella se volvió para despedirse con un beso corto y desabrido. Él hubiera querido escuchar la promesa de que pronto le escribiría o le llamaría por teléfono, pero Martha se conocía demasiado: era inconstante, voluble; cuando él enfiló su coche nuevamente hacia el hospital, admitió con tristeza que apenas volvería a recordarlo. “¡Quién sabe si vuelva a verla!” —se lamentó—. ¡ Antes, por lo menos, tenía la esperanza de pasar a su lado unas horas cada semana! . . . pero ahora. . . ¿Quién puede saber lo que durará esta maldita enfermedad? . . . 51

Sus sospechas se iban a confirmar con creces. En el hospital una actividad desusada lo alarmó, seis o siete ambulancias llegaban con más inoculados. La dirección había dispuesto cuatro salas para alojar a los pestíferos, se cancelaban las consultas externas en casi todas las especialidades y se posponían indefinidamente las intervenciones que no fueran muy urgentes. A la mayoría del cuerpo médico, enfermeras y religiosas, se les destinó para atender a los hospitalizados víctimas del terrible bacilo, se tomaron las más severas medidas profilácticas y se prohibieron terminantemente las visitas.

Para el doctor Artal el aislamiento, aunque necesario, le parecía inhumano, pues exponían a aquellos infelices a morir prácticamente solos, sin el consuelo de la presencia de sus familiares o amigos, pero se abrigan muy serios temores de que el contagio aumentara, ahí mismo, en el campo de batalla, donde pretendía librarse la más implacable y enconada lucha contra la muerte.

El doctor Constantini salió al encuentro de Artal para informarle que sumaban cerca de ciento cincuenta los inoculados y que se estaba probando en algunos un antibiótico que parecía apuntar, si no una esperanza de alivio, cuando menos una muerte menos violenta y dolorosa. En un solo caso la administración de drogas había surtido un halagador resultado, se trataba de una muchacha joven y hermosa, a quien se le había conseguido frenar el vómito, y que a pesar de continuar con una fiebre muy elevada, tenía aún momentos de inexplicable lucidez.

Artal se puso su bata y fue a inspeccionar en compañía del italiano y otros médicos a cada uno de los pacientes.

La sorpresa lo hizo estremecerse. En dos largas filas yacía entre gemidos, convulsiones y el más enconado de los vómitos, aquel primer racimo humano, elemento viviente de contagio, que dentro de unas horas iría irremisiblemente a pagar su tributo de carne atormentada, al despiadado e intransigente demonio de la peste.

¡Es increíble! —admitió—. ¡Apenas hace sólo unas horas! . . . —agregó a modo de excusa.

El doctor Maxim salió a su encuentro.

—Estuvieron llegando toda la noche —explicó.

Artal oprimió la mano que le tendía con ademán torpe.

—¡Lo siento! —se disculpó—. No supuse que esto se desencadenaría con tanta rapidez.

Sor Concepción intervino amable:

—¿Consiguió descansar un poco doctor?

—Sí, Madre. Permaneceré ahora en mi puesto, todo el tiempo necesario.

— ¡En el laboratorio hacen lo más que pueden! —dijo Maxim con desgano—. Es necesario

tomar todas las precauciones posibles. He solicitado una entrevista urgente con el Alcalde, necesitamos el total apoyo de las autoridades, de lo contrario no va a ser suficiente este hospital, ¡ni todos los hospitales del país juntos! . . .

Artal lo vio alejarse seguido de dos de sus ayudantes. Mientras continuaba la visita seguía meditando: ¿Era acaso que le tocaba el infortunio de presenciar una de esas horribles pesadillas que tanto ha padecido la humanidad? . . . ¿La fiebre de los pantanos? . . . ¿La peste de Tulare? . . . ¿Las hecatombes producidas por mosquitos, o por emanaciones y miasmas mortíferos como la malaria? . . . en tal caso, poca cosa podían hacer los biólogos, los químicos, los fisiólogos y anatomistas, los bacteriólogos e investigadores.

. Al tal se detuvo delante de una cama indagando algún indicio alentador en la gráfica que era solamente como una etiqueta y anticipada de la muerte. Cuando al fin se con>i- ^era identificar y aislar el terrible bacilo, se estaría apenas menzando a desenmascarar el poder del embozado enemigo.

basLn-lCr °i estar: en la fruta, en las legumbres, en la ra, en el agua, en el aliento, en cualquier sustancia descompuesta o incluso en el néctar de las flores. . . la nariz y la boca podían constituir la entrada ideal de esos mortales intrusos.

Aquello era una calamidad mayor que la que generaban los bacilos de la gripe, los gonococos o los treponemas agentes de la sífilis. Con horror recordó los espantosos estragos que causara la peste de roedores que diezmó una población de California a la tercera parte. El endiablado trasmisor se había alojado en el pelo de los conejos, ratones y gatos. Cuando se logró descubrirlo la ciudad era un inmenso campo de cadáveres, podría volver a suceder lo mismo, reconoció empavorecido.

Aplicó el estetoscopio al pecho de un enfermo, un obrero con anchas espaldas de estibador, visiblemente agitado por las ago- biadoras náuseas, ¡Son las bestias! —pensó—. Las temibles bestias que el Romano Varron presentía y el jesuita Kircher con el auxilio del microscopio terminó por identificar. ¡ Pero había tantos! . . . ¡ Sumaban miles! que llevaría mucho tiempo detectarlos, y luego, eso no solucionaría nada prácticamente, pues la ciencia no sabía como exterminarlos. Testigos de esa impotencia son: China e India, donde la peste bubónica, mejor conocida como la muerte negra, cobra miles de víctimas cada año a despecho de los investigadores, de los sabios, de los microscopios más perfeccionados, de las sulfas, los antibióticos o las campañas de salubridad, Artal reconoció que desde principios de la humanidad las bestias malditas han atacado a todos los seres vivientes. En las épocas prehistóricas, los gigantescos saurios pudieron haber sido aniquilados por las plagas de los hambrientos microbios. En su mente se reprodujo el espeluznante desarrollo de la bacteria del heno, que da lugar al bacilo de la tuberculosis, desgarrando sin misericordia ni tregua los pulmones de los hombres. Las destructoras bestias se alojan a través de la piel, de las mucosas y penetran devastadoras y agresivas hasta el interior del organismo, inexplicablemente incapaz de defenderse, con todo y su complicada maquinaria química de lucha, y aún allí, matándose entre ellas, se desarrolla ese perverso fenómeno, que la ciencia denomina autocatasis, y que es la reproducción idéntica e interminable de los virus.

L1 médico fue de lecho en lecho, contrito por el desaliento y la desesperación, como si el presenciar aquella agonía colectiva y espantosa, alojada en el rictus de la muerte. le ocasionara el derrumbe total de todas sus convicciones, de todo en lo que hasta ese momento había creído y por lo que había luchado. La visión apocalíptica de un niño, depositado por una ambulancia aquella mañana, y que no habría cumplido los seis años, exacerbó su angustia: “¡Mejor sería no haber nacido nunca, me parece que es un crimen engendrar carne que de antemano está predestinada a triturarse en este patíbulo incansable de dolor y de muerte! . . . ,” Sor Concepción le miró sorprendida:

—¡No blasfeme doctor!. . . comprendo sus sentimientos, pero la vida es la prueba suprema de que Dios nos quiere y tenemos el deber y el derecho de defenderla.

—¿Y quién nos defenderá de la muerte? —preguntó exasperado el galeno—. ¿Qué cosa puede ayudarnos a vencerla? . . .

—¡El amor! ¡Sólo el amor! —respondió con firme suavidad la religiosa—. ¡Piense usted que Dios es también amor!

—¿Sabe usted en qué pienso? —le reprochó agriamente Artal—, que en cada puñado de tierra hay dos mil millones de microbios y estamos solos e indefensos ante ellos.

—¡ Solos no! —protestó con vehemencia la religiosa.

—¡Mírelos! —insistió Artal—. Mírelos debatirse, desgarrarse las entrañas. Están solos, ¡solos! ¡Por qué su Dios está de lado!

¡ Mirando siempre a otra parte!

Sor Concepción ahogó el azoro que debían producirle en su espíritu semejantes afirmaciones y mirándole con amigable indulgencia le respondió:

—¡ No están solos doctor, no están solos!. . . ¡ Usted está con ellos! ¡Usted es el instrumento de Dios!. . . ¡Es la prueba palpable y evidente de que El existe, y de que no está mudo, ni impasible!. . . ¡Usted habla por El ahora. . . con un poco de exaltación. . . porque a usted le duelen, como a Dios duele todo lo que nos pasa, pero es necesario que así suceda!

—Yo soy sólo un pobre hombre, Madre. Un hombre sin más poder que la ciencia limitada que procuraron enseñarme, únicamente para llegar a la conclusión de que es un espejismo. . . ¿Qué puedo yo contra todo esto?. . . —dijo en tono contrito y desfallecido—. ¿Qué ha vuelto a esos malditos gérmenes, hasta hace unas horas inofensivos, mortalmente patógenos?

Constantini que aunque había permanecido a distancia, ocupado en dar órdenes a las enfermeras, había seguido el diálogo con interés, puso la mano sobre el hombro de su compañero.

—¡ Calma, es ahora cuando es más necesario conservar la serenidad! Va usted a precisar de todas sus energías. . . Sígame y proseguiremos. Mire, allí está la muchacha de quien le hablé — dijo señalando con el dedo índice hacia una cama arrinconada en el ángulo de la sala—. Ayer la trajeron, poco después de que usted se marchó. Es quien mejor ha respondido a nuestros esfuerzos.

Artal se acercó seguido de Sor Concepción y un pasante. Sobre el lecho permanecía hundido el cuerpo de una muchacha de diecinueve años: alta, hermosa, los cabellos castaño oscuro, desordenados y sudorosos, le caían sobre la frente ocultándole las sienas y los oídos; los labios casi cerúleos se entreabrían en una mueca dolorosa que subrayaban las comisuras, y las líneas de la frente se habían acentuado, como si hubiesen transcurrido en aquella noche treinta años. A veces las manos amarillentas ensayaban una especie de contracción torpe, e iban a tomar un objeto que colgaba en su cuello de una cadena de oro. Una de las enfermeras explicó al doctor Artal que la paciente se había negado convulsivamente a ser despojada de lo que parecía ser un pequeño relicario. Artal tomó la presión y el pulso; una oleada de vómito sacudió aquel cuerpo casi exhausto, sin fuerzas ya para volverse en busca del bacín, Artal sintió temblar en su interior hasta la última fibra de su maltrecha sensibilidad, tomó una servilleta y limpió los labios de la joven, ella abrió los ojos trabajosamente y le miró con toda la concentración de su dolor; el galeno advirtió en aquella mirada una súplica elocuente: el ruego callado de que la ayudaran a vivir. El italiano habló por lo bajo; mientras sacudía un termómetro.

—He conseguido hacerle descender la temperatura, ahora tiene treinta y nueve grados.

Artal movió la cabeza. Aquello no significaba más que una tregua. Duraría uno o dos días a lo sumo, pero el final iba a ser el mismo. Con el dedo enguantado como si las palabras se le

hubieran quedado atoradas repentinamente, señaló en el brazo blanquísimo las pequeñas manchas rojas, todavía muy tenues, como la inequívoca anticipación a la muerte.

Con voz pastosa, ronca, increíble en aquel rostro, a pesar de todo; joven y bello, la enferma suplicó:

—Déjenme vivir. . . quiero vivir un poco más. . . ¡sólo un poco más para él!

Las últimas palabras las pronunció con un penoso esfuerzo, como si al decirlas agotara la más recóndita reserva de sus fuerzas, luego, buscó el pequeño objeto que le colgaba del pecho torturado por los espasmos, apretándolo con fuerza.

—¡Es el novio! —explicó el Italiano—. ¡Toda la noche ha preguntado por él, en la madrugada pedía desesperadamente que viniera!. . . ¡Le llamaba en el delirio con tales gritos que me puso los cabellos de punta. . . afortunadamente logramos calmarla!

—¡Es inútil! —opinó tajante Artal—. Pero al menos. . . Sí. . . ¡ Ha hecho usted muy bien!. . . — agregó, buscando suavizar su inconsecuente declaración.

—¡Quiero verlo! —clamó la joven esta vez con una claridad que heló a todos.

Artal se adelantó, hablándole al oído con voz suave y persuasiva :

—Sí, sí lo verás, pero antes tienes que ponerte bien, entiendes, ponerte bien. . . Ahora reposa, reposa por favor, olvídate de él. Yo voy a ayudarte. Yo voy a estar aquí contigo y vamos a intentar que duermas. . . que duermas.

Constantini tomó una jeringa y la enfermera buscó las venas del brazo martirizado por los frecuentes pinchazos.

—¿Y él? —preguntó Artal sin poder contener su curiosidad.

Constantini respondió:

— Está afuera. Se ha pasado de pie toda la noche, fumando cigarro tras cigarro. Se puso furioso, casi histérico, porque le negaron la entrada, tuve que explicarle personalmente que la prohibición tendía a evitar mayores estragos por el contagio. ¡Fue peor! ¡Estaba como un alucinado! ¡Gritó que él quería acabar como ella!. . . ¡Morirse con ella! La escena era espantosa, tuvieron que llevárselo dos enfermeros y sacarle a empellones a la calle, después vino la madre, quien me refirió que su hija estaba para casarse, de repente se puso mala y el médico de la familia opinó que debían trasladarla al hospital inmediatamente. El mismo solicitó la ambulancia, prohibiéndole regresar a su casa. La mujer no terminaba de lamentarse: “¡Se portó como un policía!”, afirmó, “¡Y decir que fue él quien la trajo al mundo!” Le hice ver que sólo cumplía con su obligación. Un inoculado no puede ser tratado en su domicilio. Entonces, con un aplomo desconcertante me dijo: “¿Tratado?. . . ¿Es que acaso ustedes pueden tratarla?. . . ¡Mi hija ha venido a morirse aquí, al hospital!” Y se puso a llorar, sin que yo pudiera hallar más palabras para consolarla.

—¡Pobre madre! —reconoció Artal.

Una oleada de vómito sacudió a la paciente de una cama vecina, seguida de un acceso de tos que le cortó la respiración. Ambos médicos corrieron a su lado.

Una hora después, Artal insinuó que desperdiciaban un tiempo precioso.

—Ellos no pueden hacer más o menos que nosotros —aclaró a Constantini, refiriéndose a los otros médicos que iban y venían con el pánico pintado en el rostro.

—¡Aquí sólo podemos esperar que mueran!
El italiano le miró sorprendido.

—¡Vamos al Laboratorio! ¡Intentaremos investigar por nuestra cuenta!

Constantini acogió la decisión. Salieron de la sala y atravesando el hall se dirigieron al Laboratorio. Doscientas cincuenta personas a quienes procuraban contener tres policías intentaron acercarse a preguntarles por el estado de sus enfermos. Los médicos temieron que fueran a romper los vidrios o a derribar las puertas.

Cuando abandonaron el tumulto, Artal preguntó a su compañero :

—¿No vio usted al novio de la joven?

Constantini le miró sorprendido, ¿qué importancia podía tener ese detalle en aquellos aciagos momentos?

—Debe haber estado por ahí —respondió vagamente—. ¿Quiere usted hablar con él?

Artal no le respondió. ¡Tan abstraído se encontraba en sus meditaciones! Espantado ante la magnitud de la calamidad, se imaginó a él mismo contaminado. El terror le hizo palidecer, apoderándose de todos sus nervios.

—¡Tengo miedo! —reconoció.

—¡ Miedo de concluir mi vida, sin conocer el amor! . . . ¡sin haber sido amado, ni tan siquiera por unas horas!

Y se puso a trabajar en el microscopio.

VII

Hacia apenas unos días era una ciudad feliz y despreocupada —bueno, aparentemente feliz— como suelen parecer a los turistas las ciudades extranjeras que visitan, y a quienes deliberadamente sólo se muestra el lado amable: barrios residenciales, parques bien cuidados, zoológicos con especies casi extintas, monumentos erigidos a los héroes, museos con tesoros incalculables y todo ese superficial esplendor con que la industria turística atrae las indispensables divisas.

No obstante, la realidad siempre es mucho menos halagüeña y a despecho de las anchas avenidas, elevados edificios, pasos a desnivel, cines con aire acondicionado, almacenes donde se puede adquirir desde una piel de mink hasta una lechuga y cabarets exóticos, proliferan los suburbios con sus calles estrechas y lodosas, los niños harapientos, los ancianos desvalidos, los desocupados y toda esa triste aglomeración de contrastes, derivada del egoísmo y la ruindad, de la explotación y la miseria, de la diferencia de cunas y de clases, hasta que sobreviene lo imprevisible: el lazo que hermana a todos los habitantes y que sin sutiles distinciones los vuelve idénticamente humanos, e igualmente vulnerables. La peste se desató con esa transición violenta que el libretista suele exigir a su escenógrafo, y que trastueca el jardín plácido, románticamente sensual de Margarita, por la cueva truculenta y tenebrosa de Mefistófeles.

El microbio, repentinamente dotado de una agresividad extraordinaria, se propagó con ferocidad incontenible.

La prensa no pudo continuar ocultando la verdadera magnitud de la tragedia; aunque se daba mañas para recomendar astutamente calma a la población, se vio forzada a dar a la publicidad una larga lista de precauciones a fin de prevenir cualquier posible contagio.

Para muchos, tan alarmantes noticias apenas les parecieron dignas de crédito:

¿Qué cuento era ese de la famosa peste? ¿A quién se le había ocurrido desenterrar de los abismos medievales semejante historia? . . . podría haber aparecido, en efecto, algún brote epidémico —entre los menesterosos naturalmente, quienes por su ignorancia, desaseo, miseria y perpetua decidía son víctimas propiciatorias de todas las enfermedades.

Ciertas deben ser las crónicas a que se refiere la historia sobre las pestes que azotaron a

Marsella, a la Provenza, y aún a Milán o a Londres, donde los escasos supervivientes aseguraban haber visto desfilar durante semanas cientos de carromatos atestados de desperdicios humanos. Y qué decir de Constantinopla, la capital Bizantina en que los enfermos hacinados a millares, sin distinción de sexo o edad, eran arrojados de los inmundos jergones del hospital hacia las fosas apenas semi-abiertas, o conducidos con garfios de fierro hacia las improvisadas piras que expedían un hedor insoportable.

Africa, China, Jaffa, Atenas, Quito, Guatemala, han apurado el vino amargo de la peste. . . Pero, ¿no estaba concluido todo aquello?. . . ¿No la ciencia con sus adelantos portentosos había alejado para siempre la aniquilante amenaza?

Verdad es que en algunas poblaciones de Asia y Africa, donde no han llegado aún los adelantos científicos, ocurren con regular frecuencia brotes de peste, pero se han erradicado totalmente en el mundo desarrollado.

Y el conformista razonamiento tranquilizaba a los ciudadanos, siempre escépticos a pensar que algo intempestivo pudiera alterar sus planes o sus objetivos, basados casi siempre en esa engañosa seguridad que suele afianzarse a su vez en el dinero.

Sin embargo, los acontecimientos ingratos fueron sumándose no sólo día a día, sino hora tras hora.

El Ayuntamiento dispuso la quema de los basureros; y la desinfección total de las zonas más castigadas.

El ejército, la policía y el cuerpo de bomberos unieron sus esfuerzos para limpiar atarjeas, fango y cadáveres de animales victimados por el contagio; luego transportaron aquellos desperdicios hasta cincuenta kilómetros de la ciudad, donde con excesivas precauciones fueron incinerados, eligiendo las horas más sosegadas por el temor de que los gérmenes infecciosos alojados en los cuerpos semi-putrefactos fueran transportados por ráfagas de viento a nuevas víctimas.

Se inició la más severa campaña de desratización; aun los perros y gatos callejeros fueron sacrificados.

Una legión de trabajadores se destinó a la quema de ciertas plantas que propiciaban ahuyentar o aniquilar mosquitos.

Pero los contagiados fueron aumentando, como si el mal, al ser combatido con tanta vehemencia, respondiera con saña incontenible.

Pronto fueron insuficientes las salas del Hospital Municipal y hubo que ir recurriendo a todas las clínicas y sanatorios oficiales y particulares.

No obstante las actividades continuaron desarrollándose en un clima de tranquilizadora normalidad: bancos y comercios siguieron trabajando; y aunque el ulular continuo de las ambulancias solía crear frecuentes problemas en la circulación, la gran mayoría de los pobladores apenas sabían de lo que los periódicos publicaban.

Sordos e impotentes ante la angustiada demanda de las sirenas se miraban a hurtadillas cuchicheando por lo bajo: “Ahí llevan otro más.”

En aquellos días los casos más frecuentes se presentaron en las zonas de la periferia, en los barrios francamente miserables.

Un funcionario propuso establecer un cordón sanitario, que aislara completamente las áreas contaminadas, prohibiendo a los residentes entrar o salir, aprisionándolos prácticamente en una especie de ghetto, pero en menos de doce horas la realidad se

encargó de liquidar semejante teoría: con igual recrudescimiento las zonas residenciales y el centro de la ciudad, enviaron su tributo humano de inoculados a los hospitales.

Entonces, como emergiendo de una llama avivada con un excitable combustible, cundió el demonio del miedo y su consecuencia lógica: los explotadores de él.

Un herbolario recomendó la ingestión sistemática de: berros, capuchinas, cebollas, ajos y rábanos, alegando que sus propiedades antibióticas bastarían para inmunizar a la población del contagio. La gente se volcó en los mercados arrebatándose materialmente los manojos de legumbres, con el consiguiente beneplácito de los comerciantes que cobraban hasta diez veces más por su valor.

Un biólogo refutó semejante embuste, aclarando que ni siquiera en el herbario de Jerónimo Bock, publicado en 1539 y considerado desde entonces como el compendio de sabiduría enclaustrada en los huertos de los monasterios medioevales, figuraba ninguna panacea contra la peste, y aun los monjes eran frecuentemente atacados y victimados por las epidemias.

Otro tanto aconteció cuando un verdadero ejército de astrólogos, médiums, cartomancianas, espiritistas, quirománticos, clarividentes, curanderos y brujos se dedicó a propagar predicciones, que los periódicos y las radiodifusoras, cómplices eternos del embaucamiento y el engaño, no dudaron un instante en publicar con grandes titulares.

Y como dice Plinio: “Afloró el instinto estafador de los hombres”: y la industria de los amuletos, las reliquias de Tierra Santa, el agua de un manantial milagroso, las pestañas de un santo fallecido hace diez siglos, hoy casi desconocido en los altares, los horóscopos, o los conjuros escritos en lenguas muertas o extranjeras, llenaron de monedas los bolsos de los “maestros”, “hermanos”, “doctores”, “sabios” y “herederos” de todos los poderes, cuyos consultorios nunca estuvieron tan concurridos; por extraña coincidencia, la gente se alejó de los médicos, quienes en su mutismo silencioso apenas se aventuraban a especular, bajo el amparo de alguna eminencia, la posibilidad bien remota por cierto de arrebatarse a la muerte unos pocos, de los cientos de inoculados que agonizaban en los hospitales.

Otro alud de gente acudió con una fé apresurada a los templos, Se iniciaron: rogaciones, misas, novenarios, desagravios; y no faltaron las conversiones, las comuniones en masa, las confesiones que traían arrepentimientos precoces y que buscaban absoluciones rápidas aun a costa de penitencias drásticas.

Ante la perspectiva de la muerte el hombre siempre va en busca de Dios. Y los sacerdotes no desperdiciaron la oportunidad de reconvenir a los convenencieros feligreses: por sus pecados, sus olvidos y sus arrepentimientos circunstanciales. Efectivamente, Dios había permitido que la enfermedad hiciera algún estrago, como único medio de que sus ingratos hijos se acordaran de El. ¿No permanecían acaso las iglesias vacías? . . . ¿No Dios se había quedado ahí solo, acongojado, en la inútil espera de que le visitasen? . . . Y sus ministros parecían a su vez querer vengarse de esa indiferencia que también a ellos atañía, de esa desmoralización continuada de tener que iniciar a diario el rito de los sagrados misterios en la casi soledad de las iglesias vetustas y oscuras. Y entonces, poseídos del látigo fustigante de la palabra, descargaban la macerante amenaza del juicio final, del infierno, de los designios ocultos de Dios, que podían contener la enfermedad y la muerte, cuya sola mención aterrorizaba a aquella multitud que había buscado el refugio de la iglesia, con la secreta esperanza de que la peste no osara penetrar aquel umbral sagrado, aquellos muros santificados, casa de Dios y último reducto donde su suprema bondad se manifestaba a los hombres. Y salían de allí: arrepentidos, reconfortados, seguros: a leer el horóscopo o a rezar rosarios, con una carga de buenos propósitos. . . ¡si Dios les continuaba deparando el don inapreciable de la vida! Y aquel sosiego efímero, pronto iba a volatizarse, al regresar a casa, al apartamento, a la oficina donde aguardaba espantosa y pesante la fatal noticia: el vecino, la vendedora, el esposo desobligado que solía embriagarse to-dos los

días, la hija desamorada de sus padres, el enemigo gratuito, la hermana libertina. . . habían sido internados aquella mañana. . . o apenas hacía unas horas. . . o mucho peor: la novia que se sentía de pronto indispueta, el amigo que habían destinado a un hospital de la periferia. . . la esposa que presa del histerismo se negaba a probar alimento, o a ingerir agua, temerosa de contaminarse. . .

Y así iban a la cama, entre la dudosa alegría de haber conseguido vivir un día más y los horribles presentimientos de que pudiera ser el último, contagiados de temor antes que de la enfermedad, devorados por la cruel zozobra de despertarse con los primeros síntomas, consternados ante el asalto pavoroso de los sueños, que al decir de los intérpretes vaticinaban calamidades y desgracias, sudorosos por el calor que no cedía y el pánico que filtraba entre el sudor viscoso su dardo helado.

Otros buscaban esa somnolencia artificial de las drogas, ese entumecimiento del alcohol, ese apaciguamiento del humo, esa exaltación placentera y deliciosa del sexo que procuraban alargar demasiado sabedores que al extinguirse la llama del deseo sur-giría con todas las consecuencias del prolongado decaimiento el nefasto pavor del que intentaban huir. Algunos se aferraban a ese dominio de la voluntad y de la mente que se nutre de los libros de psicología, repitiéndose hasta quedar dormidos: “No estoy enfermo, no estoy contaminado”, tratando de imponerse una tranquilidad artificial encendían todas las luces de sus casas, escuchaban música, destapaban el piano viejo y desafinado, se referían mutuamente chistes, hasta se perdían algunas horas en los libros, entre la banalidad incoherente de las revistas de modas que hablan entusiastas de ese mundo maravilloso de los artistas, de los aristócratas despilfarradores, de las mujeres hermosas tan fáciles y tan inaccesibles que se divorcian con la misma fresca sonrisa que reinciden en casarse, de los hombres hercúleos y de[x>rtistas que usan prendas costosas, coches deportivos, yates flamantes y que conquistan con una sola mirada. ¡Ah! ese mundo de las mesas de juego, de las soirés interminables de los barcos trasatlánticos, de las islas paradisíacas, del Jet-Set, de las líneas aéreas cuyos aparatos vuelan más alto y más rápido cada vez, de los shows de Las Vegas hasta cuyos hoteles confortables o casinos lujosos no deben llegar nunca ni lo miserable, ni lo feo, ni lo corriente, ¡ni la peste!

Y se quedaban ahí, haciendo cálculos de lo que costaría una estancia en Hawai, o un pasaje a Reno, ¡ si les permitieran salir! Los más audaces planeaban emigrar: dejar el empleo, los bienes, la familia, los amigos. . . ¡la peste! huir lejos de aquella pesadilla. . . ¡huir!. . . ¡huir!. . . y luego finalmente se quedaban quietos con el convencimiento forzado de que no valía la pena marcharse y perderlo todo, o de que era lo mismo ir a morir de hambre a otro lugar, que de la peste en su propia ciudad.

Y amanecían un día más: discutiendo, planeando, consolándose recíprocamente con un: “Hoy no han dicho nada en la radio durante toda la mañana” o “Los periódicos dicen que esto pasará” o “Los médicos tienen que encontrar algo forzosamente”.

Y en efecto, en el Hospital Municipal se buscaba con desesperación un antibiótico capaz de actuar sobre el agresor bacilo, más terrible aún que el diftérico, el tuberculoso, el que provoca la fiebre de Malta o las infecciones renales. Se buscaba una sustancia cuyos componentes químicos fueran capaces de actuar sin aniquilar a la vez los leucocitos, pero semejante investigación no podía condicionarse a un tiempo determinado, es más, ni contando con todo el tiempo que pudiera existir la humanidad sobre la faz de la tierra, podían asegurarse realizar semejante descubrimiento. De hecho, nunca se encontró un remedio verdaderamente eficaz contra la peste. El hombre de la Edad Media fue su blanco ideal y en las centurias precedentes acabó por inmunizarse: quedó feliz y perplejo, pero igualmente desarmado que antes.

Y los médicos, como contrabandistas sorprendidos “in fra- ganti” por la policía aduanal obstinada en interrogar, apenas sabían nada y se quedaban cautos y recelosos, empeñados en una ciencia impotente cuya ambición truncada se limitaría a hacer menos dolorosa la muerte, ya que era imposible prolongar la vida.

En aquellos días el doctor Artal, como el capitán de un barco próximo a hundirse entre las olas y las sombras, se aferraba con todas sus fuerzas a una tarea agotadora que no vislumbraba más porvenir que la decepción.

Grave, triste, exaltado a veces, concentrado otras, iba y venía por los anchos corredores: desnudos y blancos, atisbando al invisible fantasma de la peste que descargaba a cada instante su horripilante carga de virus irreconocibles y maléficos entre aquella porción de humanidad: sumisa y doliente, humillada por todos los dolores, aplacada por todas las angustias, heroica a veces, miedosa otras, resignada algunas. . . ¡ Rebelde las más! . . .

Y él, en quien se había enseñoreado la desesperanza, era para aquellos pobres marcados con el flagelo la esperanza última, la postrer tabla de salvación a la que pretendían afianzarse en el paroxismo casi epiléptico de su impotencia. Y Artal iba de cama en cama, de sala en sala, por las mañanas, por las tardes, por la noche, sin concederse tregua ni descanso, alimentándose de un sandwich, durmiendo vestido sobre el angosto sofá de su consultorio, con los libros abiertos, entre un laberinto de apuntes desordenados, intentando ensayar todos los medios, anotando hasta los más mínimos detalles, vigilando hasta las más leves reacciones, escudriñando en el laboratorio las probetas, los tubos de ensayo, los caldos de cultivo, preguntando a los especialistas cuanto tenía por dudoso. A veces, cuando el sueño y el cansancio le vencían, se duchaba alternativamente con agua hirviendo y luego helada, buscando animar un organismo a quien se le exigía despiadadamente mucho más de la cuenta. Y aquel hombre, débil ante la única mujer que había amado en su vida, juguete de su voluntad, autómatas de sus caprichos, volvía a simbolizar en las horas trágicas: el tesón, el esfuerzo, la fortaleza. El, quien había conocido toda esa insospechada gama de la desesperación, del desaliento, de la duda, de los celos, volvía la mirada comprensiva y humana a aquellos a quienes atormentaba con el dolor físico la misma desesperación, la misma duda, el mismo abandono de las fuerzas y de la fé.

El había puesto su dicha, su porvenir y su vida en el corazón de aquella mujer magnífica y voluble, indomable y absorbente; ellos cifraban su última esperanza en su ciencia: coja, incompleta, fracasada. ¡ Y todos anhelaban sobrevivir!

Artal desconcertó a cuantos creían conocerle, conquistó el corazón de sus compañeros, la admiración de las enfermeras, la devoción de los pacientes, acrecentó la magnanimidad de Sor Concepción y se granjeó el respeto hasta del último empleado del hospital.

Sin la inquietud atormentadora de la mujer que le obsesionaba, sin el único telefonazo que solía perturbar su recogimiento de asceta, su concentración de obrero de la ciencia, tranquilo al saber que la única persona que amaba estaba a cientos de kilómetros de aquel infierno, se entregaba a su tarea con el fervor exaltado con que acostumbran darse los místicos y los iniciados a la oración. Nunca un médico fue más abnegado y compasivo.

Y aún los moribundos, en medio de su atroz agonía, con palabras entrecortadas y miradas plenas de reconocimiento, le entregaban su gratitud, y él, apenado y contrito, trataba de animarles: sufriendo con cada uno, conmoviéndose ante cada lecho, disculpándose por su inutilidad como si ésta fuera un crimen, consolando a quienes el alivio más misericordioso era la muerte misma, prodigando sin límite los recursos de la ciencia para calmar los sufrimientos, e intentando hacer menos espantable la muerte.

En aquellos terribles días, el médico presenció el más cruento de los desfiles: hombres jóvenes, mujeres fuertes, niños, ancianos llegaban al hospital para morir, a veces duraban sólo unas horas, a veces tres o cuatro días, las camas se desocupaban para volverse a ocupar después de una rápida desinfección, con una continuidad voraz; para unos, la agonía parecía ser más leve, para otros, el estertor era una piadosa bendición. Nadie se salvaba, nadie sobrevivía, a lo sumo se conseguía prolongar unos días el fin irrevocable.

Aquel martes el doctor Artal tuvo motivos para sentirse más deprimido y confuso que nunca. En las primeras horas de la madrugada Sor Concepción fue a llamarle. La muchacha internada tan renuente a morir, y a quien tanto él como el doctor Constantini procuraban alargar la vida por todos los medios a su alcance, estaba agonizando.

Los médicos sabían que en los países más avanzados se experimentaban continuamente nuevas drogas y antibióticos; soñando con una panacea casi milagrosa que les ayudara efectivamente a luchar contra la enfermedad, habían enviado repetidos llamados de socorro, pero aunque empezaron a llegar ofrecimientos de ayuda, nadie poseía el medicamento codiciado capaz de luchar contra el flagelo.

Artal siguió a la monja atravesando las atestadas salas del hospital donde parecían haberse confabulado los olores malsanos de los moribundos. Iba cabizbajo y pesaroso meditando en la inutilidad de aquella prolongación dolorosa de un vida, que se escapaba esperando ser salvada, mediante una medicina que ni siquiera se había inventado todavía.

Llegaron hasta el lecho de la interna y Artal comprobó horrorizado cómo aquella mujer, quien había sido tan hermosa, se había convertido en pocas horas en un guñapo humano. Tenía la piel enrojecida. Los ojos hundidos, circundados por negras ojeras, habían perdido el último brillo y denotaban un inmenso cansancio: la fatiga del sufrimiento. El médico comprendió cuán enorme debía serle el sacrificio de mantenerlos abiertos unos instantes. La temperatura, que se había logrado tres o cuatro ocasiones hacerla bajar, subía amenazadora empapando a la paciente en un copioso sudor que liquidaba sus debilitadas fuerzas. Sólo el fustigante vómito había cedido porque las entrañas desgarradas carecían de la mínima energía que implica una contracción, en su lugar una baba pegajosa le brotaba de la nariz y de la boca, escurriéndole por las comisuras. Artal repitió el amable gesto de hacerle pasar delicadamente una toalla.

—¡ Quería verlo! —gimió, como en un apagado suspiro la muchacha. Artal se acercó a su oído.

—Ya te he dicho muchas veces que esto no es posible. Tú no querías exponerlo al contagio, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza, después con un esfuerzo penosísimo movió un brazo intentando buscar algo entre el desorden de su lecho, era un trozo de papel arrugado en el que ella había escrito dos o tres líneas confusas y deformes.

—¿Se lo dará usted? —imploró abriendo con pesadez la mano. Artal hizo un gesto afirmativo. Un sacerdote se acercó al lecho de la moribunda. Sor Concepción le preguntó:

—¿Quieres recibir a Nuestro Señor?

—¡Sí! —respondió.

El sacerdote acudió con el Santísimo y dejó una breve partícula de hostia en la boca casi inmóvil.

La agonizante se llevó al pecho las manos, buscando con el resto de sus fuerzas el retrato de su amado. . . y expiró.

Constantini que llegaba tarde se quedó petrificado ante aquel cuadro no por frecuente menos conmovedor. Artal le habló con voz vaga, distante:

—¡ El mundo es la gran república de los fracasados, de la nulidad y de la impotencia!

El peninsular le miró descorazonado, sin atreverse a responderle una palabra.

Artal dobló cuidadosamente el papel que la joven le había encomendado y se alejó con pasos cortos.

Sin atreverse a mirarlo, sabía que ella había escrito en él su última protesta de amor. Y tuvo envidia. La rebeldía sorda contra quienes han disfrutado de la delicia plena de la pasión correspondida, aunque haya sido lo único grato y valioso que les haya deparado la vida. Ella había muerto, sí, pero había sido inmensamente amada: la ansiedad, las súplicas, la devoción abnegada y sincera que él había comprobado tantas veces en las lágrimas, en los balbuceos de aquel atormentado muchacho que estaría aguardando día y noche en el hall, en los patios, en cualquier rincón donde le permitieran quedarse, por la más leve esperanza, por la más ínfima posibilidad de saber de ella, de que se salvara, así lo testimoniaban. Y aun él, a pesar de su desdicha, ¿no era más que afortunado en el trance? . . . ¿No era mucho más privilegiada su suerte que la de otros? Ella al morir había acudido con el resto de sus fuerzas hacia aquel religioso que simbolizaba lo que le era más querido. ¡y no había existido poder humano que consiguiera hacer que se deshiciera de él! Artal profundizó en su gesto: ni siquiera el Santísimo había alterado su voluntad, ni aun la fiebre más alta había conseguido ofuscar su mente y apartarla del objeto de su amor. Rota, sufriente, deshecha, se había aferrado con increíble obstinación a la vida, que sabía de sobra no le pertenecía pues era de su amado; y tuvo tristeza de morir, no por la muerte

I

I

misma, ni siquiera por el temor o por el sufrimiento, sino porque le separaba de él, porque interponía, superior a su voluntad, su tierna promesa de entregarse, porque sabía que aquella ausencia suya cruel e involuntaria le haría sufrir a él, le haría extrañarla y le haría ¡oh Dios!, el solo pensamiento debió haberla martirizado más que su doliente agonía. . . ¡le haría olvidarla!. . . Y ella quería estar allí: incrustada en su alma, en su cuerpo, en sus pensamientos. . . pero el alma era sólo un mito y el cuerpo, aquel cuerpo virginal y soberbio, tibio, blando, esculpido para brindar todas las exquisiteces del amor, era un pobre pingajo maloliente, teñido de manchas púrpuras, húmedo de aquella baba espumosa, ¡sin atractivos, sin energías, sin seducción, sin vida!

Artal llegó hasta el apretujado salón donde los familiares y amigos de los pestíferos pasaban la noche: recargados en las paredes sucias, tumbados en los rincones, recostados pesadamente sobre los bancos de madera, esperando la hora fatídica de ir a acompañar los restos de sus seres queridos.

Aunque el humo de los cigarrillos ocultaba los rostros, como una niebla espesa y sofocante, no le fue difícil localizar al joven enamorado a quien un destino veleidoso quiso elegir para la doble suerte de conocer, con el sublime privilegio del amor, la insondable amargura de perderlo.

Un alud de preguntas, de ruegos y de exclamaciones, surgió de aquella frenética multitud.

—¡No tengo ninguna novedad! —explicó el médico. Miró al joven, que con las huellas del llanto, presintiendo la fatal noticia, se adelantó interrogándole desesperado:

—¿Qué ha sucedido doctor? . . . ¿Qué ha sucedido? . . .

Y como percibiera que Artal apenas podía pronunciar palabra, insistió:

—¡Dígamelo por amor de Dios!. . . ¿Va a morir, verdad? . . .

Artal intuyó que las pocas fuerzas que le sostenían estaban por abandonarle, e intentó alcanzarle el hombro con la mano, entonces él interpretando al fin la tragedia que escondía aquel silencio» dejó escapar un grito sordo, enronquecido, como si algo en su interior se hubiese roto de repente.

Artal intentó alejarlo de la multitud que les contemplaba conmovida y ansiosa, el muchacho se llevó las manos a las sienes, oprimiéndoselas con un gesto desesperado, como si pretendiera evitar que le estallara la cabeza.

Artal encontró valor para consolarlo.

—¡Ella pensó siempre en usted!. . . ¡Hasta el fin!

Un llanto desgarrador, semiahogado que le reventó del pecho deshaciéndose en un alud incontenible de sollozos, fue la respuesta, entonces el médico le alargó el arrugado papel que la joven le había entregado hacía apenas unos minutos.

—¡Me dio esto para usted! —agregó.

El muchacho que oprimía aquel postrer recuerdo de su novia con angustia desesperada, adivinó, más que leer, la postuma confesión de su cariño que no se doblegaba ni aun ante la misma muerte. Pálido, tembloroso, febril, derramó sobre aquellas letras idolatradas las lágrimas salobres de su infinita amargura.

—¿Por qué no he sido yo? —preguntó con la mirada perdida.

—¿Por qué ella?. . . ¡tan dulce!. . . ¡tan bondadosa!. . .

Y luego, enloquecido por un dolor patético, se dirigió implorante al médico:

—¡Quiero contagiarme!. . . ¿Lo oye usted?. . . ¡Contagiarme!. . . ¡Acabar como ella!. . . ¡Morir con ella!. . . Déjeme usted quedar con los enfermos, acarrear cadáveres, sepultarlos. . . ¡Así tendré más ocasión de infectarme!. . . ¡De infectarme!. . .

Insistió tomando a Artal por las solapas de su bata. Un ayudante que pasaba por casualidad procuró contenerlo, tal era la violencia que le dominaba; entonces, se acercó una pareja encanecida cuyo dolor silencioso aplacó la exaltación del des-venturado joven, el galeno reconoció en los rasgos de la vieja dama el perfil encantador de la muerta.

—¡Fue mejor así! —les explicó—. ¡Ella quería vivir y nosotros hicimos lo posible por alargarle la vida. . . pero mientras tanto sufría mucho!

Y subrayó sus palabras con un elocuente ademán de sus manos.

—¡Ahora, ha dejado de sufrir!

La pobre madre quien tuvo la dicha de poseer una hija hermosa y la desventura de perderla en la plenitud de la vida y la belleza, quiso manifestar aún su gratitud y tendió al médico su mano marchita, pero Artal la detuvo impidiéndole consumir el gesto. No, no tenían de qué darle las gracias, su ciencia y su lucha habían fracasado.

El ayudante le abrió paso hasta la puerta, la multitud no se atrevió a dirigirle más preguntas; y él, profundamente abatido, caminó maquinalmente procurando buscar en la intimidad de su consultorio un poco de paz y soledad para reflexionar. Se reprochaba la bajeza de su envidia y no obstante volvía a pensar con insistencia: “Al menos, ha sido amado. . . y ella, ¡también conoció el amor!. . .” Con los codos sobre la cubierta gris de su escritorio seguía divagando:

¿Quién habrá de sufrir más intensamente la desgracia: aquellos infelices que había visto acabar por cientos: solos, sin un pariente, sin un amigo, sin nada que perder, sin nadie a quien dejar. . . o aquellos, mimados de la vida, a quienes la fortuna había hecho disfrutar la plenitud del sentimiento más maravilloso?

Y volvió los ojos hacia la muchacha del retrato, que desde una esquina de su escritorio parecía eternamente sonreírle. Recordó con amargura que aquella mujer excepcional poseía la rara virtud de decir las cosas más hirientes con una sonrisa angelicalmente candorosa que encubría con su insaciable independencia el egoísmo de quien tiene miedo de entregarse. Trató de desvanecer semejante conclusión, pero un pensamiento peor vino a turbarle: No, aquella muchacha no podía ser insensible al amor, indiscutiblemente tenía una capacidad de amar, como

todas las mujeres, como la joven bacilosa que aún muerta y con las manos inmóviles seguía aferrada al relicario que guardaba el retrato de su amado.

Pero en cambio, él nunca sería objeto de un amor así, jamás conocería esa entrega incondicional sin límite, sin tiempo, sin medida.

El amor de Martha había sido de otro, de un hombre que quizá ella misma no se atrevía ni tan siquiera a mencionar, prefiriendo ocultarlo en esa intimidad insumergible de la mujer. . . tal vez habría sido el mismo Maxim a quien él admiraba tanto: el hombre seguro, dominante, para quien una chica podía significar un rato amable, pero nunca la razón de la vida. Tal vez, aún existiría algo entre ellos y Maxim la dejaba hacer con esa condescendencia del hombre que tiene absolutamente asegurada a su hembra y que le basta una llamada de teléfono para reunirse con ella.

Sintió asco de él mismo. No, Martha no podía ser una mujer así. . . pero un día vendrá en que realmente llegue a enamorarse. que retome de esas vacaciones sin fin, y entonces: llorará por un hombre, dejará todo por seguirlo y no vacilará en perder su libertad, y aun su vida si fuera necesario. . . !Y también me dejará a mí, porque yo no llegaré a ser nunca ese hombre!

Artal se volvió a sumir en esa contemplación del pasado que intenta explicarse el presente y vislumbrar el porvenir. Volvió a imaginar a su novia con la recrudescida vehemencia de un anhelo muy querido: y olvidándose del irascible fantasma de la peste, se concentró en esa adoración muda que la ausencia de la amada acrecentaba.

Pronto se quedó dormido, doblegado a la fatiga de aquellos días aciagos; en el sueño, como emergiendo de un encantamiento, volvió a aparecer Martha, con esa diáfana majestuosidad inacabable que él no se cansaba nunca de descubrir ni de admirar.

Alta, blanca, magnífica, con esa seguridad imperturbada, con esa aristocrática sencillez, gloriosamente femenina, Martha volvía a simbolizar en el sueño lo que era para él en la realidad: la síntesis de todo lo que amaba, de todo en lo que creía. Y la volvió a contemplar ¡prodigio maravilloso del inconsciente! como aquella noche, en que cual un fulgor inusitado irrumpió en el casino deslumbrando sin proponérselo todos los rostros, avergonzando todos los escotes, opacando todas las sonrisas.

Nunca sueño alguno fue más plácido. El rayo de sol tímido e indeciso, anuncio de un día nublado, rasgó la grisura opaca de su soledad.

Una enfermera entró al consultorio llevando un paquete de caitas.

—Perdone que haya entrado así doctor. . . ¡no sabia que estuviera en el consultorio!

Artal se despezó lentamente. ¡

—¿Hay novedades? —preguntó.

—¡Toda la noche han estado llegando más contagiados! —dijo la enfermera con embarazo.

—¡Dios mío! —exclamó Ai tal—. De continuar así no vamos a encontrar donde alojarlos.

Se puso a hurgar entre el montón de cartas, le llamó particularmente la atención el color subido de una tarjeta postal que retrataba entre un cielo y un mar azul la rojiza arena de una playa exótica, ornada de palmeras y plantas tropicales. Artal tomó la postal y sintió acelerarse los latidos de su corazón al comprobar que era de Martha.

“Supongo que debes hallarte muy ocupado. Los periódicos dicen que las cosas se han puesto cada vez peor. Mi madre consiguió abandonar la ciudad y está en camino de reunirse conmigo. Cuídate mucho. Martha.”

Un escalofrío le recorrió el cuerpo como una descarga eléctrica* Guardó la postal en su cartera y se dirigió inquieto y extenuado a cumplir con su deber del día.

A los quince días de haberse iniciado la peste, los hospitales que no podían dar cabida a un número cada vez más crecido de infecciosos, empezaron a improvisarse: en las escuelas, oficinas públicas y aun en los cines. Se clausuraron espectáculos y centros deportivos y muchas tiendas bajaron sus persianas, como inequívoca señal de que sus dueños habían sido heridos por el malhechor veneno de la enfermedad.

La alarma aumentaba día tras día; ante la brevedad de los partes oficiales, la gente comenzó a reunirse frente a las redacciones de los diarios en demanda de mayor información, pero la prensa, obedeciendo consignas del gobierno, se concretaba únicamente a dirigir mensajes alentadores, pidiendo a los ciudadanos serenidad, pero ocultándoles los pormenores de la grave situación.

El Ministro expidió un decreto ordenando que toda persona sospechosa de contagio debería ser inmediatamente denunciada a las autoridades, so pena de multas y sanciones corporales, convirtiendo a todos en sospechosos de todos.

Como no se había determinado la causa de la peste y los síntomas aparecían cuando el mal ya estaba declarado, el simple estornudo de un vecino, o el conato de tos de un compañero, bastaban para que en el primer puesto de policía se delatara al presunto enfermo y éste fuera conducido en una ambulancia a un hospital donde era sometido a un período de observación durante el cual, conviviendo con personas infectadas, si no estaba realmente enfermo podía contraer con mucha mayor facilidad la peligrosísima infección.

La excesiva mortandad obligó al Ayuntamiento a ordenar rápidamente la construcción de un homo crematorio; como las ambulancias fueran insuficientes para transportar inoculados, se improvisaron vehículos, primero del gobierno y luego también de particulares a quienes les fueron tomados en préstamo por emergencia. Las actividades fueron decreciendo paulatinamente: los centros comerciales redujeron su horario y los ciudadanos a quienes el aislamiento en sus domicilios parecía exacerbar su temor, se volcaron por las calles, los parques y los cafés que aún quedaban abiertos, aparentando la bulliciosa despreocupación de un día festivo.

Se racionaron la gasolina y los víveres; se tomaron severas medidas de seguridad ante la ola de robos que se perpetuaban diariamente en las casas deshabitadas de familias que habían huido o de personas que en espera de noticias de sus enfermos pernoctaban en los alrededores de los hospitales, en las calles o en los bancos de los jardines públicos.

Aunque no llegó a declararse un toque de queda y las luces y anuncios nocturnos continuaban infundiendo una engañosa sensación de tranquilidad, mucha gente prefería encerrarse a buena hora en sus domicilios, donde entre tragos, cigarrillos o té helado alternaban el ocio de la televisión o de la música de alguna de las difusoras que todavía trabajaban y que se interrumpían continuamente para transmitir una noticia ambigua, como el ofrecimiento de ayuda de alguna potencia o el mensaje de algún gobernante extranjero. ¡Cómo si estuviera en el arbitrio de las potencias alargar las vidas humanas heridas por aquel rayo implacable y exterminador!

Tal suele ocurrir en semejantes catástrofes; un alud de articulistas, más audaces que documentados, empezó a recopilar informaciones, a entrevistar personalidades científicas y a externar opiniones que iban desde las más sensatas hasta las más disparatadas.

El editorial de “El mundo a la vista”, un matutino prestigioso, sintetizaba así la fatídica historia de la calamidad:

“La peste —decía el diario— procede del Asia Central, región que ha sido assolada por este flagelo desde las primeras edades del mundo. De ahí se extendió a Europa con incontenible voracidad, dando lugar a la trágica epidemia en el año 524 bajo el reinado de Justiniano.

“En 1347, por más de cincuenta y tres años, se desencadenó con tal furor que cobró cincuenta y ocho millones de víctimas, cantidad harto considerable si se tiene en cuenta la población del continente en esa época.

“Años más tarde, Guy de Chauliac, célebre médico francés, propuso las primeras medidas profilácticas, cuando la superstición de los médicos como del vulgo atribuían a hechos sobrenaturales la incidencia de la plaga.

“En 1480, el médico y filósofo italiano Marsilio Ficino, fundador de la Academia Platónica de Florencia y protegido de Cosme de Médicis, trató en sus escritos la relación de la peste con la Astrología: y en Reggio d’Emilia se establecieron las primeras medidas de cuarentena para evitar su propagación.

. 1530 Girolamo Frascatoro expuso su teoría sobre la transmisión de las epidemias; y en 1546 el médico español Andrés Laguna publicó su tratado sobre la peste, proponiendo la cura a base de fricciones mercuriales.

“En 1720 se desencadenó otra virulenta epidemia sin que los médicos hallaran remedio alguno para contenerla.

“Se necesitó la tenacidad de Yersin, el genio de Hong Kong, y del japonés Kitisato quienes hasta 1894 lograron identificar los mortales bacilos (*pasteurella pestis*), pero sin conseguir ninguna cura efectiva prácticamente.

“La humanidad puede vanagloriarse de haber logrado a través de esforzados investigadores sonados triunfos: díganlo si no, la identificación del germen de la lepra por Gerhard Hansen en 1873, el descubrimiento de Roberto Koch quien en 1882 consiguió desenmascarar el terrible bacilo de la tuberculosis dando lugar a que en 1884 fueran conocidas a su vez los agentes patógenos del cólera.

“Y en sucesiva cadena, los exitosos descubrimientos: del causante de la disentería por Shiga en 1896, precisamente cuantió el atroz microbio asoló al Japón diezmándolo con el veinte por ciento de su población; el del microbio del paludismo por Ross en 1897; el treponema de la sífilis por Schaudinn en 1905, que combatía tres años después el alemán Ehrlich con su famoso Salbarsán, y aún dentro de ese maravilloso siglo de verdadera salvación para la humanidad, el descubrimiento de los rayos X por Roentgen en 1895.

“Pero la peste ha continuado haciendo estragos hasta convertirse en una plaga endémica que cobra actualmente miles de víctimas cada año en la India, en China, en Manchuria y en Africa Central. . . y hoy, desgraciadamente, entre nosotros, a despecho de nuestra época, del progreso, de los Dubos, Waksman, Duggar, de las drogas milagrosas, de los antibióticos y de las vacunas.

“En lugar de bubones, esas manchas carnosas y rojizas ampollando la piel: en lugar de las ulceraciones, el vómito; ¡en lugar de la esperanza, la muerte!

“¿Quién podrá salvar a esta porción de humanidad doliente y sufrida? ¿Quién le alcanzará un auxilio eficaz hasta su aislamiento? ¿Quién podrá ayudarla en este momento de adversidad enconada e imprevista. . . Si los médicos callan y su ciencia es impotente para frenar el contagio? . . .”

Y el implacable editoriaüsta continuaba lamentándose, interrogando, reprochando, como si en la voluntad de los médicos dolidos y exhaustos estuviera el detener aquella ola impetuosa y terrible desparramada en un mar de catástrofe.

No faltaron locos que insinuaran la preparación de un be/oar persa, o la práctica de la geofagia, o la importación de alguna planta exótica de la India.

Algún médico aseguró que para combatir la peste de Poona en 1946 se empleó una extraordinaria medicina llamada espreto- micon, pero las especulaciones no hicieron sino aumentar gradualmente el desconcierto; aunque todos permanecieron atentos a cualquier declaración del cuerpo médico del Hospital Municipal, ésta no llegó a producirse, causando una decepción profunda. “¡Al hospital sólo va uno a morir —murmuraban—. ¡Nadie sale de allí. . si no es rumbo al homo crematorio!. . **

Y el odio que preñó la desconfianza se iba incubando en aquella ciudad de pestíferos. . . y de miedosos!

X

Artal llamó suavemente a la puerta del despacho del director. Maxim contestó desde adentro:

—¡ Adelante!

Apenas cruzó el umbral lo invitó a sentarse con una señal amable.

—Tendrás que esperarme un momento —le dijo—. Estoy hablando con el Alcalde.

Volvió a tomar el auricular y continuó conferenciando:

—Hacemos todo lo posible, señor, pero no nos damos abasto. Los compañeros han estado trabajando hasta veinte horas diarias desde que se inició la peste. Es urgente que nos envíen más médicos. Tenemos siete bajas por contagio. . .

Sí, estoy enterado. Se trata de dos científicos: un inglés y el otro suizo que se han brindado a colaborar con nosotros. Supongo que llegarán de un momento a otro. . . No sé, señor, pero tengo la esperanza de que intentarán probar algún medicamento nuevo, en muchos laboratorios extranjeros se invest'ga constante-mente. Lo mantendré informado. . .

Artal se sumió en un sillón con la mirada perdida y la atención dispersa. Frente a él, desde los marcos dorados con sus cenefas de terciopelo carmesí, parecían mirarle: profundos y graves Lord Joseph Lister, introductor de la asepsia en las operaciones, y Louis Pasteur, químico-biólogo francés fundador de la bacteriología y creador de la vacuna antirrábica.

El interno se volvió hacia otro lado con un profundo desgano. Estaba pálido, ojeroso, un temblorcillo que procuraba disimular le sacudía las manos.

En el otro extremo de la sala, “La Lección de Anatomía del Profesor Van Tulp”, hábilmente reproducida del lienzo magistral de Rembrandt, parecía evocar desde su dramatismo claroscuro la incommensurable tragedia de la medicina, su crónica impotencia para vencer a la muerte: augusta y triunfante en aquel cadáver en cuyo derredor el maestro y los discípulos personificaban ese afán renovado de aprender, de saber, de perderse día a día en el laberinto inacabable de los libros, de las teorías, de los apuntes; la muerte sorbía la juventud de los émulos de Hipócrates con esa rapidez vertiginosa con que se quema el tabaco dentro del cigarrillo encendido y cuyo final siempre es el mismo:

¡ La ceniza, el humo, la nada!

Nunca le pareció más insulsa la vida, nunca encontró menos sentido a la existencia, a estudiar, a trabajar. . . ¡Era inútil! El hombre había nacido para morir con dolor. Nada ni nadie cambiaría su destino. Era el precio convenido de antemano. Volvió a pensar con esa obsesión cargante: a lo sumo se conseguía alargar la vida, y en algunas ocasiones, hacer menos desdichada la muerte. ¡ Y sin embargo qué afán por vivir!. . . ¡ Qué pasión por conseguir a cualquier precio eso que ios hombres llaman neciamente la felicidad!. . . ¡La quimera más desver-gonzada!. . . ¡La ilusión más enajenante!

La voz cálida del director le sacó de sus cavilaciones:

—Ni siquiera entienden de lo que les hablo —se quejó con amargura—. ¡ Se necesita ser médico, estar aquí, tener ese respeto por la dignidad humana que sólo nosotros somos capaces

de sentir! Ellos son políticos —añadió con desprecio—. ¡ Son fríos! indiferentes a todo lo que no sea su interés, es decir, según ellos el interés del partido, del Gobierno, de su botín. . . ¡ De su país! . . al que manejan como si fuera de su propiedad exclusiva. . . lo malo está en que su país, su dichoso país se está quedando desierto. . . ¡ Y todavía regatean ayuda! . . han hecho lo que han querido con los donativos de las naciones extranjeras, ¡ y nuestros conciudadanos apenas tienen un puño de cal y un agujero para morirse!

Maxim escupió con desdén una partícula de tabaco mientras fumaba.

Artal esperó pacientemente a que la cólera se aplacara en aquel heredero de Imhotep; torpemente trató de sonreírle. Uno y otro se cruzaron una de esas miradas que no hacen subrayar la impotencia de las palabras.

—¿Y tú? —agregó Maxim—. Estás decidido a liquidarte, ¿no es eso?

Artal no respondió, se quedó mirando con fijeza la estatua de Esculapio, el Dios griego de la medicina, que ornaba el escritorio del director.

Maxim se levantó del sillón reclinable y dando media vuelta al escritorio llegó hasta su subordinado a quien dio unas palmadas amistosas en los hombros.

—¡ Nunca habría de economizar un elogio para ponderar tu labor como médico! ¡ En los años que llevo aquí, en el tiempo que tengo dentro de la profesión, nunca, puedo asegurarlo, he visto en nadie más empeño, más abnegación, más constancia que en ti!

Artal levantó la cara desconcertado.

—No te he llamado para llenarte de humo. Tú sabes mejor que nadie, que has cumplido con tu deber. . . sólo que ante esto: ni tú, ni yo, ni nadie podemos hacer nada por detenerlo. . . ¡Nada!
—recalcó la palabra de un modo trágico y precipitado como si fuera producida por el alfilerazo de una convulsión.

Artal se levantó del asiento. Maxim comprendió que había ido demasiado lejos.

—Fui tu maestro. . . tu amigo. . . y lo seguiré siendo mientras viva. En nombre de nuestra amistad te recuerdo que no tienes derecho a suicidarte. . . a arruinar tu vida. . . ¡Tu futuro!. . . ¡Tu felicidad!

—¡Mi felicidad! —dijo como si las sílabas pegajosas se le atoraran entre la garganta y la boca—. Tengo la sospecha de estar excluido de la lista de los hombres a quienes les será permitido algún día decir esas palabras: ¡ Mi felicidad!

—¿Porque una mujer no te quiere?. . . ¿O más bien porque no te quiere a tu manera?

Artal palideció.

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto? —interrogó exasperado.

—Que estás tratando de matarte por ella. Has hecho todo cuanto es posible por contagiarte, por arruinarte, ¡ por acabar con tus últimas energías!. . . ¡Y yo no quiero héroes!. . . ¡No necesito mártires!. . . quiero seguirte llamando: mi amigo, quiero que vivas para ti, para tu carrera, para los demás. . . ¡Para quienes estudiaste! ¡Para tus enfermos!. . . ¡A ellos les haces falta! ¡Ellos son tu destino y deben ser tu razón de vivir! Acepto que te guste demasiado una mujer; pero que te sirva recordar que la medicina también es una mujer, se llamaba Medea.

—No te entiendo —respondió Artal con resignación forzada.

—No me quieres entender. No se por qué diablos Martha no está contigo.

—Yo le pedí que abandonara la ciudad y se marchara a la costa —reconoció Artal.

—Entonces. . . ¿Por qué te has dado a esta tristeza de los demonios?. . . ¿Es que no tenemos bastante con el problema que enfrentamos?

—¡ Apenas me ha escrito! —se lamentó Artal, con el desconsuelo de un niño abandonado por su madre.

—Los teléfonos están bloqueados, el correo anda peor. ¿ Cómo diablos quieres que te escriba?. . . Además Martha es así: despreocupada, voluble, inestable. . . debes situarte en su época, pues parece que definitivamente no es la tuya. . . ¡ Aunque muy a tu pesar vives en ella!. . . ¡ El amor está gastado! —aclaró Maxim— y lo que vendrá después entre un hombre y una mujer, ni siquiera sabemos en qué consiste o cómo se llamará. Se terminó la época en que los hombres arruinaban una carrera, o una posición por las mujeres. ¡ Hay tantas! ¿ No te parece realmente ridículo?. . . y luego, un hombre como tú. . . ¡ Con tu talento, con tu fuerza de voluntad, con la misión que te queda por cumplir entre los tuyos! por quienes has dejado tu juventud. . . tu vida. . . ¡ Tu verdad!. . .

—Es cierto Maxim —aceptó Artal—, el amor en esta época que no comprendo y que vivo a mi pesar, pulula entre las expresiones más bestiales del hombre, más bien se diría reptar en la ínfima escala del sexo, de la indiferencia, de la enajenación, de la infidelidad que desacredita al humano. Yo he querido amar como hombre ¡ y esa es mi verdad!, de la que no dudo, de la que no voy a claudicar jamás, a pesar de épocas y de circunstancias. . .

—A cualquier mujer le dará miedo una obsesión como la tuya —advirtió Maxim,

—Lo sé. Hay un abismo insalvable entre la sensibilidad del hombre y ese sentido práctico de la mujer, ¡ frío como un pedazo de hielo!

— ¡ Y Martha es una mujer! —subrayó Maxim— ¡ Despierta por Dios!. . . ¡ es solamente un ser humano a quien tú has encaramado en el pedestal de tu falso idealismo!. . . ¡ Yo la conocí antes que tú!

Artal se quedó con los labios temblorosos, cual si buscara aclarar las palabras que intentaban inútilmente salir de su boca, como si un estremecimiento desconocido las ahogara.

—¿Quieres decir que fuiste su amante?

—Si lo afirmara o lo negara. . . ¿lo creerías? —interrogó Maxim a su vez—Y aunque lo hubiera sido, ¿qué?. . .

Artal lo contempló con una triste expresión en el semblante.

—¿Qué significa ahora todo esto?. . . ¿Hace falta que te jure que apenas es una amiga?

—Entonces. . . ¿fuiste su amante?

Insistió en preguntar Artal.

— ¡ No te martirices más por Dios!. . . ¡ No! ¡ No! ¡ No!. . . ¡ No fui su amante!. . . ¡ Cuántas veces he de repetírtelo!. . . pero en fin, si ella ha querido a alguno, o lo quiere todavía, ¿cómo puedes tú impedirlo?. . . ¡ Y si tratas de hacerlo, no será precisamente enviándola a la costa como lo conseguirás!

— ¡ Tenía miedo!. . . —aceptó Artal—. Miedo de que se quedara aquí y. . .

—Y estuviera expuesta al contagio, como cualquier otro. Te entiendo. No debes quejarte ahora. . .

—¿Quejarme? —dijo Artal como un eco.

—Bueno, no precisamente. . . pero no puedes ocultar tu amargura. . . tu inmensa amargura. . .

—Más bien mi miedo. . . ¡ El horrible miedo de no volver a verla!. . . Escúchame Maxim: el tufo

de la peste lo impregna todo, ¡algo me dice que no saldremos de esto vivos! . . . conforme. . . nos iremos acabando antes o después que ellos. . . pero hubiera querido. . . vamos, me hubiera resignado con mi suerte si ella. . . ¡Si ella hubiera aceptado ser mi esposa! . . . ¿Comprendes? . . . ¡Yo se lo propuse. . . ¡ Se lo supliqué! . . .

—Fue tu error —reconoció Maxim—. ¡ Rogarle a una mujer es la máxima idiotez de la que se puede servir un hombre para conseguirla!

—Después vino una muchacha. . . ¡y estaba por casarse! . . . ¡y quería tanto a su prometido! . . .

—Que sentiste envidia de la pareja, pese a que hace tres semanas enterramos a la novia. . . ¿No es así? . . . ¡ Quién había de creerlo! . . . ¡un médico brillante como tú! . . .

—Portándose como un niño, ¿verdad? . . . ¡Cómo un imbécil! . . . Un médico no tiene derecho a amar, a envidiar una suerte mejor así sea la de un moribundo! . . . un médico, según tú, no es un ser humano. . . ¡Oh Dios! ¿Cómo es posible que te haya endurecido tanto la profesión? . . . ¡Qué te hayas olvidado de que antes de ser médico, somos hombres! . . .

—Bien, si prefieres, vamos a recordarlo. Te he dejado ir y venir a través de las efusiones exaltadas de tu delirio de amor. . . ahora como médico, como amigo y como hombre, te exijo concentrarte en la irrevocable obligación de tu deber. Regresa unos días a tu casa. Descansa. Recapacita y vuelve a luchar con nosotros. . . ¡Necesito que sigas viviendo, aunque tengas muchas ganas de morirte! ¿Está claro?

Artal dio unos pasos hacia la puerta arrastrando los pies con cansancio, sumergido en un mar de indiferencia y de hastío, tenía los miembros adoloridos y una insoportable ansiedad de reposo.

Maxim le acompañó un trecho.

—Deseo que cuando regreses hayas conseguido desterrar esa obsesión extenuante. ¡ O mejor aún, que Martha llegue a quererte, que sacrifique su libertad por ti! . . . ¡Que sea el imposible de mujer que tú has idealizado!

Artal cerró la puerta del despacho.

Pasillos y corredores conducían a las diversas dependencias del hospital.

“Siempre esa eterna bifurcación de senderos —pensó— en el camino del hombre: el que quiere, y el que le marcan los hados, el que le dicta la razón y le impulsan los sentimientos, el que le ordena el deber y el que concede el derecho. . . el que se rehúsa a andar y la vida lo obliga. . . el que se anhela que lo lleve al amor y lo conduce a la desilusión. . . ¡El que se enfila rumbo a la eternidad. . . y sólo llega hasta la tumba!”

Artal caminaba por la senda que le marcaba su destino.

XI

En aquellos días en que la virulencia de la peste cobró cientos de víctimas, el gobierno se vio precisado a extremar las medidas aislando a la castigada población.

Se interrumpieron por completo las comunicaciones y la estación ferroviaria se convirtió en un cementerio de chatarra negruzca, donde dormitaban fantasmales y tétricas; locomotoras gigantes y vagones polvorientos con su aspecto de monstruos antdiluvianos.

Las líneas telefónicas ocupadas en gran parte por los atareados burócratas, apenas se daban abasto para satisfacer la creciente demanda de los abonados. Había que esperar hasta cinco o seis horas para conseguir una llamada de larga distancia, que nunca debía prolongarse más de dos o tres minutos.

Los vehículos continuaron circulando con normalidad hasta agotar las existencias de gasolina,

poco después un estricto racionamiento dejó a las calles desiertas y sólo los tranvías con su molición pesada y mohosa trepidaban sobre las líneas azules de sus rieles, interrumpiendo a intervalos el silencio mustio de una ficticia paz, comparable al sueño apacible de una interminable tarde de domingo, que se despertara intermitente con el escalofriante ulular de las veloces ambulancias que adueñadas por entero de las calles corrían diligentes con su carga pavorosa, empeñadas en el eficaz servicio de la muerte.

Acorralados, indefensos, acicateados por el miedo, los pobladores de la ciudad maldita no se resignaban con aquella reclusión brutal, buscando por todos los medios a su alcance propiciar la huida; y como al amparo de la noche algunos osados consiguieran alcanzar las montañas burlando la vigilancia policial, se dio orden al ejército de formar un compacto cinturón que impidiera por la fuerza de las bayonetas la salida de ninguna persona. No quedó otro remedio que sufrir con estoicismo el cautiverio y las separaciones forzosas de los amigos y familiares que habían logrado huir. Algunos intentaron, casi siempre sin éxito, el soborno o las influencias; los partidos de oposición no perdieron la oportunidad de organizar motines donde menudearon los insultos para el Alcalde y aún para el ejército, pero el Ministro francamente atemorizado ante la perspectiva de que el mal se extendiera a otras regiones del país, permaneció firme.

Entonces, y para colmar todos los males, comenzaron a menudear los hechos violentos: una noche un grupo de obreros metalúrgicos decidió romper el odiado cordón militar, una patrulla los descubrió y sólo hubieran menudeado golpes y culatazos si uno de ellos, quien iba armado de una pistola, no hubiera tenido la mala ocurrencia de usarla. Se generó un breve tiroteo que costó la vida de un teniente y una alocena de heridos entre ambos bandos.

La prensa antigobíemista desató una verdadera ola de escándalo: ¿No bastaban los estragos de la enfermedad, sino que todavía se ensañaban con la más bárbara represión? . . . ¿Y el ejército, esa raza agresora e improductiva, que no había ganado más que vergüenzas y derrotas para el país, era el cruel instrumento del que se servía el egoísmo gubernamental, para condenar a una muerte segura a los ciudadanos que intentaban huir del contagio?

¿Además, era lícito dejar morir a miles de personas en las camas infectadas de los hospitales, con sus familiares alejados?

El Gobierno se vio obligado a ceder ante algunas demandas y expidió un decreto mediante el cual se permitía regresar a todas las personas deseosas, siempre y cuando aceptaran sujetarse a la consabida reclusión posterior. Desdichadamente el ofrecimiento apenas fue aceptado por unos cuantos. Todo el mundo sabía que en el aire pululaban los gérmenes de la infección y la pavorosidad del temor se había esparcido en el país como un smog maligno.

Quienes tocados por una instintiva piedad hacia los suyos se arriesgaban a regresar, lo hacían utilizando los incómodos y escasos medios de transporte que llegaban sólo hasta quince o dieciséis kilómetros antes del cinturón; y con sus maletas a cuestas, emprendían por el asfalto ardiente de la carretera una caminata que les agotaba.

Apenas cruzaban las líneas militares, el cuadro de horror emergía como una espantosa pesadilla. A pesar de los alimentos que suministraban naciones extranjeras y el resto del país, lo mal organizado del transporte, la pésima distribución y el robo o abuso sistemático de los funcionarios menores, había restringido considerablemente el reparto de víveres, concretados a alimentos enlatados, leche en polvo y café soluble; el mercado negro hacía de las suyas, y los comerciantes procuraban enriquecerse ocultando mañosamente las mercancías que vendían a los pudientes a precios exagerados.

Se habían instalado cinco hornos crematorios cuyas chimeneas expelían perpetuamente el inquietante humillo producido por el combustible humano, que alimentaba casi sin tregua el fuego aniquilador. El polvo convertido en lodo pestilente, avivado por los rayos solares, propiciaba la macabra proliferación de los bacilos.

Las lluvias escasas ya, producían un vaho ponzoñoso que emanaba de la tierra, desparramándose por el ambiente e injertándose en la garganta y en los pulmones. La paralización en mayor o menor grado de todas las actividades, el desorden y la impotencia empezaban a imperar con sus desagradables con-secuencias: el agua potable apenas fluía en los grifos tres o cuatro horas al día; la energía eléctrica, que inicialmente comenzó a fallar con frecuentes y largos apagones, terminó por suministrarse únicamente tres horas, dejando a la ciudad en la más tenebrosa oscuridad, apenas atenuada por las ventanas tímidamente iluminadas de los improvisados hospitales.

La desocupación, el ocio forzoso, la implacable inseguridad de amanecer vivo o muerto al día siguiente y ese hurnsno afán de apurar hasta la última gota de la vida, engendraban una clientela ávida y aparentemente despreocupada en los lugares de diversión. Nunca se vieron más concurridos los burdeles de la zona roja o las casas de juego cuyo clandestínaje afloró con una desvergüenza retardora.

La policía ocupada en las tareas de desinfección, reparto de víveres y aun entierros o destrucción de cientos de cadáveres, optó por hacerse de la vista gorda, contentándose con la nada despreciable parte del botín del juego, de la prostitución y de las drogas.

En aquella prisión disfrazada, cuya única salida parecía ser la muerte, el fugaz entretenimiento de! vicio distraía la mente de la trepidatoria obsesión y los espamos deleitosos del amor físico, silenciaban los proyectos del porvenir.

La novia: distante, muerta, infectada, o expuesta al fatídico contagio, era la esperanza fallida, la ilusión prematuramente abortada; entonces, quedaba como último recurso la cortesana, con su carne mercenaria y pronta, entrenada en la lascivia, dispuesta siempre a esa parodia degradante del amor, a esa excitación que va a perderse siempre en el lago del mismo desencanto como un camino turbio que condujera al insondable abismo de una idéntica frustración; y aquella carne, insaciable esponja lo mismo de semen que de sueños, en el aciago momento de la renuncia, volvía a ofrecer su desnudez hasta el hartazgo, para develar simbólicamente el incitante misterio de la mujer inexpugnable y vestida, lejana o insegura, muerta o ausente.

Los bares se llenaron de ebrios y los billares de desocupados. La natural consternación primogenia hacia el dolor humano, fue diluyéndose en una indiferencia brutal y egoísta.

Pronto el paso de las ambulancias, de las carrozas fúnebres y de los caminos municipales atestados de cadáveres que iban a ser arrojados en las fosas recién abiertas, se fueron haciendo costumbre, afirmando esa adaptabilidad de los humanos, que tan fácilmente suelen habituarse lo mismo a lo heroico que a lo abyecto, a lo grandioso que a lo triste, a lo cómico que a lo trágico.

Nuevas disposiciones gubernamentales prohibieron velar a los fallecidos, impusieron guardar cuarentena obligatoria a los familiares de los pestíferos y ordenaron el trabajo forzado a los detenidos para la infausta tarea de trasladar cadáveres, abrir fosas y rociar las heridas de la tierra con cal hirviente, convirtiendo a los improvisados cementerios en blancos sudarios, que contrastaban con las negras cruces teñidas de desolación, ofreciendo el fantasmagórico panorama de un dominó macabro.

La escasez de papel obligó a los periódicos a extraer las noticias, ¡curiosa paradoja! cuando los lectores disponían de tanto tiempo libre para leer.

Un alud de pronósticos basados en estadísticas o en simples especulaciones surgió dando plazos cortos o largos a la terminación de la peste, no faltaron los cálculos astrológicos, cuyos autores se justificaron de sus fracasos anteriores argumentando mil pretextos; más de algún sectario dejó caer la espantable amenaza del fin del mundo.

Abjurando su inicial despreocupación, la prensa dedicaba ahora, con acentuada oficiosidad, la mayoría de sus empequeñecidas páginas a la epidemia. La fobia de un escritor, impulsó a éste a lanzarse a buscar culpables, pero el periodista apenas encontró eco. Se habían ido los tiempos en que los judíos fueron víctimas de todos los fanatismos, aun del propio cuando habían sido acusados injustamente de envenenar las fuentes provocando la peste. ¡Y qué decir de aquellos días inciertos de la Edad Media! . . . entonces se les achacó haber martirizado y profanado nuevamente el cuerpo de Cristo, la sagrada hostia en cuya marfilea divinidad habían aparecido como signos inequívocos del renovado martirio unos puntos rojizos de donde manaban gotas de sangre.

Ahora ya no era posible hacerles culpables de semejante superchería. La ciencia había probado que los diminutos corpúsculos encamados eran hongos, pero aún le quedaba por explicar qué desencadenaba aquella epidemia devastadora.

Y el silencio respondió por la implacable cólera de los hados.

En los laboratorios del Hospital Municipal se incubaban caldos de antibióticos, a semejanza de los que se preparan para combatir los bacilos diftéricos, los agentes del tétano o del carbunco, pero sin conseguir ningún resultado ligeramente alentador.

Un grupo de microbiólogos se empeñaba en producir un bacteriógrafo cuya hambre insaciable devorara los maléficos bacilos: otro grupo ensayó un bactericida capaz de exterminar a los diminutos bastoncillos que contienen los bacilos de la peste, pero evidentemente predominaba también un elemento de contagio, venenoso, invisible para el microscopio mismo: el virus.

Las laminillas de vidrio se teñían de rojo y azul alternativamente, pero a los entusiasmos repentinos, siguieron siempre la decepción y el escepticismo.

Un país extranjero envió por avión la primeras ampollitas de una nueva droga recién descubierta, a la que no imponían todavía un nombre corriente; y la que aún presentaba muchas dificultades para su fabricación sintética o biológica en serie.

Los médicos supusieron se trataba de otro descubrimiento igual que la penicilina —cuyo poder destructor abarca hasta ochenta y nueve bacterias patógenas—, que ofrecía además la singular ventaja de que la inyección evitaría el paso del medicamento por el tubo digestivo, con el grave riesgo de ser expulsado prontamente en el vómito.

Comenzaron a usarlo con algunos enfermos y comprobaron que mejoraban considerablemente en pocas horas. . . pero sólo para agravarse posteriormente con mucho mayor intensidad.

Definitivamente, no volvería a iluminar la historia de la medicina una figura de la talla del doctor Selman Waksman, el diligente ucraniano descubridor de la estreptomicina. . . y con el desgano alimentado de cien fracasos, aguardaron la llegada de un prominente científico extranjero, el Profr. Lawrence Cárter MRCP, cuyo entrenamiento en los hospitales de guerra, y un entrañable conocimiento de las epidemias, que sus largas estancias en Africa del Sur y en la India le proporcionaron, venía a reforzar con un equipo de químicos, bacteriólogos y farmacólogos aquel ejército de esforzados cruzados de la deses-peranza.

XII

De mal talante obedeció la orden de su superior el doctor Artal. Anémico, enfermo, agotado por una extrema fatiga, optó por irse a vivir en aquel pequeño apartamento que su afán por una muchacha lejana, casi increíble, lo había llevado a instalar en un tranquilo rumbo de la ciudad.

Entre aquellas paredes Artal dejó reposar su cuerpo maltratado en las desveladas, el ayuno y el trabajo extenuante.

No supo cuántas horas durmió, o más bien cuántos días, si bien se despertaba a intervalos que fueron acortándose progresivamente a comer un trozo de pan duro y algunos alimentos enlatados que había conseguido en una tienda después de formar una larga fila casi medio día.

Durante las primeras horas, se había sumido en un sueño largo y pesado en que a las pesadillas de colores reemplazaba esa negrura mortificante, espesa y pegajosa, más espantable aún que las visiones terroríficas; después recordaba vagamente haberse protegido de los repetidos timbrazos del teléfono, tapándose la cara con las sábanas.

Finalmente se levantó y descorrió con un gesto cansado las cortinas: los techos emergieron húmedos como si el cielo hubiera estado llorando sobre el paisaje; una fina lluvia goteaba con insistencia pretendiendo lavar las manchas de la ciudad desgarrada.

Artal contempló con profunda melancolía aquél panorama de desolación.

Los destrozos, la hediondez y la mugre acumuladas parecían haberse instalado desde hacía mucho tiempo.

Los edificios, las calles, los autos, parecían pertenecer a un saldo de inutilidades que se rematara en un bazar de viejo, monstruoso y destartado, donde se hubiese apilado todo lo feo, lo promiscuo, lo insano y lo deprimente que pudiera contener aquel enjambre de sitiados, de humanos desmoralizados de su ingrata condición de hombres: ajados e inútiles, próximos a desintegrarse entre un diluvio de bacterias en cuyo fango fétido no podía navegar ningún arca ni salvarse ningún Noé. . . y que, sin embargo, insistían en aparentar un cariz engañoso de normalidad, díganlo si no esos tranvías viejos arrastrando sus penosos esqueletos, las dos o tres tiendas que se alcanzaban a divisar, ofreciendo sus mercaderías manoseadas, las más de ellas inútiles.

Se restregó los ojos, como si pretendiera alejar los restos del delirio en que la pesada embriaguez del suelo lo había sumido. Se quitó el pijama y lo arrojó en el lecho desalineado, entró en el diminuto cuarto de baño y abrió los grifos intentando terminar de despertarse. Un chorro inseguro de agua entibiecida le recorrió el cuerpo. Disfrutó unos minutos su acogedora frescura, aspirando el perfume barato de la jabonadura, luego se llevó las manos a la cara y la barba hirsuta como haz de espinas le mordió los dedos; buscó una navaja de afeitar e instintivamente se acercó al espejo, no hizo más que mirarse un instante y se apoderó de él la penosa certidumbre de haberse convertido en un viejo, como si aquellos días se hubiese concluido su juventud; paseó con furia mal contenida la navaja, buscando en la dermis pálida renovar el color de la mocedad, pero al librarse del oprobio de aquellos pelos indecorosos, sólo pudo comprobar un rostro surcado de arrugas y unas sienes blanqueadas por las primeras canas.

Se limpió el jabón y derramó en su piel, con impulso masoquista, una porción excesiva de loción fuerte: se secó el cuerpo sin cuidado y fue a vestirse con una ropa que parecía haberle sido confeccionada con apresuramiento, como si él nunca hubiera encontrado un tiempo para probársela.

Lo inundaba esa pereza depresiva que le hacía encorvar los hombros como si llevaran el cansancio acumulado de toda su vida, oprimiéndole los músculos, traspasándole hasta los huesos y los nervios.

Unos golpes en la puerta, y el chocar de un objeto de vidrio en el umbral, le recordaron que la

amabilidad de una vecina obesa, quien parecía estar perpetuamente de buen humor, le había acercado desde hacía algunos días hasta su puerta una botella de leche. Artal fue a buscarla, la brisa de un airecillo refrescó sus pulmones, caminó unos pasos hacia la terraza apretando entre sus dedos la botella. Los tímidos rayos del sol se dilataban sobre las bardas bajas, perfilando un levisimo contorno de luz amarillenta en los muros altos. Algo en su interior le dijo que el milagro que salva a los continentes, a las civilizaciones, a las edades, volvería a repetirse. El descenso de las aguas seguiría a la cólera devastante del diluvio, pero él ¿estaría acaso todavía allí para contemplarlo?; cerró la puerta tras de sí y encerró la botella en la hielera.

Mientras acercaba la reluciente cafetera al calor de la estufa, se puso a repasar con clarividencia cruel toda su vida gastada; nunca había sido capaz de alimentar un rencor siquiera unos pocos días, pero el desapego de Martha le hería profundamente, como un taladro cuya dureza de diamante le escarbara las entrañas. . . se bebió a sorbos largos su café, sin importarle que el líquido escurriera por las comisuras de la boca, mordisqueó un trozo de pan con una mezcla de desprecio y rabia, luego, cuando hubo pasado tres o cuatro bocados, con la intensidad de un fuego que revive, volvió a asaltarlo aquella tenaz ola de compasión por él y por todos los hombres a quienes al nacer se les había marcado por igual con el estigma insustituible del dolor y de la muerte, pero a quienes por una voluntad inconcebible también se les había distinguido en ese tránsito haciéndolos a unos relativamente dichosos y a otros infinitamente desafortunados.

¡ La vida es un enorme pozo, cuyo fondo nunca acaba de saciarse de lágrimas!, masculló entre dientes la frase, reprochándose al instante la censurable manía. Buscó una corbata, con esa prisa que se experimenta a veces por salir, aunque no se sepa a dónde ni a qué.

Unos toquidos fuertes y decididos le previnieron una visita. No podía ser la vecina obesa, Artal ensayó poner una cara más amable y fue a abrir la puerta. La cabeza calva del doctor Constantini estaba ahí rematando su opulenta humanidad.

—¡Doctor! —dijo a modo de saludo—. Pase usted. . . pase. . .

Constantini le tendió la mano.

—Nos tiene usted francamente preocupados. . . ¡Muy preocupados!

—Comprendo —concedió Artal—. Me he excedido tal vez de mi permiso. . .

—De ninguna manera, doctor, no piense usted eso. . . por el contrario, exageró usted su responsabilidad. ¡ Era inaplazable que descansara unos días!. . .

—Pero ustedes. . .

—Hemos recibido refuerzos, hay médicos de todo el país en los hospitales. . . y aun extranjeros como usted sabrá. . .

—No he leído diarios. . . ni siquiera escucho la radio. . .

—Entonces, ¿está usted ayuno de noticias?

—Así es —admitió Artal.

—Ayer llegó el doctor Cárter con un equipo muy respetable de colaboradores.

—¿Usted cree que puedan hacer algo?. . .

—Quizá no mucho, pero agradecemos el gesto de un país extranjero, sobre todo en estas circunstancias. . .

—¿En estas circunstancias? . . . —repitió Artal—. ¿Es qué ha aumentado la intensidad de la epidemia?

—No es eso precisamente, doctor, por fortuna puedo asegurarle que ha estado decreciendo, las medidas sanitarias tan severas empiezan a dar buenos resultados. Pero. . . es que ahora las cosas han tomado un cariz diferente en otro aspecto. . .

—¡ Explíquese usted! —insistió Artal con desasosiego.

—Sí claro. . . a eso he venido. . . ¡precisamente a eso! Nos hemos quedado sin jefe y. . .

—¿Qué dice usted? —exclamó Artal en el colmo de la sorpresa—. ¡ Qué el doctor Maxim!. . .

—¡Murió esta mañana poco después de la madrugada!

Artal se llevó las manos al pecho con desesperación, mientras dos hilos de lágrimas le rebosaban en los ojos.

—¡Dios mío!. . . ¡Dios mío!. . . —repitió con angustia.

—Todavía nos preguntamos por qué tuvo que sucederle a él. . . si todos hemos estado igualmente expuestos al conta- gio*

—¡Maxim!. . . ¡Maxim!. . . —repitió Artal con la lengua hecha nudo—. ¡Mi maestro!. . . ¡Mi amigo!. . . ¡Tan capaz!. . . ¡Tan brillante!. . . ¿Por qué él Dios mío?. . .

—¿Por qué él?. . .

Un alud de sollozos le oprimió el pecho. Constantini le tocó los hombros.

—Nunca me hubiera atrevido a perturbar su reposo, aunque abrigamos serios temores por su salud.

—¡Mi reposo, mi cobarde reposo!. . . cuando ustedes se matan trabajando.

Se reprochó.

—Perdone que discrepe esta vez con usted doctor, un médico es algo así como un soldado, que también debe respetar órdenes. Usted no hizo otra cosa que obedecer a su superior. . . y a su maestro. . . ¡De haber continuado en el hospital por una causa o por otra estaría usted. . .

—¡Muerto!. . . ¡sí, muerto!. . . ¿Y qué?. . . ¿A quién hago yo falta?. . . ¿Para qué otra cosa que no sea atender parturientas o curar catarros he servido?. . . ¿Por que él Dios mío?. . . ¿Por qué él? Volvió a repetir como un lamento desgarrador.

—Fue tan violenta su muerte —explicó Constantini— todavía antes de ayer por la mañana despachó unas horas, después bajó a las salas, dio órdenes. . .

¡Siempre activo, dinámico!. . . luego, se acercó a un enfermo y fue a tomarle el pulso. . . yo estaba detrás de él. me pareció que tosía, luego comprendí que era el vómito. . . ¡El terrible vómito!. . . ¡ Presagio inequívoco de la muerte!. . . Así lo entendió él. Pidió que le aislásemos inmediatamente. Conservó casi todo el tiempo la lucidez. Hasta el último momento dictó órdenes. Nosotros pensamos que su resistencia le ayudaría a sobrevivir unos días más. . . ¡Pero no!. . . ¡Su organismo estaba anticipadamente agotado y fue pasto fácil de la fiebre y del microbio!

Ahora, seréne usted. . . ¡ también para mí ha sido un golpe demasiado duro!

Si gusta, podrá acompañarnos al entierro. . .

—¡No! —exclamó Artal—. ¡No podría resistirlo!
—El sabrá comprender. . . pero, ¿vendrá esta tarde al Sagrado Corazón, no es así? . .

A las cinco y media se oficiará una misa. . .

—¡No faltaré! —prometió Artal.

Si se acerca usted a Dios, en el momento en que vaya a rendirle cuentas. . . lo apreciará mucho.

Constantini ensayó una despedida.

—¡Doctor! —llamó Artal.

—¿Sí? . . —respondió el italiano.

—¡Hoy tomaré mi puesto en el hospital!

—Todavía no. Aguarde usted un día más. Me han encargado decirle que debe usted esperar hasta mañana. Es posible que le asignen una nueva tarea. Descanse ahora, le hará bien.

Le aseguro que mañana podrá usted desquitarse cuanto quiera trabajando.

Y cerró la puerta con suavidad.

XIII

El aire húmedo y frío de los viejos muros catedralicios se alojó en aquella iglesia deteriorada por los años, el polvo y la grasienta negra anidada por diez generaciones parecía haberse impregnado sin ningún respeto a su condición sagrada.

El piso mostraba excesivas grietas que alojaron alguna vez mosaicos blancos y negros, donde el rojo desteniño de los ladrillos se asomaba con esa impudicia de las cosas gastadas.

Las naves oscuras y profundas, como la boca de una caverna enorme le daban esa sordidez siniestra, esa melancolía impávida que veía entrar los rayos de sol sin inmutarse y que se volvía más densa, como una cortina de tinieblas en el atardecer dudoso, cuando la débil luz amarillenta de los cirios venía a reemplazar la claridad reflejada en los vitrales sucios y opacos.

Las tristes veladoras: gimientes y precarias, más que prodigar con su llama un poco de consuelo, parecían sintetizar esa debilidad mustia de la plegaria humana, tan breve, tan tímida, tan miserable frente al armonioso Haz de luz cuyo fuego ardiente, abrasador y deslumbrante fije en ebullición astros y volcanes, nebulosas y galaxias, mundos y estrellas.

Artal pensó que el refugio de Dios era frío y escasamente acogedor. Miró sin ver, poseído de una estupidez aniquilante, los altares cuajados de un dorado caído, en cuyos nichos emergían con sus rostros sepulcrales, macilentos, sufrientes, aquellos santos ornados de sobrepellices blancos o de casullas violáceas.

La fatiga de su mente se fue posesionando de sus miembros, cual si aquella visión fantasmal le fuera sumergiéndolo en el negro pálido de un letargo.

Frente al altar mayor, y en el simbolismo del ataúd negro —pues el cuerpo del difunto yacía desde hacía muchas horas bajo la cal y la tierra, ante el temor del contagio— el severo catafalco se iluminaba tenuemente con la avara llama de sus cuatro cirios enmarcados en la enlutada cenefa de los crespones oscuros, haciendo más densa la negrura y más espantable la nada alojada en los despojos inertes de la materia vacía.

Ahí: dentro de aquella caja, fibra desgajada del árbol truncado. reposaban los restos, en la inmovilidad de lo eterno, de aquel luchador incansable, de aquel piloto valeroso que moría en su nave fatídica a mitad de la tormenta, sereno, seguro, heroico, rubricando con el ejemplo sublime de su sacrificio su trayectoria de apóstol, su vida de mártir, su victoria de luchador, su diáfana claridad de profeta a quien no cegaron los relámpagos alarmantes y turbios, a quien no aterró la fantasmal visión de la agonía, ni conmovió el rayo atronante de la muerte.

Artal siguió con los ojos los trece escalones del altar mayor sobrio y severo, urgido de esa majestad hierática de las cosas santas, y se detuvieron en el recinto enlazonado del tabernáculo semioculto por una cortinilla morada.

¡ Allí está Dios! —pensó Artal—, parapetado, escondido, ofuscado en un silencio, obsesionado en una invisibilidad, aferrado a ser etéreo; El quien podría ser tan elocuente. . . Ahí estaba, mudo, cuando más preciso era que hablara, inmóvil cuando más necesario era que volara, que surgiera del immaculado resguardo de la hostia; diáfano, cuando más imprescindible era que se materializara y consolara, y curara como lo había hecho tantas veces el Hijo taumaturgo, y enseñara y predicara y se dejara mirar, contemplar, manifestar para aquellos quienes pululan en la mediocridad atrofiadora de la vida o en el umbral desconocido de la muerte. . . ¡Y que tienen sed de El, ansias de El, nostalgia de El!
Pero he ahí. . . Dios se quedaba: silente, mudo, impalpable, incomprensible. . . y Artal se preguntó si realmente existía, y si tal era, qué razón había tenido para irse a vivir ahí.

La lógica vestida de escepticismo o la razón disfrazada de duda, se turnaron para herirle con el puñal ignominioso de un sofisma pagano, o con el ácido corrosivo del ateísmo destructor, pero antes de que desparramara la repulsiva respuesta de la desesperanza, un fraile agustino subió hasta el pulpito chirriante y apoliliado y con la señal de la cruz conjuró al maligno demonio de la blasfemia :

—Sólo Dios, hermanos en Cristo, tiene el infinito poder de transformar los males en un manantial inagotable de bienaventuranzas. Sólo El, con su poder infinito, es capaz de realizar la alquimia prodigiosa que transformadlas lágrimas en felicidad, la incertidumbre en amor, el infortunio en triunfo! . . .

Sólo El con sus secretos designios, inconmensurables para nosotros, incomprensibles a nuestro humano entendimiento, sabe la causa justa, conoce la razón certera, por lo que nos envía el dolor y la expiación. . .

Cierto es que hoy nos hemos reunido aquí para llorar, para elevar desde lo más hondo de nuestros corazones la más sincera plegaria por la salvación de un alma cuyo cuerpo no estará más con nosotros.

¡ Cierto es que la epidemia ha traído la muerte, las lágrimas, el dolor! . . , pero igualmente verdadero es que aún en tan aciagos momentos Dios no nos ha abandonado, pues nos ha concedido en su previsor sabiduría, los consuelos de la resignación cristiana, la gracia del arrepentimiento y en prueba de su nunca agotado caudal de misericordias, el privilegio sublime de la oración. . . .

¡ Oremos hermanos, oremos porque los aparentes males sean verdaderos bienes. . . oremos porque de nuestro sufrimiento obtengamos el provecho del goce eterno! . . ¡porque de nuestra fe quebrantada levantemos un templo de granito donde se estrelle impotente la adversidad! . .

¡ Porque de nuestra angustia recibamos fortaleza. . .

porque de nuestras inquietudes, mane prodigioso el caudal sublime de la paz. . .

porque de nuestras dudas surja el arco iris de la fé. . .

porque de nuestra desilusión nazca el amor, el supremo e infinito amor, vencedor de mil muertes y triunfador de todas las desdichas! . . .

¡ Porque de nuestro dolor obtengamos el don espléndido, objetivo divino del Dios-Hombre, fin y principio de la redención !. . .

El predicador abandonó la cátedra sagrada lentamente, el órgano dejó oír su sonido destemplado, una voz rispida, con un timbre particularmente desagradable, cantó con una monotonía sorda el “requiescat in pace”.

El oficiante revestido de casulla y cingulo nebrós, des endió hasta el fétetro para rociarlo de agua bendita:

—¡ Vuelva al polvo, todo lo que del polvo salió!

Los monaguillos con sotanas negras respondieron al ininteligible latín del sacerdote.

Artal meditaba con esa profundidad inequívoca que desengaña de las cosas vacías. Sentía deseos de quedarse solo para meditar en las palabras del predicador; el ritual de la ceremonia le parecía hueco, y cuando el cortejo clerical se encaminó con solemne prestancia hacia la sacristía, el módico sintió un grato alivio.

Mientras apagaban las escasas luces y los cirios, sumiendo a la iglesia en la suave penumbra de las ve'adoras, Artal se

levantó de su asiento buscando la salida más próxima, en un intento de eludir esa charla vana que describe los horrores y sufrimientos de una agonía. Sus pasos se encaminaron hacia una puerta situada en el costado derecho, intentó abrirla, pero los pasadores no cedieron, persistió en el intento, pero su mirada fue a tropezar ante una imagen dr San Pablo quien ostentaba un libro abierto, ahí en gruesos caracteres se leía la sentencia que inmortalizó al apóstol: “La verdad nos hará libres”.

“¡La verdad!” dijo el médico por lo bajo, con la convicción amarga de quien sabe demasiado que nunca logrará descubrirla.

Artal caminó un poco más. hasta situarse frente a la capilla desnuda y oscurecida que presidía un Cristo enorme, casi espantable: con los miembros violáceos, las venas saltadas, las sienas sangrantes y ese dolor, condensación de todos los dolores, repartido en cada célula, diseminado en cada partícula, atenazado en cada espina, incrustado en cada Haga, vibrante en cada herida, punzante en cada mordedura de la carne abierta.

Sintió el estremecimiento de un escalofrío, como quien por una concesión divina percibe en la miera de un segundo el secreto de todos los universos. Ahí estaba la verdad, en aquellos dos maderos hechos cruz, en aquellos brazos extendidos, sujetos con los clavos bárbaros del tormento: y, sin embargo, voluntariamente dóciles abarcando con su amor, con su amor infinito y vasto, inconmensurable y grandioso, a la humanidad entera. Ahí ~ estaba la verdad, la única verdad posible. La exclusiva verdad que traspasaba los límites de la vida y sería capaz de derrotar a la muerte. La medicina, era sólo un medio. Un medio limitado y humano que apenas conseguía con su débil balbuceo prolongar unos instantes más la vida, detener un poco la embestida cruel de la potencia malévola de la destrucción, ¡ Sólo el amor podría derrotarla! . . . ¡Sólo el amor perpetuaría a los hombres, es decir, a lo mejor de ellos! . . .

Artal salió de la iglesia y en el aire que respiraban sus pulmones, supo que era libre. ¡ Ya no era el aire fétido impregnado del miasma de la peste! . . . Entonces comprendió las palabras del apóstol.

La noche oscurecía lentamente en el cielo. Doscientos médicos con traje y corbata negros rodeados de decenas de enfermeras, ayudantes y pasantes de medicina, aguardaban hablando en voz baja. El doctor Constantini se acercó con gesto amable y comedido.

—Doctor, lo acompañamos en tan aciagos momentos. . . sabemos que el doctor Maxim fue su maestro y era su amigo. . .

Artal se desconcertó ante aquella excesiva cortesía, que más bien debía pertenecerles a los familiares del desaparecido que esperaban llorosos y contritos a prudente distancia.

—¡ Era amigo de todos! . . y fue maestro de muchos. . . Esto nos atañe por igual.

Los demás se habían ido acercando formando un amplio semicírculo.

—Desde luego, doctor —concedió Constantini—, todos lo hemos sentido mucho. Murió en el cumplimiento de su deber.

—¡No morirá del todo! —protestó Artal—>. ¡Nos quedan sus enseñanzas, su ejemplo, su obra!.

— .

— ¡Así es! reafirmó Constantini—. Y todos hemos pensado que nadie mejor que usted para continuarla.

Artal palideció,

—¿Qué me dice usted?

—El Alcalde ha firmado su nombramiento esta mañana doctor, usted asumirá desde ahora la dirección del Hospital Municipal.

—¡Pero yo! . . —balbuceó Artal estupefacto.

—¡Todos estamos con usted! Aseguró el doctor Cazals.

—¿Pero por qué yo?. . . ¡Entre nuestros compañeros hay médicos mucho más capaces!. . . ¡Yo sólo soy un estudiante con título!. . .

A la modestia del galeno respondió el silencio. Constantini le ofreció la mano y Artal no piado rechazarla. Siguieron todos, uno a uno, se acercaron a su nuevo jefe para protestarle su adhesión y su fidelidad.

Las enfermeras aguardaron pacientemente su turno; y luego fueron desfilando tímidas e inseguras. Artal las llamaba por su nombre, en un intento de parecerles amable, después, cuando menos lo esperaba, el hábito blanco de una monja le recordó a Sor Concepción.

—¡Madre! —exclamó—. ¡Usted no podría faltar!. . . ¡Fueron muchos años al lado del doctor! . .

.

—¡ Así es! —concedió la religiosa—, estuvimos hasta el último momento a su lado. . . — agregó con humildad, evitando confesar que fue su enfermera de pie.

•—¡Fue un médico ejemplar!
Repitió Artal mecánicamente.

—¡Y un gran amigo!. . . ¡Un gran amigo de usted!. . . no perdió nunca el conocimiento a pesar de la altísima fiebre. . . ¡Tenía una resistencia envidiable!, una hora antes de morir

firmó la petición para el Alcalde, rogándole que permitiera regresar a su esposa. . .

Artal sintió desfallecerse. Tragó saliva y un momentáneo estrangulamiento de la garganta le impidió hablar.

—¿A mi esposa? . . . ¿Qué me dice usted? . . .

—Y de que otro modo podría llamar a una mujer que viene a reunirse con su compañero en tan aciagos momentos. . .

—¡Martha! —exclamó—. Y su voz fue como un grito liberado de todas las fibras de su ser.

XIV

Artal presionó el acelerador de su automóvil y atravesó velozmente las calles desiertas, ebrio de impaciencia, tratando de poner un poco de orden en el violento torbellino de sus pensamientos. El mundano afán de aparecer ante la mujer amada siempre impecable lo condujo mecánicamente hacia su apartamento. Una vez que se deshiciera de aquel horrible traje negro iría a buscarle. Estuvo a punto de estrellarse dos o tres veces, absorto como iba en sus meditaciones, pero sus manos consolaron el volante con la firmeza de quien ama con inusitada voracidad la vida.

El bramido siniestro de una tormenta que se avecinaba retumbó a lo lejos. Artal bajó del auto y sus piernas devoraron las escaleras con un desplante vigoroso. Abrió la puerta y halló 3a estancia iluminada. Dos maletas estaban en el piso y con el adorable descuido de una mujer, cien prendas femeninas yacían diseminadas en el sofá y en la alfombra.

Una canción grave y cadenciosa, como un dulce murmullo, se ahogaba entre el monótono estrépito de la ducha. Artal se quedó inmóvil, como si algo de macizo y pesado se hubiese apoderado de pronto de su cuerpo, impidiéndole moverlo con la ligereza de unos segundos antes.

La canción se perdió con el golpeteo del agua. En la pausa silenciosa de unos segundos, el médico cerró la puerta e intentó dar dos o tres pasos. No hicieron falta más. Un cuerpecillo tembloroso, apenas cubierto por una bata, se acercó a él, impregnándole de su aroma húmedo y vaporizante.

Artal sintió la boca llena de palabras, pero un nudo en la garganta le prohibió hablar una sola. Martha comprendió la elocuencia de aquel silencio y corrió a su encuentro, acurrucándose con angustiada violencia. El le ciñó la cintura, devorándola con los ojos, estrechándola con todas sus fuerzas hasta hacerle daño. El femenino instinto de aquella muchacha tan rebelde, buscó con desusual docilidad el amparo de unos brazos capaces de protegerla; Artal, quien solía intentar siempre una caricia suave, como si se tratara de una muñeca de porcelana, apretaba aquel cuerpo con la inclemencia ansiosa y nueva que buscara incrustarlo en el suyo.

En aquellos segundos la sintió ligada a él por el vínculo más sólido y fuerte de todos los que hubieran inventado los hombres en su ancestral empeño de retener ese ser resbaladizo y fascinante que llamamos mujer.

El pelo mojado de la muchacha le refrescó la cara y su respiración jadeando le avisó que la salvaje caricia la estaba axfi- xiando. Entonces, aquellos brazos que habían sido como dos garfios, aquellas manos que intentaban encerrar en el puño la inquietante brevedad de una cintura, volvieron a ser: humildes y mansos, manos que agradecían acariciar los cabellos claros, brazos que tomaban con la beatitud que se pulsa una custodia, el cuerpo de la mujer querida, divino santuario de lo sublime, de lo bello, de lo único auténtico, ¡ por lo que el hombre nace, por quien el hombre vive! . . .

—¡Te estoy haciendo daño! —dijo Artal excusándose torpemente.

—¿Cómo podrías tú hacerme daño? . . . —le respondió son- riéndole con la inocente ingenuidad de una colegiala.

El la miró atónito, contemplando su rostro, bebiendo la luz maravillosa de sus ojos con un placer jamás saciado.

—¡ Martucha! . . . —exclamó, con una voz que nunca hubiese creído poseer, luego, como si en medio de aquella euforia hubiese querido descender a la realidad insípida y fría, agregó con desconsuelo:

—¡No debiste haber venido! . . . esto se ha convertido en un foco de infección. . . ¡Es peligroso! . . . —agregó volviendo la cara, como si a pesar de no haberse llenado de mirarla, tuviera miedo de encontrarse con la celeste claridad de aquellos ojos. . . —Además, ¡ tu madre estaba a salvo! Entonces Martha puso los dedos de su mano derecha sobre los labios del médico, buscando detener el alud de las palabras. Se acercó a Artal, hablándole sobre la boca y entrelazando sus manos:

—¡Tonto! . . . ¡mil veces tonto! . . . ¡no volví por mi madre, sino por ti!

Un gesto apasionado se plasmó en aquel rostro divino, luego habló convulsa, atropellada, como una alumna que trata de justificarse ante un profesor severo:

—Me amaste cuanto un hombre puede amar a una mujer. . . y yo no quise entonces darme cuenta. Huía de ti, ¡ pero en realidad intentaba huir de mi misma! . . . ¡ Defendía mi libertad, quería vivir mi falso sueño de independencia! . . . Apenas podrás imaginarte cómo somos las mujeres. Metido en tus libros nadie llegó a advertirte que a veces no podemos ser buenas. . . y nos tornamos: ¡Volubles, egoístas! Tú me enseñaste a sentirme amada antes de amarte. Trataste de ser algo mío antes de que yo te perteneciera, luego intentabas casarte conmigo y que yo entregara a ti toda mi vida, cuando sólo habías conseguido que yo te diera algunas horas una que otra semana. . .

¡Yo sabía que hiciera lo que fuese tú me habrías de querer siempre! . . . que impusiera las condiciones más absurdas, ¡tú las habrías de aceptar! . . . y te fuiste volviendo costumbre, ¡ una cómoda costumbre! . . .

Artal escuchaba semejante confesión, grave y meditabundo, como quien asiste a una misa que se explica, en la que se develan con diáfana simplicidad los misterios que siempre nos han parecido impenetrables. Su mente entumecida se deslumbraba ante aquel secreto que con la timidez de un alma que se desnuda le revelaba —¡ pudorosa aun ante la verdadera entrega!— la amante inesperada y contradictoria, demasiado mujer para ser sometida y no obstante tocada de esa debilidad omnipresente de la hembra, que pide desde el pedestal regio de su orgullo ser conquistada y protegida.

Martha buscó los ojos de su amado, pretendiendo conseguir el valor que le faltaba para continuar:

—Después, durante aquellos días en que viví en la costa, empezó a devorarme la espantosa ineci- tidumbre de que pudiera sucederte algo. ¡Y me di cuenta que te quería! . . . ¡Que te había querido desde siempre! . . . ¡Y mi torpe egoísmo no me había dejado darme cuenta de ello! . . . ¡ Sólo hasta que te veía en peligro! . . . ¡Sólo cuando corría el riesgo de perderte! . . .

—¿Perderme? —repitió Artal como un eco—. Quieres decir. . . que si me hubiese contagiado. . .

—¡Calla! . . . ¡No lo digas por favor! —suplicó la muchacha—. ¡ Ahora sé que no es cierto! —se consoló sonriendo con el rostro empapado de lágrimas.

¡Aquí estás! . . . y aquí estaré yo contigo siempre. . . si todavía me quieres. . .

Artal besó sus mejillas ardientes.

—¿Y por qué no había de quererte? . . . ¿Y por qué no habremos de ser felices?

—¿Y podrás olvidar? . . . —insistió débilmente.

—¿Olvidar qué? . . . si el pasado, el presente y el futuro se han conjuntado al fin en este instante espléndido, aue es la suma de cuanto de verdadero y valioso pudo haber existido en mi vida.

—¡ Yo soñaba que te habías muerto! . . . ¡Soñaba que no iba a estar más contigo! . . . y sufría. . . sufría por todas las horas amargas que te di. . . y tuve miedo. . . ¡El miedo que yo te veía pintado en la cara, cuando pensabas que no volverías a verme! . . . ¡El miedo horrible de perder algo que se quiere mucho! . . .

—Yo también sufría, también dudaba. . . y cuando iba a asomarme al abismo negro de la desesperanza, me sentía inducido por el vértigo malhechor de la muerte. . . Terminaré como mis enfermos me decía, luego, con esa insistencia de las cosas queridas, volvías a aparecer tú; y el instinto que adivina lo no visto, la precognición que anticipa el milagro, me devolvían la fe desfallecida y volvía a vivir un día más. . . ¡y otro. . . y otro!

Ahora, tu amor ha llenado la gran noche oscura y vacía de mi vida, y el milagro de tenerte ha superado todos mis vagos presentimientos de felicidad. . . puedo ser feliz. . . ¡Inmensamente feliz! . . . ¡ Eternamente feliz! ¡ Porque lo eterno es lo que nunca comenzó, y no va a concluir jamás. . . porque siempre estuvo ahí!

—¡ Amor! . . . ¡ Mi gran amor! . . . —susurró Martha, tomándole las manos.

Un relámpago iluminó el cielo con su luz opaca y el estruendo sordo del trueno pareció responderle. Gruesas gotas de lluvia empezaron a golpetear con furia siniestra en los cristales. Martha volvió la cara en un intento de sofocar un acceso de tos.

—¡Debes cubrirte! —le encareció Artal—. Comienza a hacer fresco. ¡ Qué bueno que llueve, la lluvia extinguirá el calor!

La muchacha se llevó las manos a la boca, y un delgado hilo de leche le escurrió en la barbilla.

—¿Qué tienes? —interrogó el médico.

—Nada. Tu leche me dá náuseas. He llegado con tanta hambre que quisiera devorarte. . . y ¡Oh decepción! lo único que encuentro en casa es una botella de leche. . . ¡El señor tendrá que trabajar un poco más para alimentar a su esposa!

Artal sonreía pálido, mientras sentía fallarle el corazón.

—¡Claro! —respondió—. Trabajaré mucho para ti. . . y tendremos diariamente cenas opíparas. . .

L'n nuevo trueno vino a perturbar amenazante la dulce charla de los amantes.

La luz eléctrica se esfumó dejando en tinieblas la habitación.

—¡Esto va a ser un aguacero! —previno temerosa la muchacha, mientras apretaba con desasosiego las manos del médico. Artal intentó serenarla:

—¡ Pero yo voy a estar aquí contigo siempre y nada te pasará nunca, ya verás!

—Si tú me lo garantizas, puede llover lo que sea. . . ¡ Estoy tan cansada! . . .

—Entonces, vas a ser buena e irás ahora mismo a la cama, ¿no es así?

La voz de Artal temblaba y aunque trataba de dominarse la chica se inquietó:

—¿Es que no piensas llevarme a cenar?

—¡ Claro! seguro que tendrás una buena cena en cuanto te sientas mejor. . .

Le tomó la mano guiándola suavemente. A través de la oscuridad, el arco débilmente iluminado de la ventana dibujaba la calle anegada de lluvia.

—¿Y vas a llevar a tu mujercita a la cama, caminando, en su noche de bodas y sin darle siquiera un beso? . . . —reprochó con graciosa coquetería.

Artal luchaba por serenarse.

—¡Claro que no!. . . ¡Soy un zopenco!

Y buscó con desesperación sus labios. La envolvió en un prolongado beso donde en compensación de todas las impaciencias se expresó el ímpetu de una ansiedad reprimida por aquellas bocas que se encontraban finalmente en el abandono triunfal del éxtasis.

En un instante tan breve, como el aleteo de un ave, Martha sintió un leve desfallecimiento, como si de pronto sus piernas flaquearan y se negaran a sostenerla, abrió los ojos semi cerrados por la languidez del beso y contempló su cara casualmente reflejada en el espejo que decoraba la habitación, iluminada instantáneamente por la luz incierta de un relámpago. Intentó separarse de los brazos que la aprisionaban:

—¡Fernando!. . . ¡las manchas rojas!. . . ¡tengo la cara llena de manchas rojas!. . . —gimió desesperada—. Artal sintió desplomarse.

—¡No es nada, amor!. . . ¡no es nada!. . .

¡JC responuii oaiuucenie, apretanaoia con roaas sus luerzas. —¡ Suéltame, te voy a contagiar!. . . ¡te voy a contagiar!. . . ¡Suéltame, suéltame! ¡Es la hora de la muerte!. . . —gritó cediendo al paroxismo de la desesperación.

Artal seguro de que en aquel instante vivía más de lo que le fue permitido haber vivido, besó devotamente el rostro amado: —No. ¡ No es la hora de la muerte!. . . ¡ Es la hora de empezar a vivir!. . .

¡ Vivir es amanecer en el amor!. . . ¡ aunque sea dentro de la más recóndita bóveda de una tumba!. . . ¡Alégrate corazón que he triunfado gracias a ti!. . .

¡ Bendita tú, bendito nuestro amor, que ha vencido a Azrael, el ángel maligno de la muerte!

EPILOGO

Han transcurrido mucho años. Apenas quedan algunos recuerdos de lo que fue el viejo Hospital Municipal. Los muros se fueron con la piqueta; y la peste huyó con las lluvias.

En el moderno y funcional edificio que lo sustituye, aparece una placa que evoca aquellos días difíciles.

Sobre el mármol veteadado se han grabado en letras de oro los nombres de los valientes médicos que ofrendaron su vida en ayuda de sus semejantes.

Junto al nombre del doctor Femando Artal, aparece el de Martha, su esposa, flor sublime que anticipó con su perfume, con el vaho trastomador de un opio, la efervescente elocuencia de su plenitud traspasante ¡ de todos los más desbordadores heroísmos!

*7*7